

BIBLIOTECA

CONTEMPORÁNEA

45

6

8653

6

8653





ENCUADERNACIÓN
LUIS GARCÍA
S. MATEO, 16

~~2/4~~

6

2000

J. RIZAL

El Filibusterismo

(Continuación de **NOLI ME TANGERE**)

NOVELA FILIPINA

Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á la liga de los fraileros y retrógados para que, siguiendo inconscientes sus inspiraciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fin: extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último filipino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre-Patria.

FERDINAND BLUMENTRITT.

TOMO I



F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS

MAUCCI HERMANOS

RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

1.^ª DEL RELOX, 1
MEXICO

Biblioteca Ambos Mundos

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).
- El Crepúsculo**, por Jorge Ohnet.
- Indiana**, por Jorge Sand.—(Agotada).
- Mimi Pinsón**, por Alfredo de Musset.
- La mujer de treinta años**, por H. de Balzac.—(Agotada).
- Los Mineros de Polignies**, por Elías Berthet.
- Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira**, por Julio Claretie.—(Agotada).
- El Capitán Richard**, por A. Dumas (padre).
- Roma bajo Nerón**, por I. J. Kraszewki.
- Renata Mauperin**, por E. y J. de Goncourt.—(Agotada).
- Dosia**, por Enrique Gréville.
- El Último Ateniense**, por Víctor Rydberg.—(Agotada).
- El libro de los Snobs**, por W. M. Thackeray.—(Agotada).
- Las lágrimas de Juana**, por A. Houssaye.—(Agotada).
- Margot**, por A. de Musset.—(Agotada).
- Una Entretenida**, por Arsenio Houssaye.—(Agotada).
- Cuentos al Oído**, por A. Silvestre.—(Agotada).
- La Modelo**, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
- La Pecadora**, por A. Houssaye.
- El Cura de Longueval**, por Ludovico Halévy.
- Colomba**, por P. Merimée.
- Espirita**, por T. Gautier.

EN PRENSA

Werther, por Goethe

Las agotadas se están reimprimiendo.

Biblioteca de Autores Americanos

- Adoración**, por Alvaro de la Iglesia.
- Malos Amores** (Ensayo de novela), por Felipe Sassone.
- Caprichos**, (novela colombiana), por Rodrigo de Rahn-váncz.
- Azul**, por Rubén Darío.
- Por el camino**, por Adrián del Valle.

EL FILIBUSTERISMO

23240

Biblioteca Contemporánea

EL FILIBUSTERISMO

(Continuación del *NOLI ME TANGERE*)

NOVELA FILIPINA

Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á la liga de los traideros y retrógrados para que, siguiendo inconscientes sus inspiraciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fin: extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último filipino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre-Patria.

FERDINAND BLUMENTRITT.



F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS
RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

MAUCCI HERMANOS
I.^ª DEL RELOX, 1
MEXICO

ÍNDICE

<u>Caps.</u>	<u>Págs.</u>
I.—Sobre cubierta	9
II.—Bajo cubierta.	21
III.—Leyendas	29
IV.—Cabesang Tales.	35
V.—La Nochebuena de un cochero.	46
VI.—Basilio.	53
VII.—Simoun.	60
VIII.—Buenas Pascuas.	73
IX.—Pilatos.	77
X.—Riqueza y miseria.	80
XI.—Los baños.	91
XII.—Plácido Penitente.	107
XIII.—La clase de física.	116
XIV.—Una casa de estudiantes.	128
XV.—El señor Pasta	140
XVI.—Las tribulaciones de un chino.	149
XVII.—La feria de Kiapo	160
XVIII.—Supercherías.	166
XIX.—La mecha.	175



Á LA MEMORIA

de los presbíteros D. Mariano GOMEZ (85 años)

D. José BURGOS (30 años)

y D. Jacinto ZAMORA (35 años)

EJECUTADOS EN EL PATÍBULO DE BAGUMBAYÁN

EL 28 DE FEBRERO DE 1872

La Religión, al negarse á degradaros, ha puesto en duda el crimen que se os ha imputado; el Gobierno, al rodear vuestra causa de misterio y sombras, hace creer en algún error, cometido en momentos fatales, y Filipinas entera, al venerar vuestra memoria y llamaros mártires, no reconoce de ninguna manera vuestra culpabilidad.

En tanto, pues, no se demuestre claramente vuestra participación en la algarada caviteña, hayáis sido ó no patriotas, hayáis ó no abrigado sentimientos por la justicia, sentimientos por la libertad, tengo derecho á dedicaros mi trabajo como á víctimas del mal que trato de combatir. Y mientras esperamos que España os rehabilite un día y no se haga solidaridad de vuestra muerte, sirvan estas páginas como tardía corona de hojas secas sobre vuestras ignoradas tumbas, y todo aquel que sin pruebas evidentes ataque vuestra memoria, que en vuestra sangre se manche las manos!

J. RIZAL

SOBRE CUBIERTA

Sic itur ad astra.

En una mañana de diciembre, el vapor *Tabo* subía trabajosamente el tortuoso curso del Pasig conduciendo numerosos pasajeros hacia la provincia de la Laguna. Era el vapor de forma pesada, casi redonda como el *tabù* de donde deriva su nombre, bastante sucio á pesar de sus pretensiones de blanco, majestuoso y grave á fuerza de andar con calma. Con todo, le tenían cierto cariño en la comarca, quizás por su nombre tagalo ó por llevar el carácter peculiar de las cosas del país, algo así como un triunfo sobre el progreso, un vapor que no era vapor del todo, un organismo inmutable, imperfecto pero indiscutible, que, cuando más quería echárselas de progresista, se contentaba soberbiamente con darse una capa de pintura.

Y ¡si el dichoso vapor era genuinamente filipino! Con un poquito de buena voluntad hasta se le podía tomar por la nave del Estado, construída bajo la inspección de Reverendas é Ilustrísimas personas.

Bañada por el sol de la mañana que hacía vibrar las ondas del río y cantar el aire en las flexibles cañas que se levantan en ambas orillas, allá va su blanca silueta agitando negro penacho de humo ¡la nave del Estado, dicen, humea mucho también!... El silbato chilla á cada momento, ronco é imponente como un tirano que quiere gobernar á gritos, de tal modo que dentro nadie se entiende. Amenaza á cuanto encuentra; ora parece que va á triturar los *salambaro*, escuálidos aparatos de pesca que en sus movimientos

semejan esqueletos de gigantes saludando á una antediluviana tortuga; ora corre derecho ya contra los cañaverales, ya contra los anfibios comedores ó *ká-rihan*, que, entre gumamelas y otras flores, parecen indecisas bañistas que ya con los pies en el agua no se resuelven aún á zambullirse... Á veces, siguiendo cierto camino señalado en el río por troncos de caña, anda el vapor muy satisfecho; mas, de repente, un choque sacude á los viajeros y les hace perder el equilibrio: ha dado contra un bajo de cieno que nadie sospechaba...

Y, si el parecido de la nave del Estado no es completo aún, véase la disposición de los pasajeros. Bajo cubierta asoman rostros morenos y cabezas negras, tipos de indios, chinos y mestizos, apiñados entre mercancías y baúles, mientras que allá arriba, sobre cubierta y bajo un toldo que les protege del sol, están sentados en cómodos sillones algunos pasajeros vestidos á la europea, frailes y empleados, fumándose sendos puros, contemplando el paisaje, sin apercibirse al parecer de los esfuerzos del capitán y marineros para salvar las dificultades del río.

El capitán era un señor de aspecto bondadoso, bastante entrado en años, antiguo marino que en su juventud y en naves más veleras se había engolfado en más vastos mares y ahora en su vejez tenía que desplegar mayor atención, cuidado y vigilancia para orillar pequeños peligros... Y eran las mismas dificultades de todos los días, los mismos bajos de cieno, la misma mole del vapor atascada en las mismas curvas, como una gorda señora entre apiñada muchedumbre, y por eso á cada momento tenía el buen señor que parar, retroceder, ir á media máquina enviando, ora á babor ora á estribor, á los cinco marineros armados de largos *tikines* para acentuar la vuelta que el timón ha indicado. Era como un veterano que, después de guiar hombres en azarasas campañas, fuese en su vejez ayo de muchacho caprichoso, desobediente y tumbón!

Y doña Victorina, la única señora que se sienta en el grupo europeo, podrá decir si el *Tabo* era tumbón,

desobediente y caprichoso, doña Victorina, que como siempre está nerviosa, lanza invectivas contra los cascos, bankas, balsas de coco, indios que navegan, y aun contra las lavanderas y bañistas que la molestan con su alegría y algazara! Sí, el *Tubo* iría muy bien si no hubiese indios en el río, indios en el país, sí! si no hubiese ningún indio en el mundo, sin fijarse en que los timoneles eran indios, indios los marineros, indios los maquinistas, indios las noventa y nueve partes de los pasajeros é india ella misma también, si le raspan el blanquete y la desnudan de su presumida bata. Aquella mañana, doña Victorina estaba más inaguantable que nunca porque los pasajeros del grupo hacían poco caso de ella, y no le faltaba razón porque consideren ustedes: encontrarse allí tres frailes convencidos de que todo el mundo andaría al revés el día en que ellos anduviesen al derecho; un infatigable don Custodio que duerme tranquilo, satisfecho de sus proyectos; un fecundo escritor como Ben-Zayb (anagrama de Ibáñez) que cree que en Manila se piensa porque él, Ben-Zayb, piensa; un canónigo como el P. Irene que da lustre al clero con su faz rubicunda bien afeitada donde se levanta una hermosa nariz judía, y su sotana de seda de garboso corte y menudos botones; y un riquísimo joyero tal como Simoun, que pasa por ser el consultor y el inspirador de todos los actos de S. E. el capitán general. Consideren ustedes que encontrarse estas columnas *sine quibus non* del país, allí agrupaditas en agradable charla y no simpatizar con una filipina renegada, que se tiñe los cabellos de rubio, ¡vamos que hay para hacer perder la paciencia á una Joba, nombre que doña Victorina se aplica siempre que las há con alguno.

Y el mal humor de la señora se aumentaba cada vez que gritando el capitán ¡*baborp!* ¡*estriborp!* sacaban rápidamente los marineros sus largos *tikines*, los hincaban ya en una ya en otra orilla, impidiendo, con el esfuerzo de sus piernas y sus hombros, á que el vapor diese en aquella parte con su casco. Vista así la nave del Estado, diríase que de tortuga se

convertía en cangrejo cada vez que un peligro se acercaba.

—Pero, capitán, ¿por qué sus estúpidos timonales se van por ese lado? preguntaba muy indignada la señora.

—Porque allí es muy bajo, señora, contestaba el capitán con mucha pausa y guiñando lentamente el ojo.

El capitán había contraído esta pequeña costumbre como para decir á sus palabras que salgan: ¡despacio, muy despacio!

—¡Media máquina, vaya, media máquina! protesta desdefiosamente doña Victorina; ¿por qué no entera?

—Porque navegaríamos sobre esos arrozales, señora, contesta imperturbable el capitán sacando los labios para señalar las sementeras y haciendo dos guiños acompasados.

Esta doña Victorina era muy conocida en el país por sus extravagancias y caprichos. Frecuentaba mucho la sociedad y se la toleraba siempre que se presentaba con su sobrina, la Paulita Gómez, bellísima y riquísima muchacha, huérfana de padre y madre, y de quien doña Victorina era una especie de tutora. En edad bastante avanzada se había casado con un infeliz llamado don Tiburcio de Espadaña, y en los momentos en que la vemos, lleva ya quince años de matrimonio, de cabellos postizos y traje semi-europeo. Porque toda su aspiración fué europeizarse y desde el infausto día de su casamiento, gracias á tentativas criminales, ha conseguido poco á poco transformarse de tal suerte que á la hora presente Quatrefages y Virchow juntos no sabrían clasificarla entre las razas conocidas. Al cabo de tantos años de matrimonio, su esposo, que la había sufrido con resignación de fakir sometiéndose á todas sus imposiciones, tuvo un aciago día, el fatal cuarto de hora, y le administró una soberbia paliza con su muleta de cojo. La sorpresa de la señora Joba ante semejante inconsecuencia de carácter hizo por de pronto no se apercibiese de los

efectos inmediatos y sólo, cuando se repuso del susto y su marido se hubo escapado, se apercibió del dolor guardando cama por algunos días con gran alegría de la Paulita, que era muy amiga de reír y burlarse de su tía. En cuanto al marido, espantado de su impiedad que le sonaba á horrendo parricidio, perseguido por las furias matrimoniales (los dos perritos y el loro de la casa) dióse á huir con toda la velocidad que su cojera le permitía, subió en el primer coche que encontró, pasó á la primera banca que vió en un río, y, Ulises filipino, vaga de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, de isla en isla seguido y perseguido por su Calipso con quevedos, que aburre á cuantos tienen la desgracia de viajar con ella. Ha tenido noticias de que él se encontraba en la provincia de la Laguna, escondido en un pueblo, y allá va ella á seducirle con sus cabellos teñidos.

Los combarcanos habían tomado el partido de defenderse, sosteniendo entre sí animada conversación, discutiendo sobre cualquier asunto. En aquel momento, por las vueltas y revueltas del río, hablábase de su rectificación y naturalmente de los trabajos de las obras del puerto.

Ben-Zayb, el escritor que tenía cara de fraile, disputaba con un joven religioso que á su vez tenía cara de artillero. Ambos gritaban, gesticulaban, levantaban los brazos, abrían las manos, pateaban, hablaban de niveles, de corrales de pesca, del río de San Mateo, de cascos, de indios, etc., etc., con gran contento de los otros que les escuchaban y manifiesto disgusto de un franciscano de edad, extraordinariamente flaco y macilento, y de un guapo dominico que dejaba... dejaba vagar por sus labios una sonrisa burlona.

El franciscano flaco que comprendía la sonrisa del dominico quiso cortar la disputa interviniendo. Debían respetarle sin duda porque con una señal de la mano cortó la palabra á ambos en el momento en que el fraile-artillero hablaba de experiencia y el escritor-fraile de hombres de ciencia.

—Los hombres de ciencia, Ben-Zayb, ¿sabe usted

lo que son? dijo el franciscano con voz cavernosa sin moverse casi en su asiento y gesticulando apenas con las descarnadas manos. Allí tiene usted en la provincia el *Puente del Capricho* construido por un hermano nuestro, y que no se terminó porque *los hombres de ciencia*, fundándose en sus teorías, lo tacharon de poco sólido y seguro, y ¡mire usted! está el puente que resiste á todas las inundaciones y terremotos!

—¡Eso, puñales, eso precisamente, eso iba yo á decir! exclamó el fraile-artillero pegando puñetazos en los brazos de su silla de caña; ¡eso, el puente del Capricho y los hombres de ciencia; eso iba yo á decir, P. Salví, puñales!

Ben-Zayb se quedó callado, medio sonriendo, bien sea por respeto ó porque realmente no supiese qué replicar, y sin embargo, ¡él era la única cabeza pensante en Filipinas!—El P. Irene aprobaba con la cabeza frotando su larga nariz.

El P. Salví, aquel religioso flaco y descarnado, como satisfecho de tanta sumisión, continuó en medio del silencio.

—Pero esto no quiere decir que usted no tenga tanta razón como el P. Camorra (que así se llamaba el fraile-artillero); el mal está en la laguna...

—¡Es que no hay ninguna laguna decente en este país! intercaló doña Victorina, verdaderamente indignada y disponiéndose á dar otro asalto para entrar en la plaza.

Los sitiados se miraron con terror y, con la prontitud de un general, el joyero Simoun acudió:

—El remedio es muy sencillo, dijo con un acento raro, mezcla de inglés y americano del Sur; y yo verdaderamente no sé cómo no se le ha ocurrido á nadie.

Todos se volvieron prestándole la mayor atención, incluso el dominico. El joyero era un hombre seco, alto, nervudo, muy moreno, que vestía á la inglesa y usaba un casco de tinsín. Llamaban en él la atención los cabellos largos, enteramente blancos que contrastaban con la barba negra, rala, denotando un origen

mestizo. Para evitar la luz del sol usaba constantemente enormes anteojos azules de rejilla, que ocultaban por completo sus ojos y parte de sus mejillas, dándole un aspecto de ciego ó enfermo de la vista. Se mantenía de pie con las piernas separadas como para guardar el equilibrio, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—El remedio es muy sencillo, repitió, ¡y no costaría un cuarto!

La atención se redobló. Se decía en los círculos de Manila que aquel hombre dirigía al general y todos veían ya el remedio en vías de ejecución. El mismo don Custodio se volvió.

—Trazar un canal recto desde la entrada del río á su salida, pasando por Manila, esto es, hacer un nuevo río canalizado y cerrar el antiguo Pasig. ¡Se economiza terreno, se acortan las comunicaciones, se impide la formación de bancos!

El proyecto dejó atontados á casi todos, acostumbrados á tratamientos paliativos.

—¡Es un plan yanqui! observó Ben-Zayb que quería agrandar á Simoun. El joyero había estado mucho tiempo en la América del Norte.

Todos encontraban grandioso el proyecto y así lo manifestaban en sus movimientos de cabeza. Sólo don Custodio, el liberal don Custodio, por su posición independiente y sus altos cargos, creyó deber atacar un proyecto que no venía de él—¡aquello era una usurpación!—y tosió, se pasó las manos por los bigotes y con su voz importante y como si se encontrase en plena sesión del Ayuntamiento, dijo:

—Dispéñeme el señor Simoun, mi respetable amigo, si le digo que no soy de su opinión; costaría muchísimo dinero y quizás tuviésemos que destruir poblaciones.

—¡Pues se destruyen! contestó fríamente Simoun.

—¿Y el dinero para pagar á los trabajadores...?

—No se pagan. Con los presos y los presidiarios.

—¡Ca! ¡no hay bastante, señor Simoun!

—¡Pues si no hay bastante, que todos los pueblos, que los viejos, los jóvenes, los niños trabajen, en vez

de los quince días obligatorios, tres, cuatro, cinco meses para el Estado, con la obligación además de llevar cada uno su comida y sus instrumentos!

Don Custodio, espantado, volvió la cara para ver si cerca había algún indio que les pudiese oír. Afortunadamente los que allí se encontraban eran campesinos, y los dos timoncles parecían muy ocupados con las curvas del río.

—Pero, señor Simoun...

—Desengáñese usted, don Custodio, continuó Simoun secamente; sólo de esa manera se ejecutan grandes obras con pocos medios. Así se llevaron á cabo las Pirámides, el lago Mœris y el Coliseo en Roma. Provincias enteras venían del desierto cargando con sus cebollas para alimentarse; viejos, jóvenes y niños trabajaban acarreado piedras, labrándolas y cargándolas sobre sus hombros, bajo la dirección del látigo oficial; y después volvían á sus pueblos los que sobrevivían, ó perecían en las arenas del desierto. Luego venían otras provincias, y luego otras, sucediéndose en la tarea durante años; el trabajo se concluía y ahora nosotros los admiramos, viajamos, vamos al Egipto y á Roma, ensalzamos á los faraones, á la familia Antonina... Desengáñese usted; los muertos muertos se quedan y sólo al fuerte le da la razón la posteridad.

—Pero, señor Simoun, semejantes medidas pueden provocar disturbios, observó don Custodio, inquieto por el giro que tomaba el asunto.

—¡Disturbios, ja, ja! ¿Se rebeló acaso el pueblo egipcio alguna vez, se rebelaron los prisioneros judíos contra el piadoso Tito? ¡Hombre, le creía á usted más enterado en historia!

¡Está visto que aquel Simoun ó era muy presumido ó no tenía formas! ¡Decir al mismo don Custodio en su cara que no sabía historia, es para sacarle á cualquiera de sus casillas! Y así fué; don Custodio se olvidó y replicó:

—¡Es que no está usted entre egipcios ni judíos!

—Y este país se ha sublevado más de una vez, añadió el dominico con cierta timidez; en los tiem-

pos en que se les obligaba á acarrear grandes árboles para la construcción de navíos, si no fuera por los religiosos...

—Aquellos tiempos están lejos, contestó Simoun riéndose más secamente aún de lo que acostumbraba; estas islas no volverán á sublevarse por más trabajos é impuestos que tengan... ¿No me ponderaba usted, P. Salví, añadió dirigiéndose al franciscano delgado, la casa y el hospital de Los Baños donde ahora se encuentra su excelencia?

El P. Salví hizo un movimiento con la cabeza y miró extrañando la pregunta.

—¿Pues no me había dicho usted que ambos edificios se levantaron obligando á los pueblos á trabajar en ellos bajo el látigo de un lego? Probablemente el Puente del Capricho se construyó de la misma manera! Y digan ustedes, ¿se sublevaron estos pueblos?

—Es que... se sublevaron *antes*, observó el dominico; y *¡ab actu ad posse valet illatio!*

—¡Nada, nada, nada! continuó Simoun disponiéndose á bajar á la cámara por la escotilla; lo dicho, dicho. Y usted P. Sibyla, no diga ni latines ni tonterías. ¿Para qué estarán ustedes los frailes, si el pueblo se puede sublevar?

Y sin hacer caso de las protestas ni de las réplicas, Simoun bajó por la pequeña escalera que conduce al interior repitiendo con desprecio: ¡Vaya, vaya!

El P. Sibyla estaba pálido; era la primera vez que á él, Vicerrector de la Universidad, se le atribuían tonterías; don Custodio estaba verde: en ninguna junta en que se había encontrado había visto adversario semejante. Aquello era demasiado.

—¡Un mulato americano! exclamó refunfuñando.

—¡Indio inglés! observó en voz baja Ben-Zayb.

—Americano, se lo digo á usted ¿si lo sabré yo? contestó de mal humor don Custodio; S. E. me lo ha contado; es un joyero que él conoció en la Habana y que según sospecho le ha proporcionado el destino prestándole dinero. Por eso, para pagarle le ha hecho venir á que haga de las suyas, aumente su fortuna vendiendo brillantes... falsos, ¡quién sabe! Y es

tan ingrato que después de sacar los cuartos á los indios todavía quiere que... ¡ Pf!

Y terminó la frase con un gesto muy significativo de la mano.

Ninguno se atrevía á hacer coro á aquellas diatribas; don Custodio podía indisponerse con S. E. si quería, pero ni Ben-Zayb, ni el P. Irene, ni el P. Salvi, ni el ofendido P. Sibyla tenían confianza en la discreción de los demás.

—Es que ese señor, como es americano, se cree sin duda que estamos tratando con los Pielos Rojas... ¡ Hablar de esos asuntos en un vapor! ¡ Obligar, forzar á la gentel... Y es ése el que aconsejó la expedición á Carolinas, la campaña de Mindanaw que nos va á arruinar infamemente... Y es él quien se ha ofrecido á intervenir en la construcción del crucero, y digo yo ¿qué entiende un joyero, por rico é ilustrado que fuese, de construcciones navales?

Todo esto se lo decía en voz gutural don Custodio á su vecino Ben-Zayb gesticulando, encogiéndose de hombros, consultando de tiempo en tiempo con la mirada á los demás que hacían movimientos ambiguos de cabeza. El canónigo Irene se permitía una sonrisa bastante equívoca que medio ocultaba con la mano al acariciar su nariz.

—Le digo á usted, Ben-Zayb, continuaba don Custodio sacudiéndole al escritor del brazo; todo el mal aquí está en que no se consulta á las personas que tienen larga residencia. Un proyecto con grandes palabras y sobre todo con un gran presupuesto, con un presupuesto en cantidades redondas, alucina y se acepta en seguida... ¡ por esto!

Don Custodio frotaba la yema del dedo pulgar contra las del índice y del medio.

—Algo de eso hay, algo de eso, creyó deber contestar Ben-Zayb que, en su calidad de periodista, tenía que estar enterado de todo.

—Mire usted, antes que las obras del puerto, he presentado yo un proyecto, original, sencillo, útil, económico y factible para limpiar la barra de la Laguna y no se ha aceptado porque no daba de esto.

Y repitió el mismo gesto de los dedos, se encogió de hombros, miró á todos como diciéndoles: ¿Ustedes han visto semejante desgracia?

--Y ¿se puede saber en qué consistía?—¿Y...?— ¡Hola! exclamaron unos y otros acercándose y apretándose á escuchar. Los proyectos de don Custodio eran famosos como los específicos de los curanderos.

Don Custodio estuvo á punto de no decirles en qué consistía, resentido por no haber encontrado partidarios cuando sus diatribas contra Simoun. «Cuando no hay peligro queréis que hable, ¿eh? ¿y cuando lo hay os calláis?» iba á decir, pero era perder una buena ocasión, y el proyecto, ya que no se podía realizar, al menos que se conozca y se admire.

Después de dos ó tres bocanadas de humo, de toser y de escupir por una comisura, preguntó á Ben-Zayb, dándole una palmada sobre el muslo:

—¿Usted ha visto patos?

--Me parece... los hemos cazado en el lago, respondió Ben-Zayb extrañado.

—No, no hablo de patos silvestres, hablo de los domésticos, de los que se crían en Pateros y en Pasig. Y ¿sabe usted de qué se alimentan?

Ben-Zayb, la única cabeza pensante, no lo sabía: él no se dedicaba á aquella industria.

—¡De caracolitos, hombre, de caracolitos! contestó el P. Camorra; ¡no se necesita ser indio para saberlo, basta tener ojos!

—¡Justamente, de caracolitos! repetía don Custodio gesticulando con el dedo índice; y ¿usted sabe de dónde se sacan?

La cabeza pensante tampoco lo sabía.

—Pues si tuviera usted mis años de país, sabría que los pescan en la barra misma, donde abundan mezclados con la arena.

—¿Y su proyecto?

--Pues á eso voy. Obligaba yo á todos los pueblos del contorno, cercanos á la barra, á criar patos y verá usted como ellos, por sí solos, la profundizan pescando caracoles... Ni más ni menos, ni menos ni más.

Y don Custodio abrió ambos brazos y contemplaba gozoso el estupor de sus oyentes: á ninguno se le había ocurrido tan peregrina idea.

—¿Me permite usted que escriba un artículo acerca de eso? preguntó Ben-Zayb; en este país se piensa tan poco...

—Pero, don Custodio, dijo doña Victorina haciendo dengues y monadas; si todos se dedican á criar patos van á abundar los huevos *balot*. ¡Uy, qué asco! ¡Que se ciegue antes la barra!

II

BAJO CUBIERTA

Allá abajo pasaban otras escenas.

Sentados en bancos y en pequeños taburetes de madera, entre maletas, cajones, cestos y tampipis, á dos pasos de la máquina, al calor de las calderas, entre vaho humano y olor pestilente de aceite, se veía la inmensa mayoría de los pasajeros.

Unos contemplan silenciosos los variados paisajes de la orilla, otros juegan á las cartas ó conversan en medio del estruendo de las palas, ruido de la máquina, silbidos de vapor que se escapa, mugidos de agua removida, pitadas de la bocina. En un rincón, hacinados como cadáveres, dormían ó trataban de dormir algunos chinos traficantes, marcados, pálidos, babeando por los entreabiertos labios, y bañados en el espeso sudor que se escapa de todos sus poros. Solamente algunos jóvenes, estudiantes en su mayor parte, fáciles de reconocer por su traje blanquísimo y su porte aliñado, se atrevían á circular de popa á proa, saltando por encima de cestos y cajas, alegres con la perspectiva de las próximas vacaciones. Tan pronto discutían los movimientos de la máquina, tratando de recordar nociones olvidadas de Física, como rondaban alrededor de la joven colegiala, de la buyera de labios rojos y collar de sampagas, susurrándoles al oído palabras que las hacían sonreír ó cubrirse la cara con el pintado abanico.

Dos, sin embargo, en vez de ocuparse en aquellas galanterías pasajeras, discutían en la proa con un señor de edad, pero aun arrogante y bien derecho. Am-

bos debían ser muy conocidos y considerados á juzgar por ciertas deferencias que les mostraban los demás. En efecto, el de más edad, el que va vestido todo de negro, era el estudiante de medicina Basilio, conocido por sus buenas curas y maravillosos tratamientos. El otro, más grande y más robusto con ser mucho más joven, era Isagani, uno de los poetas ó cuando menos *versistas* que salieron aquel año del Ateneo, carácter original, de ordinario poco comunicativo, y bastante taciturno. El señor que hablaba con ellos era el rico capitán Basilio, que venía de hacer compras en Manila.

—Capitán Tiago va muy regular, si señor, decía el estudiante moviendo la cabeza; no se somete á ningún tratamiento... Aconsejado por *alguno* me envía á San Diego so pretexto de visitar la casa, pero es para que le deje fumar el opio con entera libertad.

El estudiante, cuando decía *alguno*, daba á entender el P. Irene, gran amigo y gran consejero del capitán Tiago en sus últimos días.

—El opio es una de las plagas de los tiempos modernos, repuso el capitán con un desprecio é indignación de senador romano; los antiguos lo conocieron, mas nunca abusaron de él. Mientras duró la afición á los estudios clásicos (obsérvenlo bien, jóvenes), el opio sólo fué medicina, y sino, díganme quiénes lo fuman sólo más. ¡ Los chinos, los chinos que no saben una palabra de latín! ¡ Ah! si el capitán Tiago se hubiese dedicado á Cicerón...

Y el disgusto más clásico se pintó en su cara de epicúreo bien afeitado. Isagani le contemplaba con atención: aquel señor padecía la nostalgia de la antigüedad.

—Pero, volviendo á esa Academia de Castellano, continuó el capitán Basilio, les aseguro á ustedes que no lo han de realizar...

—Sí, señor, de un día á otro esperamos el permiso, contesta Isagani; el P. Irene, que usted habrá visto arriba, y á quien regalamos una pareja de castaños, nos lo ha prometido. Va á verse con el general.

—¡ No importa! ¡ el P. Sibyla se opone!

—¡Que se oponga! Por eso viene para... en Los Baños, ante el general.

Y el estudiante Basilio hacía una mímica con sus dos puños haciéndolos chocar uno contra el otro.

—¡Entendido! observó riendo el capitán Basilio. Pero aunque ustedes consigan el permiso, ¿de dónde sacarán fondos...?

—Los tenemos, señor; cada estudiante contribuye con un real.

—Pero, ¿y los profesores?

—Los tenemos; la mitad filipinos y la mitad peninsulares.

—Y ¿la casa?

—Makaraig, el rico Makaraig, cede una de las suyas...

El capitán Basilio tuvo que darse por vencido: aquellos jóvenes lo tenían todo dispuesto.

—Por lo demás, dijo encogiéndose de hombros, no es mala del todo, no es mala la idea, y ya que no se puede poseer el latín, que al menos se posea el castellano. Ahí tiene usted, tocayo, una prueba de cómo vamos para atrás. En nuestro tiempo aprendíamos latín porque nuestros libros estaban en latín; ahora ustedes lo aprenden un poco pero no tienen libros en latín; en cambio sus libros están en castellano y no se enseña este idioma: *¡ætas parentum peior avis tulit nos nequiores!* como decía Horacio.

Y dicho esto se alejó majestuosamente como un emperador romano. Los dos jóvenes se sonrieron.

—Esos hombres del pasado, observó Isagani, para todo encuentran dificultades; se les propone una cosa y en vez de ver las ventajas sólo se fijan en los inconvenientes. Quieren que todo venga liso y redondo como una bola de billar.

—Con tu tío está á su gusto, observó Basilio; hablan de sus antiguos tiempos... Oye, á propósito ¿qué dice tu tío de Paulita?

Isagani se ruborizó.

—Me echó un sermón sobre la elección de esposa... Le contesté que en Manila no había otra como ella, hermosa, bien educada, huérfana...

—Riquísima, elegante, graciosa, sin más defectos que una tía ridícula, añadió Basilio riendo.

Isagani se rió á su vez.

—A propósito de la tía, ¿sabes que me ha encargado busque á su marido?

—¿Doña Victorina? ¿Y tú se lo habrás prometido para que te conserve la novia?

—¡Naturalmente! pero es el caso que el marido se esconde precisamente... ¡en casa de mi tío!

Ambos se echaron á reír.

Y he aquí, continuó Isagani, el por qué mi tío, que es un hombre muy concienzudo, no ha querido entrar en la cámara, temeroso de que doña Victorina le pregunte por don Tiburcio. ¡Figúrate! Doña Victorina, cuando supo que yo era pasajero de proa, me miró con cierto desprecio...

En aquel instante bajaba Simoun y al ver á los dos jóvenes:

—¡Adiós! don Basilio, dijo saludando en tono protector, ¿se va de vacaciones? ¿El señor es paisano de usted?

Basilio presentó á Isagani y dijo que no eran comoblanos, pero que sus pueblos no distaban mucho. Isagani vivía á orillas del mar en la contracosta.

Simoun examinaba á Isagani con tanta atención, que molestado éste se volvió y le miró cara á cara con un cierto aire provocador.

—Y ¿qué tal es la provincia? preguntó Simoun volviéndose á Basilio.

—¿Cómo, no la conoce usted?

—¿Cómo diablos la he de conocer si no he puesto jamás los pies en ella? Me han dicho que es muy pobre y no compra alhajas.

—No compramos alhajas porque no las necesitamos, contestó secamente Isagani, picado en su orgullo de provinciano.

Una sonrisa se dibujó en los pálidos labios de Simoun.

—No se ofenda usted, joven, repuso, yo no tenía ninguna mala intención; pero como me habían asegurado que casi todos los cuartos estaban en manos

de clérigos indios, yo me dije: los frailes se mueren por un curato y los franciscanos se contentan con los más pobres, que cuando unos y otros los ceden á los clérigos, es que allí no se conocerá jamás el perfil del rey. ¡Vaya, señores, vénganse ustedes á tomar conmigo cerveza y brindaremos por la prosperidad de su provincia!

Los jóvenes dieron las gracias y se excusaron diciendo que no tomaban cerveza.

—Hacen ustedes mal, repuso Simoun visiblemente contrariado; la cerveza es una cosa buena, y he oído decir esta mañana al P. Camorra que la falta de energía que se nota en este país se debe á la mucha agua que beben sus habitantes.

Isagani, que casi era tan alto como el joyero, se irguió.

—Pues dígame usted al P. Camorra, se apresuró á decir Basilio tocando con el codo disimuladamente á Isagani, dígame usted que si él bebiese agua en vez de vino ó de cerveza, acaso ganásemos todos y no diese mucho que hablar...

—Y dígame, añadió Isagani, sin hacer caso de los codazos de su amigo, que el agua es muy dulce y se deja beber, pero ahoga al vino y á la cerveza y mata al fuego; ¡que calentada es vapor, que irritada es océano y que una vez destruyó á la humanidad é hizo temblar al mundo en sus cimientos!

Simoun levantó la cabeza, y aunque su mirada no se podía leer oculta por sus gafas azules, en el resto de su semblante se podía ver que estaba sorprendido.

—¡Bonita réplica! dijo; pero témome que se gause y me pregunte cuándo se convertirá el agua en vapor y cuándo en océano. ¡El P. Camorra es algo incrédulo y muy zumbón!

—Cuando el fuego lo caliente, cuando los pequeños ríos que ahora se encuentran diseminados en sus abruptas cuencas, empujados por la fatalidad, se reúnan en el abismo que los hombres van cavando, contestó Isagani.

—No, señor Simoun, añadió Basilio tomando un

tono de broma. Repítale usted más bien estos versos del mismo amigo Isagani:

Agua somos, decís, vosotros fuego:
 Como lo queráis ¡ sea!
 ¡ Vivamos en sosiego
 Y el incendio jamás luchar nos vea.
 Sino que unidos por la ciencia sabia
 De las calderas en el seno ardiente,
 Sin cóleras, sin rabia,
 Formemos el vapor, quinto elemento,
 Progreso, vida, luz y movimiento!

—¡ Utopia, utopia! contestó secamente Simoun; la máquina está por encontrarse... en el entretanto tomo mi cerveza.

Y sin despedirse dejó á los dos amigos.

—Pero ¿qué tienes tú hoy que estás batallador? preguntó Basilio.

—Nada, no lo sé, pero ese hombre me da horror, miedo casi.

—Te estaba tocando con el codo; ¿no sabes que á ese le llaman el cardenal Moreno?

—¿Cardenal Moreno?

—O Eminencia Negra, como quieras.

—¡ No te entiendo!

—Richelieu tenía un consultor capuchino á quien llamaban Eminencia Gris; pues éste lo es del general...

—¿De veras?

—Como que lo he oído de *alguno*... que siempre habla de él mal detrás, y le adula cuando le tiene delante.

—¿Visita también á capitán Tiago?

—Desde el primer día de su llegada, y por cierto que *un cierto* le considera como rival... en la herencia... Y creo que va á verse con el general para la cuestión de la enseñanza del castellano.

En aquel momento un criado vino para decir á Isagani que su tío le llamaba.

En uno de los bancos de popa y confundido con

los demás pasajeros se sentaba un clérigo contemplando el paisaje que se desplegaba sucesivamente á su vista. Sus vecinos le hacían sitio, los hombres, cuando pasaban cerca, se descubrían y los jugadores no osaban poner su mesa cerca de donde él estaba. Aquel sacerdote hablaba poco, no fumaba ni adoptaba maneras arrogantes, no desdeñaba mezclarse con los demás hombres y devolvía el saludo con finura y gracia como si se sintiese muy honrado y muy reconocido. Era ya de bastante edad, los cabellos casi todos canos, pero su salud parecía aún robusta y, aunque sentado, tenía el tronco erguido y la cabeza recta, pero sin orgullo ni arrogancia. Diferenciábase del vulgo de clérigos indios, pocos por demás, que por aquella época servían como coadjutores ó administraban algunos curatos provisionalmente, en cierto aplomo y gravedad como quien tiene conciencia de la dignidad de su persona y de lo sagrado de su cargo. Un ligero examen de su exterior, si no ya sus cabellos blancos, manifestaba al instante que pertenecía á otra época, á otra generación, cuando los mejores jóvenes no temían exponer su dignidad haciéndose sacerdotes, cuando los clérigos miraban de igual á igual á los frailes cualesquiera, y cuando la clase, aun no denigrada y envilecida, pedía hombres libres y no esclavos, inteligencias superiores y no voluntades sometidas. En su rostro triste y serio se leía la tranquilidad del alma fortalecida por el estilo y la meditación y acaso puesta á prueba por íntimos sufrimientos morales. Aquel clérigo era el P. Florentino, el tío de Isagani, y su historia se reduce á muy poco.

Hijo de una riquísima y bien relacionada familia de Manila, de gallardo continente y felices disposiciones para brillar en el mundo, jamás había sentido vocación sacerdotal; pero su madre, por ciertas promesas ó votos, le obligó á entrar en el seminario después de no pocas luchas y violentas discusiones. Ella tenía grandes amistades con el arzobispo, era de una voluntad de hierro, é inexorable como toda mujer devota que cree interpretar la voluntad de Dios. En

vano se opuso el joven Florentino, en vano suplicó, en vano se excusó con sus amores y provocó escándalos, sacerdote tenía que ser á los veinticinco años, sacerdote fué: el arzobispo le confirió las órdenes, la primera misa se celebró con mucha pompa, hubo tres días de festín y la madre murió contenta y satisfecha dejándole toda su fortuna.

Pero en aquella lucha recibió Florentino una herida de la que jamás se curó: semanas antes de su primera misa, la mujer que más había amado se casó con un cualquiera, de desesperación; aquel golpe fué el más rudo que sintiera jamás; perdió su energía moral, la vida le fué pesada é insoportable. Si no la virtud y el respeto á su estado, aquel amor desgraciado le salvó de los abismos en que caen los curas regulares y seculares en Filipinas. Dedicóse á sus feligreses por deber, y por afición á las ciencias naturales.

Cuando acontecieron los sucesos del setenta y dos, temió el P. Florentino que su curato, por los grandes beneficios que rendía, llamase la atención sobre él, y pacífico antes que todo solicitó su retiro, viviendo desde entonces como particular en los terrenos de su familia, situados á orillas del Pacífico. Allí adoptó á un sobrino, á Isagani, según los maliciosos hijo suyo con su antigua novia cuando enviudó, hijo natural de una prima suya en Manila según los más serios y enterados.

El capitán del vapor había visto al clérigo é instándole á que entrara en la cámara y subiese sobre cubierta. Para decidirle había añadido:

—Si usted no va los frailes creerán que no quiere reunirse con ellos.

El P. Florentino no tuvo más remedio que aceptar y mandó llamar á su sobrino para enterarle de lo que sucedía y recomendarle no se acercase á la cámara mientras estuviese allí.

—Si te ve el capitán, te va á invitar y abusaríamos de su bondad.

—¡Cosas de mi tío! pensaba Isagani; todo es para que no tenga motivos de hablar con doña Victorina.

III

LEYENDAS

Ich weiss nicht was soll es bedeuten
Dass ich so traurig bin!

Cuando el P. Florentino saludó á la pequeña sociedad ya no reinaba el mal humor de las pasadas discusiones. Quizás influyeran en los ánimos las alegres casas del pueblo de Pasig, las copitas de Jerez que habían tomado para prepararse ó acaso la perspectiva de un buen almuerzo; sea una cosa ú otra el caso es que reían y bromeaban, incluso el franciscano flaco, aunque sin hacer mucho ruido: sus risas parecían muecas de moribundo.

—¡Malos tiempos, malos tiempos! decía riendo el P. Sibyla.

—¡Vamos, no diga usted eso, Vicerrector! contestaba el canónigo Irene empujando la silla en que aquél se sentaba; en Hong Kong hacen ustedes negocio redondo y construyen cada finca que... ¡ya ya!

—¡Tate, tate! contestaba: ustedes no ven nuestros gastos, y los inquilinos de nuestras haciendas empiezan á discutir...

—¡Ea, basta de quejas, puñales, porque sino me pondré á llorar! gritó alegremente el P. Camorra. Nosotros no nos quejamos y no tenemos ni haciendas, ni bancos. Y sepan que mis indios empiezan á regatear los derechos y me andan con tarifas. ¡Miren que citarme á mí tarifas ahora, y nada menos que del arzobispo don Basilio Sancho, puñales! como si de entonces acá no hubiesen subido los precios de los artículos. ¡Ja, ja, ja! ¿Por qué un bautizo ha de ser

menos que una gallina? Pero yo me hago el sueco, cobro lo que puedo y no me quejo nunca. Nosotros no somos codiciosos, ¿verdad usted, P. Salvi?

En aquel momento apareció por la escotilla la cabeza de Simoun.

—Pero ¿dónde se ha metido usted? le gritó don Custodio, que se había olvidado ya por completo del disgusto; ¡se perdió usted lo más bonito del viaje!

—¡Psh! contestó Simoun acabando de subir; he visto ya tantos ríos y tantos paisajes que sólo me interesan los que recuerdan leyendas...

—Pues leyendas algunas tiene el Pasig, contestó el capitán que no le gustaba que le despreciasen el río por donde navegaba y ganaba su vida; tiene usted la de *Malapad-na-bató*, roca sagrada antes de la llegada de los españoles como habitación de los espíritus; después, destruida la superstición y profanada la roca, convirtiéndose en nido de tulsanes, desde cuya cima apresaban fácilmente á las pobres bankas que tenían á la vez que luchar contra la corriente y contra los hombres. Más tarde, en nuestros tiempos, á pesar del hombre que ha puesto en ella la mano, menciona tal ó cual historia de banka volcada y si yo, al doblarla, no anduviese con mis seis sentidos, me estrellaría contra sus costados. Tiene usted otra leyenda, la de la cueva de doña Jerónima, que el P. Florentino se la podrá á usted contar...

—¡Todo el mundo la sabe! observó el P. Sibyla desdeñoso.

Pero ni Simoun, ni Ben-Zayb, ni el P. Irene, ni el P. Camorra la sabían y pidieron el cuento unos por guasa y otros por verdadera curiosidad. El clérigo, adoptando el mismo tono guasón con que algunos se lo pedían, como un ayo cuenta un cuento á los niños, dijo:

—Pues érase un estudiante que había dado palabra de casamiento á una joven de su país, y de la que al parecer no se volvió á acordar. Ella, fiel, le estuvo esperando años y años; pasó su juventud, se hizo jamaona y un día tuvo noticia de que su antiguo novio era arzobispo de Manila. Disfrazóse de hombre, se

vino por el Cabo y se presentó á su Ilustrísima reclamándole la promesa. Lo que pedía era imposible y el arzobispo mandó entonces construir la cueva que ustedes habrán visto tapiada y adornada á su entrada por encajes de enredaderas. Allí vivió y murió y allí fué enterrada, y cuenta la tradición que doña Jerónima era tan gruesa que para entrar tenía que perfilarse. Su fama de encantada le vino de su costumbre de arrojar al río la vajilla de plata de que se servía en los opíparos banquetes á que acudían muchos señores. Una red estaba tendida debajo del agua y recibía las piezas que así se lavaban. No hace aún veinte años el río pasaba casi besando la entrada misma de la cueva, pero poco á poco se va retirando de ella como se va olvidando su memoria entre los indios.

—¡ Bonita leyenda! dijo Ben-Zayb, voy á escribir un artículo. ¡ Es sentimental!

Doña Victorina pensaba habitar otra cueva é iba á decirlo cuando Simoun le quitó la palabra:

—Pero ¿qué opina usted de ello, P. Salví? preguntó al franciscano que estaba absorto en alguna meditación; ¿no le parece á usted que su Ilustrísima, en vez de darle una cueva, debía haberla puesto en un beaterio, en santa Clara, por ejemplo?

Movimiento de ascmbro en el P. Sibyla, quien vió al P. Salví estremecerse y mirar de reojo hacia Simoun.

—Porque no es nada galante, continuó Simoun con la mayor naturalidad, dar una peña por morada á la que burlamos en sus esperanzas; no es nada religioso exponerla así á las tentaciones, en una cueva, á orillas de un río; huele algo á ninfas y á dríadas. Habría sido más galante, más piadoso, más romántico, más en conformidad con los usos de este país encerrarla en santa Clara como una nueva Heloísa, para visitarla y confortarla de cuando en cuando. ¿Qué dice usted?

—Yo no puedo ni debo juzgar la conducta de los arzobispos, contestó el franciscano de mala gana.

—Pero usted que es el gobernador eclesiástico, el

que está en lugar de nuestro arzobispo, ¿qué haría usted si tal caso le aconteciese?

El P. Salví se encogió de hombros, y añadió con calma:

—No vale la pena pensar en lo que no puede suceder... Pero puesto que se habla de leyendas, no se olviden ustedes de la más bella por ser la más verdadera, la del milagro de San Nicolás, las ruinas de cuyo templo habrán ustedes visto. Se la voy á contar al señor Simoun que no debe saberla. Parece que antes, el río como el lago, estaban infestados de caimanes, tan enormes y voraces, que atacaban á las banks y las hacían zozobrar de un coletazo. Cuentan nuestras crónicas que un día un chino infiel, que hasta entonces no había querido convertirse, pasaba por delante de la iglesia, cuando de repente el demonio se le presentó en forma de caimán, le volcó la banca para devorarle y llevarle al infierno. Inspirado por Dios, el chino invocó en el momento á San Nicolás y al instante el caimán se convirtió en piedra. Los antiguos refieren que en su tiempo se podía reconocer muy bien al monstruo en los trozos de roca que de él quedaron; por mí puedo asegurar que todavía distinguí claramente la cabeza y á juzgar por ella el monstruo debió haber sido enorme.

—¡Maravillosa, maravillosa leyenda! exclamó Ben-Zayb, y se presta para un artículo. La descripción del monstruo, el terror del chino, las aguas del río, los cañaverales... Y se presta para un estudio de religiones comparadas. Porque mire usted, un chino infiel invocar en medio del mayor peligro precisamente á un santo que sólo debía conocer de oídas y en quien no creía... Aquí no reza el refrán de *más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer*. Yo, si me encontrase en la China y me viese en semejante apuro, primero invocaba al santo más desconocido del calendario que á Confucio ó á Budha. Si esto es superioridad manifiesta del catolicismo ó inconsistencia ilógica é inconsecuente de los cerebros de raza amarilla, el estudio profundo de la antropología lo podrá solamente dilucidar.

Y Ben-Zayb había adoptado el tono de un catedrático y con el índice trazaba círculos en el aire admirándose de su imaginación, que sabía sacar de las cosas más insignificantes tantas alusiones y consecuencias. Y como viera á Simoun preocupado y creyese que meditaba sobre lo que acababa de decir, le preguntó en qué estaba pensando.

—En dos cosas muy importantes, respondió Simoun, dos preguntas que puede usted añadir á su artículo. Primera ¿qué habrá sido del diablo al verse de repente encerrado dentro de una piedra? ¿se escapó? ¿se quedó allí? ¿quedóse aplastado? y segunda, ¿si los animales petrificados que he visto yo en varios museos de Europa no habrán sido víctimas de algún santo antediluviano?

El tono con que hablaba el joyero era tan serio, y apoyaba su frente contra la punta del dedo índice como en señal de gran cavilación, que el P. Camorra contestó muy serio:

—¡Quién sabe, quién sabe!

—Y pues que de leyendas se trata, y entramos ahora en el lago, repuso el P. Sibyla, el capitán debe conocer muchas...

En aquel momento el vapor entraba en la barra y el panorama que se extendía ante sus ojos era verdaderamente magnífico. Todos se sintieron impresionados. Delante se extendía el hermoso lago rodeado de verdes orillas y montañas azules como un espejo colossal con marco de esmeraldas y zafiros para mirarse en su luna el cielo. A la derecha se extendía la orilla baja, formando senos con graciosas curvas, y allá á lo lejos, medio borrado, el gancho del Sugay; delante y en el fondo se levanta el Makiling majestuoso e imponente, coronado de ligeras nubes y á la izquierda la isla de Talim, el Susong-dalaga, con las mórbidas ondulaciones que le han valido su nombre.

Una brisa fresca rizaba dulcemente la extensa superficie.

—A propósito, capitán, dijo Ben-Zayb volviéndose; ¿sabe usted en qué parte del lago fué muerto un tal Guevara, Navarra ó Ibarra?

Todos miraron al capitán menos Simoun que volvió la cabeza á otra parte como para buscar algo en la orilla.

—¡Ay, sí! dijo doña Victorina, ¿dónde, capitán? ¿habrá dejado huellas en el agua?

El buen señor guiñó varias veces, prueba de que estaba muy contrariado, pero viendo la súplica en los ojos de todos, se adelantó algunos pasos á proa y escudriñó la orilla.

—Miren ustedes allá, dijo en voz apenas perceptible después de asegurarse de que no había personas extrañas; según el cabo que organizó la persecución, Ibarra, al verse cercado, se arrojó de la banka allí cerca del *Kinabutásan* y, nadando y nadando entre dos aguas, atravesó toda esa distancia de más de dos millas, saludado por las balas cada vez que sacaba la cabeza para respirar. Más allá fué donde perdieron su traza y un poco más lejos, cerca de la orilla, descubrieron algo como color de sangre... Y ¡precisamente! hoy hace trece años, día por día, que esto ha sucedido.

—¿De manera que su cadáver?... preguntó Ben-Zayb.

—Se vino á reunir con el de su padre, contestó el P. Sibyla; ¿no era también otro filibustero, P. Salvi?

—Esos si que son entierros baratos, P. Camorra ¿eh? dijo Ben-Zayb.

—Siempre he dicho yo que son filibusteros los que no pagan entierros pomposos, contestó el aludido riendo con la mayor alegría.

—Pero ¿qué le pasa á usted, señor Simoun? preguntó Ben-Zayb viendo al joyero, inmóvil y meditabundo. ¿Está usted marcado? ¡usted, viajero! ¿y en una gota de agua como ésta...?

—Es que le diré á usted, contestó el capitán que había concluído por profesar cariño á todos aquellos sitios; no llame usted á esto gota de agua: es más grande que cualquier lago de Suiza y que todos los de España juntos; marinos viejos he visto yo que se marearon aquí.

IV

CABESANG TALES

Los que han leído la primera parte de esta historia, se acordarán tal vez de un viejo leñador que vivía allá en el fondo de un bosque.

Tandang Selo vive todavía y aunque sus cabellos se han vuelto todos canos, conserva no obstante su buena salud. Ya no va á cazar ni á cortar árboles; como ha mejorado de fortuna sólo se dedica á hacer escobas.

Su hijo Tales (abreviación de Telesforo), primero había trabajado como aparcerero en los terrenos de un capitalista, pero más tarde, dueño ya de dos kara-baos y de algunos centenares de pesos, quiso trabajar por su cuenta ayudado de su padre, su mujer y sus tres hijos.

Talaron, pues, y limpiaron unos espesos bosques que se encontraban en los confines del pueblo y que creían no pertenecían á nadie. Durante los trabajos de roturación y sancamiento, toda la familia, uno tras otro, enfermó de calenturas, sucumbiendo de marasmo la madre y la hija mayor, la Lucía, en la flor de la edad. Aquello que era consecuencia natural del suelo removido, fecundo en organismos varios, lo atribuyeron á la venganza del espíritu del bosque, y se resignaron y prosiguieron sus trabajos creyéndole ya aplacado. Cuando iban á recoger los frutos de la primera cosecha, una corporación religiosa que tenía terrenos en el pueblo vecino, reclamó la propiedad de aquellos campos, alegando que se encontraban dentro de sus linderos, y para probarlo trató de plantar en el mis-

mo momento sus jalones. El administrador de los religiosos, sin embargo, le dejaba por humanidad el usufructo de los campos siempre que le pagase anualmente una pequeña cantidad, una bicoca, veinte ó treinta pesos.

Tales, pacífico como el que más, enemigo de pleitos como muchos, y sumiso á los frailes como pocos, por no romper un *palyok* contra un *kawali* como él decía (para él los frailes eran vasijas de hierro y el de barro), tuvo la debilidad de ceder á semejante pretensión, pensando en que no sabía el castellano y no tenía con qué para pagar abogados. Por lo demás Tandang Selo le decía:

—¡Paciencia! más has de gastar en un año pleiteando que si pagas en diez lo que exigen los Padres blancos. ¡Hmh! Acaso te lo paguen ellos en misas. Haz como si esos treinta pesos los hubieses perdido en el juego, ó se hubiesen caído en el agua tragándolos el caimán.

La cosecha fué buena, se vendió bien, y Tales pensó en construirse una casa de tabla en el barrio de Saggang del pueblo de Tianl, vecino de San Diego.

Paso otro año, vino otra cosecha buena y por éste y aquel motivo, los frailes le subieron el canon á cincuenta pesos que Tales pagó para no reñir y porque contaba vender bien su azúcar.

—¡Paciencia! Haz cuenta como si el caimán hubiese crecido, decía consolándole el viejo Selo.

Aquel año pudieron al fin realizar su ensueño: vivir en poblado, en su casa de tabla, en el barrio de Saggang y el padre y el abuelo pensaron en dar alguna educación á los dos hermanos, sobre todo á la niña, á Juliana ó Juli como la llamaban, que prometía ser agraciada y honita. Un muchacho, amigo de la casa, Basilio, estudiaba ya entonces en Manila y aquel joven era de tan humilde cuna como ellos.

Pero este sueño parecía destinado á no realizarse.

El primer cuidado que tuvo la sociedad al ver á la familia prosperar poco á poco, fué nombrar cabeza de barangay al miembro que en ella más trabajaba; Tanó, el hijo mayor, sólo contaba catorce años. Se

llamó pues *Cabesang Tales*, tuvo que mandarse hacer chaqueta, comprarse un sombrero de fieltro y prepararse á hacer gastos. Para no reñir con el cura ni con el gobierno abonaba de su bolsillo las bajas del padrón, pagaba por los idos y los muertos, perdía muchas horas en las cobranzas y en los viajes á la cabecera.

—¡Paciencia! Haz cuenta como si los parientes del caimán hubiesen acudido, decía Tandang Selo sonriendo plácidamente.

—¡El año que viene te vestirás de cola é irás á Manila para estudiar como las señoritas del pueblo! decía Cabesang Tales á su hija siempre que la oía hablar de los progresos de Basilio.

Pero el año que viene no venía y en su lugar había otro aumento de canon; Cabesang Tales se ponía serio y se rascaba la cabeza. El puchero de barro cedía su arroz al caldero.

Cuando el canon ascendió á doscientos pesos, Cabesang Tales no se contentó con rascarse la cabeza ni suspirar: protestó y murmuró. El fraile administrador díjole entonces que si no los podía pagar, otro se encargaría de beneficiar aquellos terrenos. Muchos que la codiciaban se ofrecían.

Cabesang Tales creyó que el fraile se chanceaba, pero el fraile hablaba en serio y señalaba á uno de sus criados para tomar posesión del terreno. El pobre hombre palideció, sus oídos le zumbaron, una nube roja se interpuso delante de sus ojos y en ella vió á su mujer y á su hija, pálidas, demacradas, agonizando, ¡víctimas de fiebres intermitentes! Y luego veía el bosque espeso, convertido en campo, veía arroyos de sudor regando los surcos, se veía allí, á sí mismo, pobre Tales, arando en medio del sol, destrozándose los pies contra las piedras y raíces, mientras aquel lego se paseaba en su coche, y aquel que lo iba á heredar seguía como un esclavo detrás de su señor. ¡ Ah, no! ¡ mil veces no! que se hundan antes aquellos campos en las profundidades de la tierra y que se sepulten ellos todos. ¿Quién era aquel extranjero para tener derecho sobre sus tierras? ¿Había

traído al venir de su país un puñado sólo de aquel polvo? ¿Se había doblado uno solo de sus dedos para arrancar una sola de las raíces que los surcaban?

Exasperado ante las amenazas del fraile, que pretendía hacer prevalecer su autoridad á toda costa delante de los otros inquilinos, Cablesang Tales se rebeló, se negó á pagar un solo cuarto y teniendo siempre delante la nube roja, dijo que sólo cedería sus campos al que primero los regase con la sangre de sus venas.

El viejo Selo, al ver el rostro de su hijo, no se atrevió á mencionar su caimán pero intentó calmarle hablándole de vasijas de barro, recordándole que en los pleitos él que gana se queda sin camisa.

—¡ En polvo nos hemos de convertir, padre, y sin camisa hemos nacido! contestó.

Y se negó resueltamente á pagar ni á ceder un palmo siquiera de sus tierras, si antes no probaban los frailes la legitimidad de sus pretensiones con la exhibición de un documento cualquiera. Y como los frailes no la tenían, hubo pleito, y Cablesang Tales lo aceptó creyendo que, si no todos, algunos al menos amaban la justicia y respetaban las leyes.

—Sirvo y he estado sirviendo muchos años al rey con mi dinero y mis fatigas, decía á los que le desalentaban; yo le pido ahora que me haga justicia y tiene que hacérmela.

Y arrastrado por una fatalidad, y cual si jugase en el pleito todo su porvenir y el de sus hijos, fué gastando sus economías en pagar abogados, escribanos y procuradores, sin contar con los oficiales y escribientes que explotaban su ignorancia y su situación. Iba y venía á la cabecera, pasaba días sin comer y noches sin dormir, y su conversación era toda escritos, presentaciones, apelaciones, etc. Vióse entonces una lucha como jamás se ha visto bajo el cielo de Filipinas: la de un pobre indio, ignorante y sin amigos, fiado en su derecho y en la bondad de su causa; combatiendo contra una poderosísima corporación ante la cual la justicia doblaba el cuello, los jueces dejaban caer la balanza y rendían la espada. Comba-

tía tenazmente como la hormiga que muerde sabiendo que va á ser aplastada, como la mosca que ve el espacio al través de un cristal. ¡ Ah! la vasija de barro desafiando á los calderos y rompiéndose en mil pedazos tenía algo de imponente: tenía lo sublime de la desesperación. Los días que le dejaban libres los viajes, los empleaba en recorrer sus campos armado de una escopeta, diciendo que los tulisanes merodeaban y necesitaba defenderse para no caer en sus manos y perder el pleito. Y como si tratase de afinar su puntería, tiraba sobre las aves y las frutas, tiraba sobre las mariposas con tanto tino que el lego administrador ya no se atrevió á ir á Sagpang sin acompañamiento de guardias civiles, y el paniaguado, que divisó de lejos la imponente estatura de Cablesang Tales recorriendo sus campos como un centinela sobre las murallas, renunció lleno de miedo á arrebatarse su propiedad.

Pero los jueces de paz y los de la cabecera no se atrevían á darle la razón, temiendo la cesantía, escarmentados en la cabeza de uno que fué inmediatamente depuesto. Y no eran malos por cierto aquellos jueces, eran hombres concienzudos, morales, buenos ciudadanos, excelentes padres de familia, buenos hijos..., y sabían considerar la situación del pobre Tales mejor de lo que el mismo Tales podía. Muchos de ellos conocían los fundamentos científicos é históricos de la propiedad, sabían que los frailes, por sus estatutos, no podían tener propiedades, pero también sabían que venir de muy lejos, atravesar los mares con un destino ganado á duras penas, correr á desempeñarlo con la mejor intención y perderlo porque á un indio se le antoje que la justicia se ha de hacer en la tierra como en el cielo, ¡ vamos, que también es ocurrencia! Ellos tenían sus familias y con más necesidades seguramente que la familia de aquel indio: el uno tenía una madre que pensionar y ¿ qué cosa hay más sagrada que alimentar á una madre? el otro tenía hermanas todas casaderas, el de más allá numerosos hijos pequeñitos que esperan el pan como pajaritos en el nido y se morirían de seguro el día en que

su destino le faltase; y el que menos, el que menos, tenía allá lejos, muy lejos, una mujer que si no recibe la pensión mensual puede verse en apuros... Y todos aquellos jueces, hombres de conciencia los más y de la más sana moralidad creían hacer todo lo que podían aconsejando la transacción, que Cabeasang Tales pagase el canon exigido. Pero Tales, como todas las conciencias sencillas, una vez que veía lo justo, á ello iba derecho. Pedía pruebas, documentos, papeles, títulos, y los frailes no tenían ninguno y sólo se fundaban en las complacencias pasadas.

Pero Cabeasang Tales replicaba:

—Si yo todos los días doy limosna á un pobre por evitar que me moleste ¿quién me obligará á mí después que le siga dando si abusa de mi bondad?

Y de allí nadie le podía sacar y no había amenazas capaces de intimidarle. En vano el gobernador M. hizo un viaje expresamente para hablarle y meterle miedo; él á todo respondía:

—Podéis hacer lo que queráis, señor gobernador, yo soy un ignorante y no tengo fuerzas. Pero he cultivado esos campos, mi mujer y mi hija han muerto ayudándome á limpiarlos y no los he de ceder sino á aquel que pueda hacer por ellos más de lo que he hecho yo. Que los riegue primero con su sangre y que entierre en ellos á su esposa y á su hija.

Resulta de esta terquedad los honrados jueces daban la razón á los frailes y todos se le reían diciendo que con la razón no se ganan los pleitos. Pero apelaba, cargaba su escopeta y recorría pausadamente los linderos. En este intervalo su vida parecía un delirio. Su hijo Tanò, un mozo alto como su padre y bueno como su hermana, cayó quinto; él le dejó partir en vez de comprarle un sustituto.

—Tengo que pagar abogados, decía á su hija que lloraba; si gano el pleito ya sabré hacerle volver y si lo pierdo no tengo necesidad de hijos.

El hijo partió y nada más se supo sino que le raparon el pelo y que dormía debajo de una carreta. Seis meses después se dijo que le habían visto embarcado

para las Carolinas; otros creyeron haberle visto con el uniforme de la guardia civil.

--¡Guardia civil Tanò! ¡'Susmariosep! exclamaban unos y otros juntando las manos: ¡Tanò tan bueno y tan honrado! ¡Requimiternam!

El abuelo estuvo muchos días sin dirigir la palabra al padre, Juli cayó enferma, pero Cablesang Tales no derramó una sola lágrima; durante dos días no salió de casa como si temiese las miradas de reproche de todo el barrio, temía que le llamasen verdugo de su hijo. Al tercer día, sin embargo, volvió á salir con su escopeta.

Atribuyéronle propósitos asesinos y hubo bien intencionado que susurró haberle oído amenazar con enterrar al lego en los surcos de sus campos; el fraile entonces le cobró verdadero miedo. A consecuencia de esto, bajó un decreto del capitán general prohibiendo á todos el uso de las armas de fuego y mandándolas recoger. Cablesang Tales tuvo que entregar su escopeta, pero armado de un largo bolo prosiguió sus rondas.

--¿Qué vas á hacer con ese bolo si los tulisanes tienen armas de fuego? le decía el viejo Selo.

--Necesito vigilar mis sembrados, respondía; cada caña de azúcar que allí crece es un hueso de mi esposa.

Le recogieron el bolo por encontrarlo demasiado largo. El entonces cogió la vieja hacha de su padre y con ella al hombro proseguía sus tetricos paseos.

Cada vez que salía de casa, Tandang Selo y Juli temblaban por su vida. Esta se levantaba de su telar, se iba á la ventana, oraba, hacía promesas á los santos, rezaba novenas. El abuelo no sabía á veces como terminar el aro de una escoba y hablaba de volver al bosque. La vida en aquella casa se hacía imposible.

Al fin sucedió lo que temían. Como los terrenos estaban lejos de poblado, Cablesang Tales, á pesar de su hacha, cayó en manos de los tulisanes, que tenían revolvers y fusiles. Los tulisanes le dijeron que, pues que tenía dinero para dar á los jueces y á los abogados, debe tenerlo también para los abandonados y

perseguidos. Por lo cual le exigieron quinientos pesos de rescate por medio de un campesino asegurando que si algo le pasaba al mensajero, el prisionero lo pagaría con su vida. Daban dos días de tregua.

La noticia sumió á la pobre familia en el mayor terror y más aún cuando se supo que la guardia civil iba á salir en persecución de los bandidos. Si llegaba á haber un encuentro, el primer sacrificado sería el prisionero, eso lo sabían todos. El viejo se quedó sin movimiento y la hija, pálida y aterrada, intentó varias veces hablar y no pudo. Pero un pensamiento más terrible, una idea más cruel les sacó de su estupor. El campesino enviado de los tulisanes dijo que probablemente la banda tendría que alejarse, y si tardaban mucho en entregarle el rescate, pasarían los dos días y Cabesang Tales sería degollado.

Esto volvió locos á aquellos dos seres, ambos débiles, ambos impotentes. Tandang Selo se levantaba, se sentaba, bajaba las escaleras, subía, no sabía á dónde acudir. Juli acudía á sus imágenes, contaba y recontaba el dinero, y los doscientos pesos no se aumentaban, no querían multiplicarse; de pronto se vestía, reunía todas sus alhajas, pedía consejos al abuelo, iría á ver al gobernadorcillo, al juez, al escribiente, al teniente de la guardia civil. El viejo á todo decía sí, y cuando ella decía no, no decía también. Al fin vinieron algunas vecinas entre parientes y amigas, unas más pobres que otras, á cual más sencillas y aspaventeras. La más lista de todas era Hermana Balí, una gran panguinguera que había estado en Manila para hacer ejercicios en el beaterio de la Compañía.

Juli vendería todas sus alhajas menos un relicario de brillantes y esmeraldas que le había regalado Basilio. Aquel relicario tenía su historia: lo había dado una monja, la hija de capitán Tiago, á un lazarino; Basilio, habiéndole asistido á éste en su enfermedad, lo recibió como un regalo. Ella no podía venderlo sin avisárselo antes.

Se vendieron corriendo las peinetas, los aretes y el rosario de Juli á la vecina más rica, y se añadieron

cincuenta pesos; faltaban aún doscientos cincuenta. Se empeñaría el relicario, pero Juli sacudió la cabeza. Una vecina propuso vender la casa y Tandang Selo aprobó la idea muy contento con volver al bosque á cortar otra vez leña como en los antiguos tiempos, pero Hma. Balí observó que aquello no podía ser por no estar el dueño presente.

—La mujer del juez me vendió una vez su tapis por un peso, y el marido dijo que aquella venta no servía porque no tenía su consentimiento. ¡Abá! me sacó el tapis y ella no me ha devuelto el peso hasta ahora, pero yo no la pago en el panguingui, cuando gana, ¡abá! Así le he podido cobrar doce cuartos, y por ella solamente voy á jugar. Yo no puedo sufrir que no me paguen una deuda, ¡abá!

Una vecina iba á preguntarle á Hma. Balí por qué entonces no le pagaba un piquillo, pero la lista panguinguera lo olió, y añadió inmediatamente:

—¿Sabes, Juli, lo que se puede hacer? pedir prestado doscientos cincuenta pesos sobre la casa, pagaderos cuando el pleito se gane.

Esta fué la mejor opinión y decidieron ponerla en práctica aquel mismo día. Hma Balí se prestó á acompañarla y ambos recorrieron las casas de los ricos de Tianl pero nadie aceptaba la condición; el pleito, decían, estaba perdido y favorecer á un enemigo de frailes era exponerse á sus venganzas. Al fin una vieja devota se compadeció de su suerte; prestó la cantidad á condición de que Juli se quedase con ella á servir hasta tanto que no se pagase la deuda. Por lo demás Juli no tenía mucho que hacer; coser, rezar, acompañarla á misa, y ayunar de cuando en cuando por ella. La joven aceptó con lágrimas en los ojos, recibió el dinero prometiendo entrar al día siguiente, día de la Pascua, á su servicio.

Cuando el abuelo supo aquella especie de venta púsose á llorar como un chiquillo. ¿Cómo? aquella nieta suya que él no dejaba ir al sol para que su cutis no se quemase, Juli la de los dedos finos y talones de color de rosa, ¿cómo? aquella joven, la más hermosa del barrio y quizás del pueblo, delante de cuyas

ventanas muchos vanamente han pasado la noche tocando y cantando, ¿cómo? su única nieta, su única hija, la única alegría de sus cansados ojos, aquella que él soñaba vestida de cola, hablando el español y dándose aire con un abanico pintado como las hijas de los ricos, aquélla entrar á servir de criada para que la riñan y la reprendan, para echar á perder sus dedos, para que duerma en cualquiera parte y se levante de cualquiera manera?

Y el abuelo lloraba, hablaba de ahorcarse y dejarse morir de hambre.

—Si tú te vas, decía, vuelvo al bosque y no pongo los pies en el pueblo.

Juli le calmaba diciendo que era menester que su padre volviese, que ganarían el pleito y pronto la podrían rescatar de la servidumbre.

La noche fué triste: ninguno de los dos pudo probar un bocado y el viejo se obstinó en no acostarse pasando toda la noche sentado en un rincón, silencioso, sin decir una palabra, sin moverse siquiera. Juli por su parte quiso dormir, pero por mucho tiempo no pudo pegar los ojos. Algo más tranquila ya sobre la suerte de su padre, ella pensaba en sí misma y lloraba y lloraba ahogando sus sollozos para que el viejo no los oyese. Al día siguiente sería una criada, y era precisamente cuando Basilio solía llegar de Manila á traer regalitos... En adelante tenía que renunciar á aquel amor; Basilio, que pronto será médico, no debe casarse con una pobre... Y ella le veía en su imaginación dirigirse á la iglesia en compañía de la más hermosa y rica muchacha del pueblo, bien vestidos, felices y sonriendo ambos, y mientras que ella, Juli, seguía detrás de su ama, llevando novenas, buyos y la escupidera. Y aquí la joven sentía un inmenso nudo en la garganta, una presión en el corazón y pedía á la Virgen la dejase antes morir.

—Pero, al menos, decía su conciencia, él sabrá que he preferido empeñarme á empeñar el relicario que él me ha regalado.

Este pensamiento la consolaba en algo y se hacía vanas ilusiones. ¿Quién sabe? puede suceder un mi-

lagro: encontrarse ella doscientos cincuenta pesos debajo de la imagen de la Virgen; había leído tantos milagros parecidos. El sol podía no salir y no venir el mañana y ganarse entretanto el pleito. Podía volver su padre, Basilio presentarse; ella encontraría un talego de oro en la huerta, los tulisanes le enviarían el talego, el cura, el P. Camorra, que siempre la embromaba, podía venir con los tulisanes... sus ideas fueron cada vez más confusas y más desordenadas hasta que por fin, rendida por la fatiga y el dolor, se durmió soñando en su infancia en el fondo del bosque: ella se bañaba en el torrente en compañía de sus dos hermanos, había pececillos de todos colores que se dejaban coger como bobos y ella se impacientaba porque no encontraba gusto en coger unos pececillos tan tontos. Basilio estaba dentro del agua, pero Basilio, sin saber ella el por qué, tenía la cara de su hermano Tanò. Su nueva ama les observaba desde la orilla.

LA NOCHEBUENA DE UN COCHERO

Basilio llegó á San Diego en el momento en que la procesión de la Nochebuena recorría las calles. Se había retrasado en su camino perdiendo muchas horas porque el cochero, que había olvidado su cédula, fué detenido por la guardia civil, sacudido con algunos culatazos y llevado después al cuartel del comandante.

Ahora la carromata se detenía otra vez para dejar pasar la procesión, y el cochero apalcado se descubría reverentemente y rezaba un *padrenuestro* ante la primera imagen en andas que venía y que parecía ser un gran santo. Representaba un anciano de larguísima barba, sentado al borde de una fosa, debajo de un árbol lleno de toda clase de pájaros disecados; un *halán* con una olla, un almirez y un *kalikut* para triturar el buyo eran sus únicos muebles, como para indicar que el viejo vivía al borde mismo del sepulcro y allí cocinaba. Aquel era Matusalem en la iconografía religiosa de Filipinas: su colega y quizás contemporáneo se llama en Europa Noël y era más risueño y más alegre.

—En tiempo de los santos, pensaba el cochero, de seguro que no había guardias civiles, porque con los culatazos no se puede vivir mucho.

Después del gran anciano, venían los tres Reyes Magos en caballitos que se encabritaban, particularmente el del rey negro Melchor, que parecía iba á atropellar á los de sus compañeros.

—No, no debía haber guardias civiles, concluía el

cochero, envidiando en su interior tan felices tiempos ; porque sino ese negro que se permite tales juegos al lado de esos dos españoles (Gaspar y Baltasar), ya habría ido á la cárcel.

Y como observase que el negro llevaba corona y era rey como los otros dos españoles, pensó naturalmente en el rey de los indios y suspiró.

—¿Sabéis, señor, preguntó respetuosamente á Basilio, si el pie derecho está suelto ya?

Basilio se hizo repetir la pregunta:

—¿Pie derecho de quién?

—¡ Del rey! contestó el cochero en voz baja, con mucho misterio.

—¿Qué rey?

—Nuestro rey, el rey de los indios...

Basilio se sonrió y se encogió de hombros.

El cochero volvió á suspirar. Los indios de los campos conservan una leyenda de que su rey, apisionado y encadenado en la cueva de San Mateo, vendrá un día á libertarles de la opresión. Cada cien años rompe una de sus cadenas, y ya tiene las manos y el pie izquierdo libres ; sólo le queda el derecho. Este rey causa los terremotos y temblores cuando forcejea ó se agita ; es tan fuerte que, para darle la mano, se le alarga un hueso, que á su contacto se pulveriza. Sin poderse explicar el por qué, los indios le llaman el rey Bernardo, acaso por confundirle con Bernardo del Carpio.

—Cuando se suelte del pie derecho, murmuró el cochero ahogando un suspiro, le daré mis caballos, me pondré á su servicio y me dejaré matar... El nos librá de los *civiles*.

Y con mirada melancólica seguía á los tres reyes que se alejaban.

Los muchachos venían después en dos filas, tristes, serios, como obligados por la fuerza. Alumbraban unos con *huepes*, otros con cirios y otros con faroles de papel en astas de caña, rezando á voz en grito el rosario como si riñesen con alguien. Después venía San José en modestas andas, con su fisonomía resignada y triste y su bastón con flores de azucenas, en

medio de dos guardias civiles, como si le llevarsen preso: ahora comprendía el cochero la expresión de la fisonomía del santo. Y sea porque la vista de los guardias le turbase ó no tuviera en gran respeto al santo que iba en semejante compañía, no rezó ni siquiera un *requiem æternam*. Detrás de San José venían las niñas alumbrando, cubiertas la cabeza con el pañuelo anudado debajo del mantón, rezando igualmente el rosario, aunque con menos ira que los muchachos. En medio se veían algunos arrastrando conejitos de papel de Japón, iluminados con una candelita roja, levantada la colita, hecha de papel recortado. Los chicos acudían á la procesión con aquellos juguetes para alegrar el nacimiento del Mesías. Y los animalitos, gordos y redondos como un huevo, parecían tan contentos que á lo mejor daban un brinco, perdían el equilibrio, se caían y se quemaban; el dueño acudía á apagar tanto ardor, soplabá, soplabá, extinguía las llamas á fuerza de golpes y viéndolo destrozado se ponía á lo mejor á llorar. El cochero observaba con cierta tristeza que la raza de los animalitos de papel desaparecía cada año como si también les atacase la peste como á los animales vivos. El, Sinong el apalcado, se acordaba de sus dos magníficos caballos que para preservarlos del contagio había hecho bendecir, según los consejos del cura, gastándose diez pesos:—ni el gobierno ni los curas habían encontrado mejor remedio contra la epizootia —y con todo se le murieron. Sin embargo, se consolaba porque, desde las rociadas de agua bendita, los latines del Padre y las ceremonias, los caballos echaron unos humos, se dieron tal importancia que no se dejaban enganchar, y él, como buen cristiano, no se atrevía á castigarlos por haberle dicho un Hermano tercero que estaban *benditados*.

Cerraba la procesión la Virgen, vestida de Divina Pastora con un sombrero de *frondeuse* de anchas alas y largas plumas, para indicar el viaje á Jerusalén. Y á fin de que se explicase el nacimiento, el cura había mandado que abultasen algo más el talle y le pusiesen trapos y algodón debajo de las faldas, de

modo que nadie pudiera poner en duda el estado en que se encontraba. Era una bellísima imagen, triste igualmente de expresión como todas las imágenes que hacen los filipinos, con un aire algo avergonzado, de como la había puesto el P. Cura tal vez. Delante venían algunos cantores, detrás algunos músicos y los correspondientes guardias civiles. El cura, como era de esperar, después de lo que había hecho, no venía: aquel año estaba muy disgustado por haber tenido que servirse de toda su diplomacia y gramática parda á fin de convencer á los vecinos á que pagasen treinta pesos cada misa de aguinaldo en vez de los veinte que solía costar.

—Os estáis volviendo filibusteros, había dicho.

Muy preocupado debía de estar el cochero con las cosas que había visto en la procesión porque cuando ésta acabó de pasar y Basilio le mandó prosiguiera su camino, no se apercibió de que el farol de la carro-mata se había apagado. Basilio por su parte tampoco lo notó, ocupado en mirar hacia las casas, iluminadas por dentro y por fuera con farolillos de papel de formas caprichosas y colores varios, por estrellas rodeadas de un aro con largas colas que, agitadas por el aire, producían dulce murmullo, y peces de cola y cabeza movibles con su vaso de aceite por dentro, suspendidos de los aleros de las ventanas con un aire tan deliciosamente de fiesta alegre y familiar. Basilio observaba también que las iluminaciones decaían, que las estrellas se eclipsaban y aquel año tenían menos perendengues y colgajos que el anterior, y éste menos que el otro aun... Apenas había música en las calles, los alegres ruidos de la cocina no se dejaban oír en todas las casas y el joven lo atribuyó á que hacía tiempo todo iba mal, el azúcar no se vendía bien, la cosecha del arroz se había perdido, se habían muerto más de la mitad de los animales y las contribuciones subían y aumentaban sin saberse cómo ni por qué, mientras que menudeaban los atropellos de la guardia civil, que mataba las alegrías en los pueblos.

En esto precisamente estaba pensando cuando un

¡alto! enérgico resonó en el aire. Pasaban delante del cuartel y uno de los guardias había visto el farol apagado de la carromata y aquello no podía seguir así. Empezó á llover una granizada de insultos sobre el pobre cochero, que en vano se excusaba con la duración de las procesiones, y como iba á ser detenido por contravención á bandos y puesto después en los periódicos, el pacífico y prudente Basilio bajó de la carromata y continuó su camino cargando con su maleta.

Aquel era San Diego, su pueblo, donde no tenía un solo pariente...

La única casa que le pareció alegre era la de capitán Basilio. Pollos y gallinas piaban cantos de muerte con acompañamiento de golpes secos y menuditos como de quien pica carne sobre un tajo, y del chirrido de la manteca que hierva en la sartén. En casa había festín y llegaba hasta la calle tal cual ráfaga de aire impregnada de vapores succulentos, tufillo de guisados y confituras.

En el entresuelo Basilio vió á Sinang, tan bajita como cuando la conocieron nuestros lectores, aunque algo más gruesa y más redonda desde que se ha casado. Y con gran sorpresa suya divisó allá en el fondo, charlando con el capitán Basilio, el cura y el alférez de la guardia civil, nada menos que al joyero Simoun siempre con sus anteojos azules y su aire desembarazado.

—Entendido, señor Simoun, decía el capitán Basilio; iremos á Tiani á ver sus alhajas.

—Yo también iría, decía el alférez, porque necesito una cadena de reloj, pero tengo tantas ocupaciones... Si capitán Basilio quisiera encargarse...

Capitán Basilio se encargaba con mucho gusto, y como quería tener propicio al militar para que no le molestase en las personas de sus trabajadores, no quería aceptar la cantidad que el alférez se esforzaba en sacar de su bolsillo.

—¡ Es mi regalo de Pascuas!

—¡ No lo permito, capitán, no lo permito!

—¡ Bueno, bueno! ¡ Ya arreglaremos cuentas des-

pués! decía capitán Basilio con un gesto elegante.

También el cura quería un par de pendientes de señora y encargaba al capitán se los comprase.

—Los quiero de *mabuti*. ¡Ya arreglaremos cuentas!

—No tenga usted cuidado, Padre Cura, decía el buen hombre que también quería estar en paz con la iglesia.

Un informe malo del cura podía causarle mucho perjuicio y hacerle gastar el doble: aquellos pendientes eran regalos forzados. Simoun, entretanto, ponderaba sus alhajas.

—¡Este hombre es atroz! pensó el estudiante; en todas partes hace negocios... Y si hemos de creer á *alguno*, compra de ciertos señores en la mitad de su precio las alhajas que él mismo ha vendido para que sean regaladas... ¡Todos hacen negocio en este país menos nosotros!

Y se dirigió á su casa, ó sea á la de capitán Tiago, habitada por un hombre de confianza. Este, que le tenía mucho respeto desde el día en que le vió hacer operaciones quirúrgicas con la misma tranquilidad como si se tratase de gallinas, le esperaba para darle noticias. Dos de los trabajadores estaban presos, uno iba á ser deportado... se habían muerto varios karabaws.

—¡Lo de siempre, cosas viejas! replicaba malhumorado Basilio; ¡siempre me recibís con las mismas quejas!

El joven, sin ser tirano, como á menudo era reñido por capitán Tiago, le gustaba á su vez reñir á los que estaban bajo su dirección. El viejo buscó una noticia nueva.

—¡Se nos ha muerto un aparcerero, el viejo que cuidaba del bosque, y el cura no le ha querido enterrar como pobre, y alegando que el amo es rico!

—¿Y de qué ha muerto?

—¡De vejez!

—¡Vaya, morir de vejez! ¡Si al menos hubiese sido de alguna enfermedad!

Basilio, en su afán de hacer autopsias, quería enfermedades.

—¿No tenéis nada nuevo que contarme? Me quitáis las ganas de comer contándome las mismas cosas. ¿Sabéis algo de Sagpang?

El viejo contó entonces el secuestro de Cablesang Tales. Basilio se quedó pensativo y no dijo nada. Se le había ido por completo el apetito.

VI

BASILIO

Cuando las campanas empezaban á repicar para la misa de la media noche y los que preferían un buen sueño á todas las fiestas y ceremonias se despertaban refunfuñando contra el ruido y la animación, Basilio bajó cautelosamente de la casa, dió dos ó tres vueltas por algunas calles y, convencido de que nadie le seguía ni le observaba, tomó por senderos poco frecuentados el camino que conducía al antiguo bosque de los Ibarras adquirido por capitán Tiago, cuando, confiscados los bienes de éstos, se vendieron.

Como aquel año la Navidad correspondía á luna menguante, reinaba allí obscuridad completa. El repique había cesado y sólo los tañidos resonaban en medio del silencio de la noche, al través del murmullo de las ramas agitadas por la brisa y el acompasado clamor de las ondas del vecino lago, como poderosa respiración de la naturaleza sumida en grandioso sueño.

Impresionado por el lugar y el momento, caminaba cabizbajo el joven como si tratase de ver en la obscuridad. De cuando en cuando levantaba la cabeza para buscar las estrellas al través de los claros que dejaban entre sí las copas de los árboles, y proseguía su camino apartando los arbustos y rasgando las lianas que le entorpecían la marcha. A veces desandaba lo andado, su pie se enredaba en una mata, tropezaba contra una raíz saliente, un tronco caído. Al cabo de una media hora llegó á un pequeño arroyo, en cuya opuesta orilla se levantaba una especie de colina,

masa negra é informe que adquiriría en la obscuridad proporciones de montaña. Basilio pasó el arroyo saltando sobre piedras que se destacaban negras sobre el fondo brillante del agua, subió la colina y se encaminó á un pequeño recinto encerrado por viejos y medio desmoronados muros. Dirigióse al árbol de balití que se levantaba en el centro, enorme, misterioso, venerable, formado de raíces que subían y bajaban como otros tantos troncos entrelazados confusamente.

Detúvose ante un montón de piedras, se descubrió y pareció orar. Allí estaba sepultada su madre, y su primera visita, cada vez que iba al pueblo, era para aquella tumba ignorada, desconocida. Teniendo que visitar á la familia de Cabesang Tales al día siguiente, aprovechaba la noche para cumplir con aquel deber.

Sentóse sobre una piedra y pareció reflexionar. Se le presentaba su pasado como una larga cinta negra, rosada en su comienzo, sombría después, con manchas de sangre, después negra, gris y clara, más clara cada vez. La extremidad no la podía ver, oculta por una nube que dejaba transparentar luces y auroras...

Hacía trece años, día por día, hora por hora casi, que se había muerto allí su madre en medio de la mayor miseria; en una espléndida noche en que la luna brillaba y los cristianos en todo el mundo se entregaban al regocijo. Herido y cojeando había llegado allí siguiéndola; ella, loca y llena de terror, huía de su hijo como una sombra. Allí murió; vino un desconocido que le mandó formase una pira, él obedeció maquinalmente y cuando volvió, se encontró con otro desconocido junto al cadáver del primero. ¡Qué mañana y qué noche fueron aquellas! El desconocido le ayudó á levantar la pira donde quemaron el cadáver del hombre, cavó la fosa en que enterraron á su madre y después de darle algunas monedas le mandó abandonase el lugar. Era la primera vez que veía á aquel hombre: alto, los ojos rojos, los labios pálidos, la nariz afilada...

Huérfano por completo, sin padres ni hermanos,

abandonó el pueblo cuyas autoridades tanto miedo le infundían y se fué á Manila para servir en casa de algún rico y estudiar á la vez como hacen muchos. Su viaje fué una odisea de insomnios y sobresaltos en los que el hambre entraba por poca cosa. Alimentábase de frutas en los bosques, donde se solía internar cuando de lejos descubría el uniforme de la guardia civil, uniforme que le recordaba el origen de todas sus desdichas. Una vez en Manila, andrajoso y enfermo, fué de puerta en puerta ofreciendo sus servicios. ¡ Un muchacho provinciano que no sabía una palabra de español y por encima enfermizo! Desalentado, hambriento y triste recorría las calles, llamando la atención su miserable traje. ¡ Cuántas veces no estuvo tentado de arrojarse á los pies de los caballos que pasaban como relámpagos, arrastrando coches relucientes de plata y barniz, para acabar de una vez con sus miserias! Por fortuna vió á capitán Tiago pasar acompañado de la tía Isabel; él los conocía desde San Diego y en su alegría creyó haber visto en ellos casi á unos compoblanos. Siguió al coche, lo perdió de vista, preguntó por su casa y como era precisamente el día en que María Clara acababa de entrar en el convento y capitán Tiago estaba muy abatido, fué admitido en calidad de criado, sin sueldo, por supuesto, permitiéndole en cambio estudiar, cuando quisiera, en San Juan de Letrán.

Sucio, mal vestido y por todo calzado un par de zuecos, al cabo de algunos meses de estar en Manila, ingresó en el primer año de latín. Sus compañeros, al ver su traje, procuraban alejarse, y su catedrático, un guapo dominico, nunca le dirigió una pregunta y, cada vez que le veía, fruncía las cejas. Las únicas palabras que en los ocho meses de clase se cruzaron entre ambos, eran el nombre propio leído en la lista y el *adsum* diario con que el alumno contestaba. ¡ Con qué amargura salía cada vez de la clase y, adivinando el móvil de la conducta que con él se seguía, qué lágrimas no se asomaban á sus ojos y cuántas quejas estallaban y morían dentro de su corazón! ¡ Cómo había llorado y sollozado sobre la tumba de

su madre contándole sus ocultos dolores, humillaciones y agravios, cuando al acercarse la Navidad, capitán Tiago le había llevado consigo á San Diego! Y sin embargo, se aprendía de memoria la lección sin dejar una coma, aunque sin comprender mucho de ella. Mas al fin llegó á resignarse viendo que entre los trescientos ó cuatrocientos de su clase sólo unos cuarenta merecían la honra de ser preguntados porque llamaron la atención del catedrático, ya sea por el tipo, por alguna truhanería, por simpatía ú otra causa cualquiera. Muchos por lo demás se felicitaban porque así se evitaban el trabajo de discurrir y comprender.

—Se va á los colegios, no para saber ni estudiar, sino para ganar el curso y si se puede saber el libro de memoria ¿qué más se les podía exigir? se ganaba el año.

Basilio pasó los exámenes respondiendo á la única pregunta que le dirigieron, como una máquina, sin pararse ni respirar, y ganó, con gran risa de los examinadores, la nota de aprobado. Sus nueve compañeros—se examinaban de diez en diez para ser más pronto despachados,—no tuvieron la misma suerte y fueron condenados á repetir el año de embrutecimiento.

Al segundo, habiendo ganado una enorme suma el gallo que cuidaba, recibió una buena propina de capitán Tiago y la invirtió inmediatamente en la compra de unos zapatos y de un sombrero de fieltro. Con esto y con las ropas que le daba su amo y que él arreglaba á su talla, su aspecto fué haciéndose más decente, mas no pasó de allí. En una clase tan numerosa se necesita de mucho para llamar la atención del profesor, y el alumno que desde el primer año no se haga notar por una cualidad saliente ó no se capte las simpatías de los profesores, difícilmente se hará conocer en el resto de sus días de estudiante. Sin embargo, continuó, pues la constancia era su principal carácter.

Su suerte pareció cambiarse un poco cuando pasó al tercer año. Tocóle por profesor un dominico muy

campechano, amigo de bromas y de hacer reír á los alumnos, bastante comodón, porque, casi siempre hacía explicar la lección á sus favoritos: verdad es también que se contentaba con cualquier cosa. Basilio por esta época ya gastaba botinas y camisas, casi siempre limpias y bien planchadas. Como su profesor le observase que se reía poco de los chistes y viese en sus ojos, tristes y grandes, algo como una eterna pregunta, teníale por imbécil y un día quiso ponerle en evidencia preguntándole la lección. Basilio la recitó de cabo á rabo, sin tropezar en una f; motejóle el profesor de papagayo, contó un cuento que hizo reír de buena gana á toda la clase, y para aumentar más la hilaridad y justificar la legitimidad del apodo, hizóle algunas preguntas guiñando á sus favoritos, como diciéndoles:

---«Vais á ver cómo nos vamos á divertir.»

Basilio entonces ya sabía el castellano, y supo constestar con el intento manifiesto de no hacer reír á nadie. Aquello disgustó á todos, el disparate que se esperaba no vino, nadie pudo reír y el buen fraile jamás le perdonó el haber defraudado las esperanzas de toda la clase y desmentido sus profecías. Pero ¿quién se iba á esperar que algo discreto pudiese salir de ua cabeza tan mal peinada en que terminaba un indio tan mal calzado, clasificado hace poco entre las aves trepadoras? Y así como en otros centros de enseñanza, donde hay verdaderos deseos de que los muchachos aprendan, tales descubrimientos suelen alegrar á los profesores, así también en un colegio dirigido por hombres convencidos en su mayor parte de que el saber es un mal, al menos para los alumnos, el caso de Basilio tuvo mal efecto y nunca más se le preguntó en todo el resto del año. ¿Para qué si no hacía reír á nadie?

Bastante desanimado y con ganas de dejar los estudios pasó al cuarto año de latín. ¿Para qué aprender, por qué no dormir como los otros y confiarlo todo al azar?

Uno de los dos profesores era muy popular, querido de todos; pasaba por sabio, gran poeta y tener

ideas muy avanzadas. Un día que acompañaba á los colegiales á paseo, tuvo un pique con algunos cadetes, del que resultó primero una escaramuza y después un reto. El profesor, que se acordaría tal vez de su brillante juventud, levantó una cruzada y prometió buenas notas á todos los que en el paseo del domingo siguiente tomasen parte en la batalla. Animada fué la semana: hubo encuentros parciales en que se cruzaron el bastón y el sable y en uno de ellos se distinguió Basilio.

Llevado en triunfo por los estudiantes y presentado al profesor, fué desde entonces conocido, llegando á ser su favorito. Parte por esto y parte por su aplicación, aquel año se llevó sobresalientes con medallas inclusive. En vista de esto, capitán Tiago que, desde que su hija se hizo monja, manifestaba cierta aversión á los frailes, en un momento de buen humor indújole á que se trasladase al Ateneo Municipal, cuya fama estaba entonces en todo su auge.

Un mundo nuevo se abrió á sus ojos, un sistema de enseñanza que él no se sospechaba en aquel colegio. Aparte de nimiedades y ciertas cosas pueriles, le llenaba de admiración el método allí seguido y de gratitud el afán de los profesores. Sus ojos se llenaban á veces de lágrimas pensando en los cuatro años anteriores en que por falta de medios no había podido estudiar en aquel centro. Tuvo que hacer esfuerzos inauditos para ponerse al nivel de los que habían principiado bien y pudo decirse que en aquel solo año aprendió los cinco de la segunda enseñanza. Hizo el bachillerato con gran contento de sus profesores que en los exámenes se mostraron orgullosos de él ante los jueces dominicos, allí enviados para inspeccionarles. Uno de éstos, como para apagar un poco tanto entusiasmo, preguntó al examinando dónde había cursado los primeros años de latín.

—En San Juan de Letrán, Padre, contestó Basilio.

—¡ Ya! en latín no está mal, observó entonces medio sonriendo el dominico.

Por afición y por carácter escogió la Medicina; capitán Tiago prefería el Derecho para tener un abo-

gado de balde, pero no basta saber y conocer á fondo las leyes para tener clientela en Filipinas; es menester ganar los pleitos y para esto se necesitan amistades, influencia en ciertas esferas, mucha gramática parda. Capitán Tiago se plegó al fin acordándose de que los estudiantes de Medicina andaban con los cadáveres á vueltas; hacía tiempo que buscaba un veneno en que templar la navaja de sus gallos y el mejor que sabía era la sangre de un chino, muerto de enfermedad sífilítica.

Con igual aprovechamiento, mayor si cabe, cursó el joven los años de la facultad, y ya desde el tercero empezó á curar con mucha suerte, cosa que no sólo le preparaba un brillante porvenir sino que también le producía bastante para vestirse hasta con cierta elegancia y hacer algunas economías.

Este año era el último de su carrera y dentro de dos meses será médico, se retirará á su pueblo, se casará con Juliana para vivir felices. El éxito de su licenciatura no sólo era seguro, sino que lo esperaba brillante como la corona de su vida escolar. Estaba designado para el discurso de acción de gracias en el acto de investidura, y ya se veía en medio del paraninfo, delante de todo el claustro, objeto de las miradas y atención del público. Todas aquellas cabezas, emñencias de la ciencia manilense, medio hundidas en sus mucetas de colores, todas las mujeres que allí acudían por curiosidad y que años antes le miraban, si no con desdén, con indiferencia, todos aquellos señores, cuyos coches, cuando muchacho, le iban á atropellar en medio del barro como si se tratase de un perro, entonces le escucharían atentos, y él les iba á decir algo que no era trivial, algo que no ha resonado nunca en aquel recinto, se iba á olvidar de sí para acordarse de los pobres estudiantes del porvenir, y haría la entrada en la sociedad con aquel discurso...

VII

SIMOUN

En estas cosas pensaba Basilio al visitar la tumba de su madre. Disponíase á volver al pueblo, cuando creyó ver una claridad proyectada en medio de los árboles y oír una crepitación de ramas, ruido de pisadas, roce de hojas... La luz se extinguió pero el ruido se hizo cada vez más distinto marchando directamente hacia donde él estaba.

Basilio, de por sí, no era supersticioso y menos después de haber descuartizado tantos cadáveres y asistido á tantos moribundos; pero las antiguas leyendas sobre aquel fúnebre paraje, la hora, la obscuridad, el silbido melancólico del viento y ciertos cuentos oídos en su niñez influyeron algo en su ánimo y sintió que su corazón latía con violencia.

La sombra se detuvo al otro lado del *baliti* y el joven la podía ver al través de una hendidura que dejaban entre sí dos raíces que habían adquirido con el tiempo las proporciones de dos troncos. Produjo debajo de su traje una lámpara de poderoso lente refractor, que depositó sobre el suelo, alumbrando unas botas de montar: el resto quedaba oculto en la obscuridad. La sombra pareció registrar sus bolsillos, después se encorvó para adaptar la hoja de azada al extremo de un grueso bastón: Basilio creyó distinguir con gran sorpresa suya algo de los contornos del joyero Simoun. Era el mismo en efecto.

El joyero cavaba la tierra, y de cuando en cuando la lámpara le iluminaba el rostro: no tenía los ante-

ojos azules que tanto le desfiguraban. Basilio se estremeció. Aquel era el mismo desconocido que trece años antes había cavado aquí la fosa de su madre, sólo que ahora había envejecido, sus cabellos se habían vuelto blancos y usaba bigote y barba, pero la mirada era la misma, la misma expresión amarga, la misma nube en la frente, los mismos brazos musculosos, algo más secos ahora, la misma energía iracunda. Las impresiones pasadas renacieron en él: creyó sentir el calor de la hoguera, el hambre, el desaliento de entonces, el olor de la tierra removida... Su descubrimiento le tenía aterrado. De modo que el joyero Simoun, que pasaba por indio inglés, portugués, americano, mulato, el Cardenal Moreno, la Eminencia Negra, el espíritu malo del capitán general, como le llamaban muchos, no era otro que el misterioso desconocido, cuya aparición y desaparición coincidían con la muerte del heredero de aquellos terrenos. Pero de los dos desconocidos que se le presentaron, del muerto y del vivo ¿quién era el Ibarra?

Esta pregunta, que él se había dirigido varias veces siempre que se hablaba de la muerte de Ibarra, acudía de nuevo á su mente ante aquel hombre enigma que allí veía.

El muerto tenía dos heridas que debieron ser de armas de fuego, según lo que él estudió después, y serían las resultas de la persecución en el lago. El muerto sería entonces el Ibarra que vendría para morir sobre la tumba de su antepasado, y su deseo de ser quemado se explica muy bien por su estancia en Europa donde se estila la cremación. Entonces ¿quién era el otro, el vivo, este joyero Simoun, entonces de apariencia miserable y que ahora volvía cubierto de oro y amigo de las autoridades? Allí había un misterio y el estudiante, con su sangre fría característica, se prometió aclararlo, y aguardó una ocasión.

Simoun cavaba y cavaba en tanto, pero Basilio veía que el antiguo vigor se había amenguado: Simoun jadeaba, respiraba con dificultad y tenía que descansar á cada momento.

Basilio, temiendo fuese descubierto, tomó una re-

solución súbita, se levantó de su asiento y con la voz más natural:

—¿Le puedo ayudar, señor...? preguntó saliendo de su escondite.

Simoun se enderezó y dió un salto como un tigre atacado infraganti, se llevó la mano al bolsillo de su americana y miró al estudiante pálido y sombrío.

—Hace trece años me ha prestado usted un gran servicio, señor, prosiguió Basilio sin inmutarse, en este mismo sitio, enterrando el cadáver de mi madre y me consideraría feliz si yo le pudiese servir.

Simoun, sin apartar los ojos del joven, sacó de su bolsillo un revólver. Oyóse un chasquido como el de un arma que se amartilla.

—¿Por quién me toma usted? dijo retrocediendo dos pasos.

—Por una persona para mí sagrada, contestó Basilio algo emocionado creyendo llegada su última hora: por una persona que todos, menos yo, creen muerta y cuyas desgracias he lamentado siempre.

Imponente silencio siguió á estas palabras, silencio que para el joven le sonaba á eternidad. Simoun, no obstante, después de larga vacilación, se le acercó y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo en voz conmovida:

—Basilio, usted posee un secreto que me puede perder y ahora acaba de sorprenderme en otro que me pone enteramente en sus manos y cuya divulgación puede trastornar todos mis planes. Para mi seguridad y en bien del objeto que me propongo, yo debía sellar para siempre sus labios porque ¿qué es la vida de un hombre ante el fin que persigo? La ocasión me es propicia, nadie sabe que he venido, estoy armado, usted indefenso; su muerte se atribuiría á los tulisanes, si no á otra causa más sobrenatural... y sin embargo, yo le dejaré vivir y confío en que no me ha de pesar. Usted ha trabajado, ha luchado con enérgica constancia... y como yo, tiene usted cuentas que arreglar con la sociedad; su hermanito fué asesinado, á su madre la han vuelto loca, y la sociedad no ha perseguido ni al asesino ni al verdugo. Usted y yo

pertenece a los sedientos de justicia, y, en vez de destruirnos, debemos ayudarnos.

Simoun se detuvo ahogando un suspiro y después continuó lentamente con la mirada vaga.

—Sí, yo soy aquel que ha venido hace trece años enfermó y miserable para rendir el último tributo á un alma grande, noble, que ha querido morir por mí. Víctima de un sistema viciado he vagado por el mundo, trabajando noche y día para amasar una forma y llevar á cabo mi plan. Ahora he vuelto para destruir ese sistema, precipitar su corrupción, empujarle al abismo á que corre insensato, aun cuando tuviese que emplear oleadas de lágrimas y sangre... Se ha condenado, lo está y no quiero morir sin verle antes hecho trizas en el fondo del precipicio.

Y Simoun extendía ambos brazos hacia la tierra como si con aquel movimiento quisiese mantener allí los restos destrozados. Su voz había adquirido un timbre siniestro, lúgubre, que hacía estremecerse al estudiante.

—Llamado por los vicios de los que gobiernan, he vuelto á estas islas y, bajo la capa del comerciante, he recorrido los pueblos. Con mi oro me he abierto camino y donde quiera he visto á la codicia bajo las formas más execrables, ya hipócrita, ya impúdica, ya cruel, cebarse en un organismo muerto como un buitre en un cadáver, y me he preguntado ¿por qué no fermentaba en sus entrañas la ponzoña, la ptomaina, el veneno de las tumbas, para matar á la asquerosa ave? El cadáver se dejaba destrozar, el buitre se hartaba de carne, y como no me era posible darle la vida para que se volviese contra su verdugo, y como la corrupción venía lentamente, he atizado la codicia, la he favorecido; las injusticias y los abusos se multiplicaron; he fomentado el crimen, los actos de crueldad, para que el pueblo se acostumbrase á la idea de la muerte; he mantenido la zozobra para que, huyendo de ella, se buscara una solución cualquiera; he puesto trabas al comercio para que, empobrecido el país y reducido á la miseria, ya nada pudiese temer; he instigado ambiciones para empobrecer el tesoro, y

no bastándome esto para despertar un levantamiento popular, he herido al pueblo en su fibra más sensible, he hecho que el buitrec mismo insultase al mismo cadáver que le daba la vida y lo corrompiese... Mas, cuando iba á conseguir que de la suprema podredumbre, de la suprema basura, mezcla de tantos productos asquerosos, fermente el veneno, cuando la codicia exacerbada, en su atontamiento se daba prisa por apoderarse de cuanto le venía á la mano como una vieja sorprendida por el incendio, he aquí que vosotros surgís con gritos de españolismo, con cantos de confianza en el Gobierno, en lo que no ha de venir; he aquí que una carne palpitante de calor y vida, pura, joven, lozana, vibrante en sangre, en entusiasmo, brota de repente para ofrecerse de nuevo como fresco alimento... ¡ Ah, la juventud siempre inexperta y soñadora, siempre corriendo tras las mariposas y las flores! ¡ Os ligáis para con vuestros esfuerzos unir vuestra patria á la España con guirnaldas de rosas cuando en realidad forjáis cadenas más duras que el diamante! ¡ Pedís igualdad de derechos, españolización de vuestras costumbres y no veis que lo que pedís es la muerte, la destrucción de vuestra nacionalidad, la aniquilación de vuestra patria, la consagración de la tiranía! ¿ Qué seréis en lo futuro? ¡ Pueblo sin carácter, nación sin libertad; todo en vosotros será prestado, hasta los mismos defectos. Pedís españolización y no palidecéis de vergüenza cuando os la niegan! Y aunque os la concedieran ¿ qué queréis? ¿ qué vais á ganar? ¡ Cuándo más feliz, país de pronunciamientos, país de guerras civiles, república de rapaces y descontentos como algunas repúblicas de la América del Sur! ¿ A qué venís ahora con vuestra enseñanza del castellano, pretensión que sería ridícula si no fuese de consecuencias deplorables? ¡ Queréis añadir un idioma más á los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entenderos cada vez menos!...

—Al contrario, repuso Basilio; ¡ si el conocimiento del castellano nos puede unir al gobierno, en cambio puede unir también á todas las islas entre sí!

—¡ Error craso! interrumpió Simoun; os dejáis en-

gañar por grandes palabras y nunca vais al fondo de las cosas á examinar los efectos en sus últimas manifestaciones. El español nunca será lenguaje general en el país, el pueblo nunca lo hablará porque para las concepciones de su cerebro y los sentimientos de su corazón no tiene frases ese idioma: cada pueblo tiene su manera de sentir. ¿Qué vais á conseguir con el castellano, los pocos que lo habéis de hablar? Matar vuestra originalidad, subordinar vuestros pensamientos á otros cerebros, y en vez de haceros libres haceros verdaderamente esclavos. Nueve por diez de los que os presumís de ilustrados, sois renegados de vuestra patria. El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo que ni lo escribe ni lo entiende y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello una sola palabra! Por fortuna tenéis un gobierno imbécil. Mientras la Rusia para esclavizar á la Polonia le impone el ruso, mientras la Alemania prohíbe el francés en las provincias conquistadas, vuestro gobierno pugna por conservaros el vuestro y vosotros en cambio, pueblo maravilloso bajo un gobierno increíble, vosotros os esforzáis en despojaros de vuestra nacionalidad. Uno y otro os olvidáis de que mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar. El idioma es el pensamiento de los pueblos. Felizmente vuestra independencia está asegurada: ¡ las pasiones humanas velan por ella...!

Simoun se detuvo y se pasó la mano por la frente. La luna se levantaba y enviaba su débil claridad de luna menguante al través de las ramas. Con los cabellos blancos y las facciones duras, iluminadas de abajo arriba por la luz de la lámpara, parecía el joyero el espíritu fatídico del bosque meditando algo siniestro. Basilio, silencioso ante tan duros reproches, escuchaba con la cabeza baja. Simoun continuó:

—Yo he visto iniciarse ese movimiento y he pasado noches enteras de angustia porque comprendía que entre esa juventud había inteligencias y corazones excepcionales sufriendose por una causa que creían

buena, cuando en realidad trabajaban contra su país... ¡Cuántas veces he querido dirigirme á vosotros, desenmascaramme y desengañaros, pero en vista de la fama que disfruto, mis palabras se habrían interpretado mal y acaso habrían tenido efecto contraproducente...! ¡Cuántas veces he querido acercarme á vuestro Makaraig, á vuestro Isagani; á veces pensé en su muerte, quise destruirlos...!

Detúvose Simoun.

—He aquí la razón por qué le dejo á usted vivir, Basilio, y me expongo á que por una imprudencia cualquiera me delate un día... Usted sabe quien soy, sabe lo mucho que he debido sufrir, cree en mí; usted no es el vulgo que ve en el joyero Simoun al traficante que impulsa á las autoridades á que cometan abusos para que los agraviados le compren alhajas... Yo soy el juez que quiere castigar á un sistema valiéndome de sus propios crímenes, hacerle la guerra halagándole... Necesito que usted me ayude, que use de su influencia en la juventud para combatir esos insensatos deseos de españolismo, de asimilación, de igualdad de derechos... Por ese camino se llega á lo más á ser mala copia, y el pueblo debe mirar más alto. Locura es tratar de influir en la manera de pensar de los gobernantes; tienen su plan trazado, tienen la venda puesta, y, sobre perder el tiempo inútilmente, engañáis al pueblo con vanas esperanzas y contribuís á doblar su cuello ante el tirano. Lo que debéis hacer es aprovecharos de sus preocupaciones para aplicarlas á vuestra utilidad. ¿No quieren asimilarse al pueblo español? Pues, ¡enhorabuena! distingúelos entonces delineando vuestro propio carácter, tratar de fundar los cimientos de la patria filipina... ¿No quieren daros esperanzas? ¡Enhorabuena! no esperéis en él, esperad en vosotros y trabajad. ¿Os niegan la representación en sus Cortes? ¡Tanto mejor! Aun cuando consigáis enviar diputados elegidos á vuestro gusto, ¿qué vais á hacer en ellas sino ahogaros entre tantas voces y sancionar con vuestra presencia los abusos y faltas que después se cometan? Mientras menos derechos reconozcan en vosotros,

más tendréis después para sacudir el yugo y devolverles mal por mal. Si no quieren enseñaros su idioma, cultivad el vuestro, extendedlo, conservad al pueblo su propio pensamiento, y en vez de tener aspiraciones de provincia, tenedlas de nación, en vez de pensamientos subordinados, pensamientos independientes, á fin de que ni por los derechos, ni por las costumbres, ni por el lenguaje, el español se considere aquí como en su casa, ni sea considerado por el pueblo como nacional, sino siempre como invasor, como extranjero, y tarde ó temprano tendréis vuestra libertad. ¡ He aquí por qué quiero que usted viva!

Basilio respiró como si un gran peso se le hubiese quitado de encima y respondió después de una breve pausa:

—Señor, el honor que usted me hace confiándome sus planes es demasiado grande para que yo no le sea franco y le diga que lo que me exige está por encima de mis fuerzas. Yo no hago política, y si he firmado la petición para la enseñanza del castellano ha sido porque en ello veía un bien para los estudios y nada más. Mi destino es otro, mi aspiración se reduce á aliviar las dolencias físicas de mis conciudadanos.

El joyero se sonrió.

—¿Qué son las dolencias físicas comparadas con las dolencias morales? preguntó: ¿qué es la muerte de un hombre ante la muerte de una sociedad? Un día usted será tal vez un gran médico si le dejan curar en paz; pero más grande será todavía aquel que infunda nueva vida en este pueblo anémico. Usted ¿qué hace por el país que le dió el ser, que le da la vida y le procura los conocimientos? ¿No sabe usted que es inútil la vida que no se consagra á una idea grande? Es un pedruzco perdido en el campo sin formar parte de ningún edificio.

—No, no señor, contestó Basilio modestamente; yo no me cruzo de brazos, yo trabajo como todos trabajan para levantar de las ruinas del pasado un pueblo cuyos individuos sean solidarios y cada uno de los cuales sienta en sí mismo la conciencia y la

vida de la totalidad. Pero, por entusiasta que nuestra generación sea, comprendemos que en la gran fábrica social debe existir la subdivisión del trabajo; he escogido mi tarea y me dedico á la ciencia.

—La ciencia no es el fin del hombre, observó Simoun.

—A ella tienden las naciones más cultas.

—Sí, pero como un medio para buscar su felicidad.

—¡ La ciencia es más eterna, es más humana, más universal! replicó el joven en un transporte de entusiasmo. Dentro de algunos siglos, cuando la humanidad esté ilustrada y redimida, cuando ya no haya razas, cuando todos los pueblos sean libres, cuando no haya tiranos ni esclavos, colonias ni metrópolis, cuando rija una justicia y el hombre sea ciudadano del mundo, sólo quedará el culto de la ciencia, la palabra patriotismo sonará á fanatismo, y al que alardee entonces de virtudes patrióticas le encerrarán sin duda como á un enfermo peligroso, á un perturbador de la armonía social.

Simoun se sonrió tristemente.

—Sí, sí, dijo sacudiendo la cabeza, mas, para que llegue ese estado es menester que no haya pueblos tiranos ni pueblos esclavos, es menester que el hombre sea adonde vaya libre, sepa respetar en el derecho de cualquiera el de su propia individualidad, y para esto hay que verter primero mucha sangre, se impone la lucha como necesaria... Para vencer al antiguo fanatismo que oprimía las conciencias fué menester que muchos pereciesen en las hogueras para que, horrorizada la conciencia social, declarase libre á la conciencia individual. Es menester también que todos respondan á la pregunta que cada día les dirige la patria cuando les tiende las manos encadenadas. El patriotismo sólo puede ser crimen en los pueblos opresores porque entonces será la rapiña bautizada con un hermoso nombre, pero por perfecta que pueda ser la humanidad el patriotismo será siempre virtud en los pueblos oprimidos porque significará en todo tiempo amor á la justicia, á la libertad, á la dignidad misma. ¡ Nada, pues, de sueños quiméricos, nada de

idilios femeniles! La grandeza del hombre no está en anticiparse á su siglo, cosa imposible por demás, sino en adivinar sus deseos, responder á sus necesidades y guiarle á marchar adelante. Los genios que el vulgo cree se han adelantado al suyo, sólo aparecen así porque el que los juzga los ve desde muy lejos, ó toma por siglo la cola en que marchan los rezagados.

Simoun se calló. Viendo que no conseguía despertar el entusiasmo en aquella alma fría, acudió á otro argumento, y preguntó cambiando de tono:

—Y por la memoria de su madre y de su hermano, ¿qué hace usted? ¿Basta venir aquí cada año y llorar como una mujer sobre una tumba?

Y se rió burlescamente.

El tiro dió en el blanco; Basilio se inmutó y avanzó un paso.

—¿Qué quiere usted que haga? preguntó con ira. Sin medios, sin posición social ¿he de obtener justicia contra sus verdugos? Sería otra víctima y me estrellaría como un pedazo de vidrio lanzado contra una roca. ¡Ah, hace usted mal en recordármelo porque es tocar inútilmente una llaga!

—¿Y si yo le ofrezco á usted mi apoyo?

Basilio sacudió la cabeza y se quedó pensativo.

—¡Todas las reivindicaciones de la justicia, todas las venganzas de la tierra no harán revivir un solo cabello de mi madre, refrescar una sonrisa en los labios de mi hermano! Que duerman en paz... ¿Qué he de sacar aún cuando me vengue?

—Evitar que otros sufran lo que usted ha sufrido, que en lo futuro haya hijos asesinados y madres forzadas á la locura. La resignación no siempre es virtud, es crimen cuando alienta tiranías: no hay déspotas donde no hay esclavos. ¡Ay! el hombre es de suyo tan malo que siempre abusa cuando encuentra complacientes. Como usted pensaba yo también y sabe cuál fué mi suerte. Los que han causado su desgracia le vigilan día y noche; sospechan que usted acecha un momento oportuno; interpretan su afán de saber, su amor al estudio, su tranquilidad misma

por ardientes deseos de venganza... El día en que puedan deshacerse de usted lo harán como lo hicieron conmigo y no le dejarán crecer porque le temen y le odian.

—¿Odiarme á mí? ¿odiarme todavía después del mal que me han hecho? preguntó el joven sorprendido.

Simoun soltó una carcajada.

—Es natural en el hombre odiar á aquellos á quienes ha agraviado, decía Tácito, confirmando el *quos læserunt et oderunt* de Séneca. Cuando usted quiera medir los agravios ó los bienes que un pueblo hace á otro, no tiene más que ver si le odia ó le ama. Y así se explica el por qué algunos que aquí se han enriquecido desde los altos puestos que desempeñaron, vueltos á la Península se deshacen en injurias y en insultos contra los que fueron sus víctimas. *Proprium humani ingenii est odisse quem læseris*.

—Pero si el mundo es grande, si uno les deja gozar tranquilamente del poder... si no pido más que trabajar, que me dejen vivir...

—¡Y criar hijos pacíficos para irlos después á someter al yugo! continuó Simoun remedando cruelmente la voz de Basilio. ¡Valiente porvenir les prepara usted, y le han de agradecer una vida de humillaciones y sufrimientos! ¡Enhorabuena, joven! Cuando un cuerpo está inerte, inútil es galvanizarlo. Veinte años de esclavitud continua, de humillación sistemática, de postración constante, llegan á crear en el alma una joroba que no la ha de enderezar el trabajo de un día. Los sentimientos, buenos ó malos, se heredan y se transmiten de padres á hijos. Vivan, pues, sus ideas idílicas, vivan los sueños del esclavo que sólo pide un poco de estopa con que envolver la cadena para que suene menos y no le ulcere la piel. Usted aspira á un pequeño hogar con alguna comodidad; una mujer y un puñado de arroz: ¡he ahí el hombre ideal en Filipinas! Bien; si se lo dan, considérese afortunado.

Basilio, acostumbrado á obedecer y á sufrir los caprichos y el mal humor de capitán Tiago, y subyugado por Simoun, que se le aparecía terrible y sinies-

tro destacándose de un fondo teñido en lágrimas y sangre, trataba de explicarse diciendo que no se consideraba con aptitudes para mezclarse en la política, que no tenía opinión alguna porque no había estudiado la cuestión pero que siempre estaba dispuesto á prestar sus servicios el día en que se los exigiesen, que por el momento sólo veía una necesidad, la ilustración del pueblo, etc., etc. Simoun le cortó la palabra con un gesto y como pronto iba á amanecer, dijo:

—Joven, no le recomiendo á usted que guarde mi secreto porque sé que la discreción es una de sus buenas cualidades, y aunque usted me quisiera vender, el joyero Simoun, el amigo de las autoridades y de las corporaciones religiosas, merecerá siempre más crédito que el estudiante Basilio, sospechoso ya de filibusterismo por lo mismo que siendo indígena se señala y se distingue, y porque en la carrera que sigue se encontrará con poderosos rivales. Con todo, aunque usted no ha respondido á mis esperanzas, el día en que cambie de opinión, búsqume en mi casa de la Escolta y le serviré de buena voluntad.

Basilio dió brevemente las gracias y se alejó.

—¿Me habré equivocado de clave? murmuró Simoun al encontrarse sólo; ¿es que duda de mí ó medita tan en secreto el plan de su venganza que teme confiarlo á la misma soledad de la noche? ¿O será que los años de servidumbre han apagado en su corazón todo sentimiento humano y sólo quedan las tendencias animales de vivir y reproducirse? En este caso el molde estaría deforme y hay que volverlo á fundir... La hecatombe se impone pues; ¡perezcan los ineptos y sobrevivan los más fuertes!

Y añadió lúgubrementemente como si se dirigiese á alguien:

¡Tened paciencia, vosotros que me habéis legado un nombre y un hogar, tened paciencia! ¡Uno y otro los he perdido, patria, porvenir, bienestar, vuestras mismas tumbas... pero tened paciencia! ¡Y tú, espíritu noble, alma grandiosa, corazón magnánimo, que has vivido para un solo pensamiento y has sacrificado

tu vida sin contar con la gratitud ni la admiración de nadie, ten paciencia, ten paciencia! Los medios de que me valgo no serán tal vez los tuyos, pero son los más breves... El día se acerca y cuando brille iré yo mismo á anunciároslo á vosotros. ¡Tened paciencia!

VIII

¡BUENAS PASCUAS!

Cuando Juli abrió los doloridos ojos, vió que la casa estaba todavía obscura. Los gallos cantaban. Lo primero que se le ocurrió fué que quizás la Virgen haya hecho el milagro, y el sol no iba á salir á pesar de los gallos que lo invocaban.

Levantóse, se persignó, rezó con mucha devoción sus oraciones de la mañana y procurando hacer el menor ruido posible, salió al *batalán*.

No había milagro; el sol iba á salir, la mañana prometía ser magnífica, la brisa era deliciosamente fría, las estrellas en el oriente palidecían y los gallos cantaban á más y mejor. ¡Aquello era mucho pedir; más fácil le era á la Virgen enviar los doscientos cincuenta pesos! ¿Qué le cuesta á ella, la Madre de Dios, dárselos? Pero debajo de la imagen sólo encontró la carta de su padre pidiendo los quinientos pesos de rescate... No había más remedio que partir. Viendo que su abuelo no se movía, le creyó dormido, é hizo el *salabat* del desayuno. ¡Cosa rara! élla estaba tranquila, hasta tenía ganas de reír. ¿Qué tenía, pues, para acongojarse tanto aquella noche? No iba lejos, podía venir cada dos días á visitar la casa; el abuelo podía verla y en cuanto á Basilio, él sabía hace tiempo el mal giro que tomaban los asuntos de su padre porque solía decirla á menudo:

—Cuando yo sea médico y nos casemos, tu padre no necesitará de sus campos.

—¡Qué tonta he sido en llorar tanto! se decía mientras arreglaba su *tampipi*.

Y como sus dedos tropezasen con el relicario, lo llevó á sus labios, lo besó, pero se los frotó inmediatamente temiendo el contagio; aquel relicario de brillantes y esmeraldas había venido de un lazarino... ¡Ah! entonces sí, si ella contraía semejante enfermedad, no se casaría.

Como empezaba á clarear y viera á su abuelo sentado en un rincón, siguiendo con los ojos todos sus movimientos, cogió su tampipi de rosas, se acercó sonriendo á besarle la mano. El viejo le bendijo sin decir una palabra. Ella quiso bromear.

—Cuando el padre vuelva le diréis que al fin me he ido al colegio: mi ama habla español. Es el colegio más barato que se puede encontrar.

Y viendo que los ojos del viejo se llenaban de lágrimas, puso sobre su cabeza el tampipi y bajó apresuradamente las escaleras. Sus chinchas resonaban alegremente sobre las gradas de madera.

Pero cuando volvió el rostro para mirar una vez más hacia su casa, la casa donde se habían evaporado sus últimos ensueños de niña y se dibujaron sus primeras ilusiones de joven; cuando la vió triste, solitaria, abandonada, con las ventanas á medio cerrar, vacías y oscuras como los ojos de un muerto; cuando oyó el débil ruido de los cañaverales y los vió balancearse al impulso del fresco viento de la mañana como diciéndole «adiós», entonces su vivacidad se disipó, detúvosc, sus ojos se llenaron de lágrimas y dejándose caer sentada sobre un tronco que había caído junto al camino, lloró deconsoladamente.

Hacia horas que Juli se había ido y el sol estaba ya bastante alto. Tandang Selo, desde la ventana, miraba á la gente que en traje de fiesta se dirigía al pueblo para oír la misa mayor. Casi todos llevaban de la mano, ó cargaban en brazos un niño, una niña, ataviados como para una fiesta.

El día de la Pascua en Filipinas es, según las personas mayores, de fiesta para los niños; los niños acaso no sean de la misma opinión y se puede presumir que le tienen un miedo instintivo. Con efecto: se

les despierta temprano, se les lava, se les viste y pone encima todo lo nuevo, caro y precioso que tienen, botines de seda, enormes sombreros, trajes de lana, de seda ó de terciopelo sin dejar cuatro ó cinco escapularios pequeños que llevan el evangelio de San Juan, y así cargados los llevan á la misa mayor que dura casi una hora, se les obliga á sufrir el calor y el vaho de tanta gente apiñada y sudorosa, y si no les hacen rezar el rosario tienen que estar quietos, aburrirse ó dormir. A cada movimiento ó travesura que pueda ensuciar el traje, un pellizco, una reprimenda; así es que ni ríen ni están alegres y se lee en los redondos ojos la nostalgia por la vieja camisola de todos los días y la protesta contra tanto bordado. Después se les lleva de casa en casa á visitar á los parientes para el besamanos; allí tienen que bailar, cantar y decir todas las gracias que sepan, tengan ó no humor, estén ó no incómodos en sus atavíos, con los pellizcos y las reprensiones de siempre cuando hacen alguna de las suyas. Los parientes les dan cuartos que recogen los padres y de los que regularmente no vuelven á tener noticia. Lo único positivo que suelen sacar de la fiesta son las señales de los pellizcos ya dichos, las incomodidades y, á lo mejor, una indigestión por un atracón de dulces ó bizcochos en casa de los buenos parientes. Pero tal es la costumbre y los niños filipinos entran en el mundo por estas pruebas que, después de todo, resultan ser las menos tristes, las menos duras en la vida de aquellos individuos...

Las personas de edad que viven independientes participan algo en esta fiesta. Visitan á sus padres y tíos, doblan una rodilla y desean las buenas pascuas: su aguinaldo consiste en un dulce, una fruta, un vaso de agua ó un regalito cualquiera insignificante.

Tandang Selo veía pasar á todos sus amigos y pensaba tristemente en que aquel año no tenía aguinaldo para nadie y que su nieta se había ido sin el suyo, sin desearle las felices pascuas. ¿Era delicadeza en Juli ó puramente un olvido?

Quando Tandang Selo quiso saludar á los parientes que venían á visitarle trayéndole sus niños, con

no poca sorpresa suya encontró que no podía articular una palabra: en vano se esforzó, ningún sonido pudo modular. Llevábase las manos á la garganta, sacudía la cabeza, ¡imposible! trató de reir y sus labios se agitaron convulsivamente: un ruido opaco, como el soplo de un fuelle, era lo más que pudo producir. Miráronse las mujeres espantadas.

—¡ Está mudo, está mudo! gritaron llenas de consternación, armando inmediatamente un regular alboroto.

IX

PILATOS

La noticia de aquella desgracia se supo en el pueblo; unos lo lamentaron y otros se encogieron de hombros. Ninguno tenía la culpa y nadie lo cargaba sobre su conciencia.

El teniente de la guardia civil ni se inmutó siquiera; tenía orden de recoger todas las armas y había cumplido con su deber; perseguía á los tulisanes siempre que podía, y cuando secuestraron á Cablesang Tales, él organizó inmediatamente una batida y trajo al pueblo maniatados codo con codo á cinco ó seis campesinos que le parecieron sospechosos, y si no apareció Cablesang Tales era porque no estaba en los bolsillos ni debajo de la piel de los presos que fueron activamente sacudidos.

El lego hacendero se encogió de hombros. El nada tenía que ver: ¡ cuestión de tulisanes! y él sólo cumplía con su obligación. Cierito que si no se hubiese quejado, acaso no hubieran recogido las armas y el pobre Cablesang no habría sido secuestrado, pero él, Fr. Clemente, tenía que mirar por su seguridad y aquel Tales tenía una manera de mirar que parecía escoger un buen blanco en alguna parte de su cuerpo. La defensa es natural. Si hay tulisanes, la culpa no es de él; su deber no es perseguirlos, eso le toca á la guardia civil. Si Cablesang Tales en vez de vagar por sus terrenos se hubiese quedado en casa, no habría caído prisionero. En fin, aquello era un castigo del cielo, contra los que se resisten á las exigencias de su corporación.

Hermana Penchang, la vieja devota en cuya casa servía Juli, lo supo; soltó dos ó tres ; *susmariosep!* se santiguó y añadió:

—Muchas veces nos envía Dios esas cosas porque somos pecadores ó porque tenemos parientes pecadores á quienes debiéramos haber enseñado la piedad y no lo hemos hecho.

Estos *parientes pecadores* querían decir Juliana; para la devota, Juli era una gran pecadora.

—¡Figuraos una joven ya casadera que no sabe todavía rezar! ¡Jesús, qué escándalo! Pues no dice la indigna el *Dios te salve Maria* sin pararse en *es contigo*, y el *santa Maria* sin hacer pausa en *pecadores*, como toda buena cristiana que teme á Dios debe hacer? ; *Susmariosep!* ; No sabe el *oremus gratiam* y dice *mentibus* por *mentibus!* Cualquiera al oírla creería que está hablando de *suman de ibus.* ; *Susmariosep!*

Y se hacía una cruz escandalizada y daba gracias á Dios que había permitido fuese secuestrado el padre para que la hija salga del pecado y aprenda las virtudes que, según los curas, deben adornar á toda mujer cristiana. Y por esto la retenía en su servicio, no la dejaba volver al barrio para cuidar de su abuelo. Juli tenía que aprender á rezar, leer los libritos que distribuyen los frailes y trabajar hasta que pague los doscientos cincuenta pesos.

Cuando supo que Basilio se había ido á Manila para sacar sus economías y rescatar á Juli de la casa en donde servía, creyó la buena mujer que la joven se perdía para siempre y que el diablo se le iba á presentar bajo la forma del estudiante. ; Fastidioso y todo, cuánta razón tenía aquel librito que le había dado el cura! Los jóvenes que van á Manila para aprender, se pierden y pierden á los demás. Y creyendo salvar á Juli la hacía leer y releer el librito de *Tandang Basio Macunat* recomendándola fuese siempre á verse con el cura en el convento, como hacía la heroína que tanto ensalzaba el fraile, su autor.

Entretanto los frailes estaban de enhorabuena: habían ganado definitivamente el pleito y aprovecharon

el cautiverio de Cablesang Tales para entregar sus terrenos al que los había solicitado, sin el más pequeño pundonor, sin la menor pizca de vergüenza. Cuando volvió el antiguo dueño y se enteró de lo que había pasado, cuando vió en poder de otro sus terrenos, aquellos terrenos que le habían costado las vidas de su mujer é hija ; cuando halló á su padre mudo, á su hija sirviendo como criada con más una orden del tribunal transmitida por el teniente de barrio, para desalojar la casa y abandonarla dentro de tres días, Cablesang Tales no dijo una sola palabra, sentóse al lado de su padre y apenas habló en todo el día.

X

RIQUEZA Y MISERIA

Al día siguiente, con gran sorpresa del barrio, pedía hospitalidad en casa de Cablesang Tales el joyero Simoun, seguido de dos criados que cargaban sendas maletas con fundas de lona. En medio de su miseria, aquél no se olvidaba de las buenas costumbres filipinas y estaba muy confuso al pensar que no tenía nada para agasajar al extranjero. Pero Simoun traía todo consigo, criados y provisiones, y sólo deseaba pasar el día y la noche en aquella casa por ser la más cómoda del barrio y por encontrarse entre San Diego y Tiani, pueblos de donde esperaba muchos compradores.

Simoun se enteraba del estado de los caminos y preguntaba á Cablesang Tales si con su revólver tendría bastante para defenderse de los tulisanes.

—¡ Tienen fusiles que alcanzan mucho! observó Cablesang Tales algo distraído.

—Este revólver no alcanza menos, contestó Simoun disparando un tiro contra una palmera de bonoga que se encontraba á unos doscientos pasos.

Cablesang Tales vió caer algunas nueces, pero no dijo nada y continuó pensativo.

Poco á poco fueron llegando varias familias atraídas por la fama de las alhajas del joyero: se saludaban deseándose buenas pascuas, hablaban de misas, santos, malas cosechas, pero con todo iban á gastar sus economías en piedras y baratijas que vienen de Europa. Se sabía que el joyero era amigo del capitán general y no estaba de más estar en buenas relaciones con él por lo que pueda suceder.

Capitán Basilio vino con su señora, su hija Sinang y su yerno, dispuestos á gastar lo menos tres mil pesos.

Hermana Penchang estaba allí para comprar un anillo de brillantes que tenía prometido á Virgen de Antipolo: á Juli le había dejado en casa aprendiendo de memoria un librito que le había vendido el cura por dos cuartos, con cuarenta días de indulgencia concedidos por el arzobispo para todo el que lo leyere ú lo oyere leer.

—¡Jesús! decía la buena devota á capitana Tikâ; ¡esa pobre muchacha creció aquí como un hongo sembrado por el *tikbúlang!*... Le he hecho leer el librito en voz alta lo menos cincuenta veces y nada se le queda en la memoria: tiene la cabeza como un cesto, lleno mientras está en el agua. ¡Todos, de oirla, hasta los perros y los gatos, habremos ganado cuando menos veinte años de indulgencias!

Simoun dispuso sobre la mesa las dos maletas que traía: la una era algo más grande que la otra.

—Ustedes no querrán alhajas de doublé ni piedras de imitación... La señora, dijo dirigiéndose á Sinang, querrá brillantes...

—Eso, sí señor, brillantes y brillantes antiguos, piedras antiguas, ¿sabe usted? contestó; paga papá y á él le gustan las cosas antiguas, las piedras antiguas.

Sinang se guaseaba tanto del mucho latín que sabía su padre como del poco y malo que conocía su marido.

—Precisamente tengo alhajas muy antiguas, contestó Simoun, quitando la funda de lona de la maleta más pequeña.

Era un cofre de acero pulimentado con muchos adornos de bronce y cerraduras sólidas y complicadas.

—Tengo collares de Cleopatra, legítimos y verdaderos, hallados en las pirámides, anillos de senadores y caballeros romanos encontrados en las ruinas de Cartago...

—¡Probablemente los que Aníbal envió después

de la batalla de Cannes! añadió capitán Basilio muy seriamente y estremeciéndose de júbilo.

El buen señor, aunque había leído mucho sobre los antiguos, por falta de museos en Filipinas, jamás había visto nada de aquellos tiempos.

—Traigo, además, costosísimos pendientes de damas romanas, encontrados en la quinta de Annio Mucio Papilino en Pompeya...

Capitán Basilio sacudía la cabeza dando á entender que estaba al corriente y que tenía prisa por ver tantas preciosas reliquias. Las mujeres decían que también querían tener de Roma, como rosarios benditos por el Papa, reliquias que perdonan los pecados sin necesidad de confesión, etc.

Abierta la maleta y levantado el algodón en rama que la protegía, descubrióse un compartimento lleno de sortijas, relicarios, guardapelos, cruces, alfileres, etcétera. Los brillantes, combinados con piedras de diferentes colores, lanzaban chispas y se agitaban entre flores de oro de matices varios, con vetas de esmalte, con caprichosos dibujos y raros arabescos.

Simoun levantó la bandeja y descubrió otra llena de fantásticas alhajas que hubieran podido hartar la imaginación de siete jóvenes en siete vísperas de bailes dados en su honor. Formas á cual más caprichosas, combinaciones de piedras y perlas imitando insectos de azulado lomo y élitros transparentes; el zafiro, la esmeralda, el rubí, la turquesa, el brillante, se asociaban para crear libélulas, mariposas, avispas, abejas, escarabajos, serpientes, lagartos, peces, flores, racimos, etc.: había peinetas en forma de diademas, gargantillas, collares de perlas y brillantes tan hermosos que varias dalagas no pudieron contener un ¡*nukúl*! de admiración y Sinang castañeteó con la lengua, por la que su madre, capitana Ticá, la pellizcó temiendo que por ello encareciese más sus alhajas el joyero. Capitana Tiká seguía pellizcando á su hija aun después que se hubo casado.

—Ahí tiene usted brillantes antiguos, repuso el joyero; ese anillo perteneció á la princesa de Lamballe, y esos pendientes á una dama de María Antonieta.

Eran unos hermosos solitarios de brillantes, grandes como granos de maíz, de brillo algo azulado, llenos de una severa elegancia, como si conservasen aún el estremecimiento de los días del Terror.

—¡Esos dos pendientes! dijo Sinang mirando hacia su padre y protegiendo instintivamente con la mano el brazo que tenía cerca de la madre.

—Otras más antiguas todavía, las romanas, contestaba capitán Basilio guiñando.

La devota Hermana Penchang pensó que con aquel regalo la Virgen de Antipolo se ablandaría y le concedería su deseo más vehemente: hacía tiempo que le pedía un milagro ruidoso en que vaya mezclado su nombre para inmortalizarse en la tierra yendo al cielo después, como la capitana Inés de los curas, y preguntó por el precio. Pero Simoun pedía tres mil pesos. La buena mujer se santiguó. ¡Susmariosep!

Simoun descubrió el tercer compartimento.

Este estaba lleno de relojes, petacas, fosforeras y relicarios guarnecidos de brillantes y de finísimos esmaltes con miniaturas elegantísimas.

El cuarto contenía las piedras sueltas, y al descubrirlo un murmullo de admiración resonó en la sala; Sinang volvió á castañetear con la lengua, su madre la volvió á pellizcar no sin soltar ella misma un ¡*Sus Maria!* de admiración.

Nadie había visto hasta entonces tanta riqueza. En aquel cajón forrado de terciopelo azul oscuro, dividido en secciones, veíanse realizados los sueños de las *Mil y una noches*, los sueños de las fantasías orientales. Brillantes, grandes hasta como garbanzos, centelleaban arrojando chispas de movilidad fascinadora como si fuesen á liquidarse ó á arder consumidos en las reverberaciones del espectro; esmeraldas del Perú, de diferentes formas y tallado; rubies de la India, rojos como gotas de sangre; zafiros de Ceylán, azules y blancos; turquesas de Persia; perlas de nacarado oriente, de las cuales algunas, rosadas, plomizas y negras. Los que han visto durante la noche un gran cohete deshacerse sobre el fondo azul oscuro del cielo en millares de lucecitas de todos co-

lores, tan brillantes que hacen palidecer á las eternas estrellas, pueden imaginarse el aspecto que presentaba el compartimento.

Simoun, como para aumentar la admiración de los presentes, removía las piedras con sus morenos y afilados dedos gozándose en su canto cristalino, en su resbalar luminoso como de gotas de agua que colora el arco iris. Los reflejos de tantas facetas, la idea de sus elevadísimos precios fascinaban las miradas. Cabeasang Tales, que se había acercado curioso, cerró los ojos y se alejó inmediatamente como para ahuyentar un mal pensamiento. Tanta riqueza insultaba su desgracia; aquel hombre venía allí á hacer gala de su inmensa fortuna precisamente en la víspera del día en que él, por falta de dinero, por falta de padrinos, tenía que abandonar la casa que había levantado con sus manos.

—Ahí tienen ustedes dos brillantes negros, de los más grandes que existen, repuso el joyero: son muy difíciles de tallar por ser los más duros... Esta piedra algo rosada es también brillante, lo mismo que esta verde que muchos toman por esmeralda. El chino Quiroga me ha ofrecido por él seis mil pesos para regalárselo á una poderosísima señora... Y no son los verdes los más caros sino estos azules.

Y separó tres piedras no muy grandes, pero gruesas y muy bien talladas, con una ligera coloración azul.

—Con ser más pequeños que el verde, continuó, cuestan el doble. Miren ustedes éste que es el más pequeño de todos, no pesa más de dos quilates, me ha costado veinte mil pesos y ya no lo doy en menos de treinta. He tenido que hacer un viaje expresamente para comprarlo. Este otro, encontrado en las minas de Golconda, pesa tres quilates y medio y vale más de setenta mil. El virrey de la India, por una carta que recibí antecayer, me ofrece doce mil libras esterlinas.

Ante tanta riqueza, reunida en poder de aquel hombre que se expresaba con tanta naturalidad, los circunstantes sentían cierto respeto mezclado de te-

rror. Sinang varias veces castañeteó y su madre no la pellizcó, quizás porque estuviese abismada ó porque juzgase que un joyero como Simoun no iba á tratar de ganar cinco pesos más ó menos por una exclamación más ó menos indiscreta. Todos miraban las piedras, ninguno manifestaba el menor deseo de tocarlas, tenían miedo. La curiosidad estaba embotada por la sorpresa. Cabesang Tales miraba hacia el campo, y pensaba que con un solo brillante, quizás con el más pequeño, podía recobrar á su hija, conservar la casa y quizás labrarse otro campo... ¡ Dios! ¡ que una de aquellas piedras valiese más que el hogar de un hombre, la seguridad de una joven, la paz de un anciano en sus viejos días!

Y como si adivinase su pensamiento, Simoun decía dirigiéndose á las familias que le rodcaban:

—Y vean, vean ustedes; con una de estas piedrecitas azules que parecen tan inocentes é inofensivas, puras como arenillas desprendidas de la bóveda del cielo, con una como ésta, regalada oportunamente, un hombre ha podido desterrar á su enemigo, á un padre de familia, como perturbador del pueblo... y con otra piedrecita igual á ésta, roja como la sangre del corazón, como el sentimiento de la venganza y brillante como las lágrimas de los huérfanos, se le ha dado la libertad, el hombre ha sido vuelto al hogar, el padre á sus hijos, el esposo á la esposa y se ha salvado quizás á toda una familia de un desgraciado porvenir.

Y dando golpecitos á la caja:

—Aquí tengo yo, como en las cajas de los médicos, añadía en voz alta en mal tagalo, la vida y la muerte, el veneno y la medicina, y con este puñado puedo sumir en lágrimas á todos los habitantes de Filipinas.

Todos le miraban con terror y comprendían que tenía razón. En la voz de Simoun se notaba cierto timbre extraño y siniestros rayos parecían pasar al través de sus anteojos azules.

Como para hacer cesar la impresión que aquellas piedras hacían sobre tan sencillas gentes, Simoun levantó la bandeja y descubrió el fondo donde encerra-

ba los *sancta sanctorum*. Estuches de piel de Rusia, separados entre sí por capas de algodón, llenaban el fondo forrado de terciopelo gris. Todos esperaban maravillas. El marido de Sinang confiaba ver carbunclos, piedras arrojando fuego y brillando en medio de las tinieblas. Capitán Basilio estaba ante las puertas de la inmortalidad; iba á ver algo positivo, algo real, la forma de lo que tanto había soñado.

—Este es el collar de Cleopatra, dijo Simoun sacando con mucho cuidado una caja plana en forma de media luna; es una joya que no se puede tasar, un objeto de musco, sólo para los gobiernos ricos.

Era una especie de collar formado por diferentes dijes de oro representando idolillos entre escarabajos verdes y azules, y en medio una cabeza de buitre, hecha de una piedra de un jaspe raro, entre dos alas extendidas, símbolo y adorno de las reinas egipcias.

Sinang, al verlo, arrugó la nariz é hizo una mueca de infantil desprecio, y capitán Basilio con todo su amor á la antigüedad no pudo contener un ¡abá! de desencanto.

—Es una magnífica joya bien conservada y cuenta casi dos mil años.

—¡Psh! se apresuró á decir Sinang para que su padre no cayese en la tentación.

—¡Tonta! díjole éste, que había podido vencer su primer desencanto; ¿qué sabes tú si se debe á ese collar la faz actual de toda la sociedad? Con ése habrá cautivado Cleopatra á César, á Marco Antonio... ése ha oído las ardientes declaraciones de amor de los dos más grandes guerreros de su tiempo, ése oyó frases en el más puro y elegante latín y ya quisieras tú habértelo puesto.

—¿Yo? ¡no doy tres pesos!

—Veinte se pueden dar; ¡gonga! dijo capitana Tikâ en tono de conocedor; el oro es bueno y fundido servirá para otras alhajas.

—Este es un anillo que debió pertenecer á Sila, continuó Simoun.

Era un anillo ancho, de oro macizo, con un sello.

—Con él había firmado las sentencias de muerte

durante su dictadura, dijo capitán Basilio pálido de emoción.

Y trató de examinarlo y descifrar el sello, pero por más que hizo y le dió vueltas, como no entendía de paleografía, nada pudo leer.

—¡Qué dedo tenía Sila! observó al fin; caben dos de los nuestros; como digo, decaemos.

—Tengo aún otras muchas alhajas...

—Si son todas por el estilo, ¡gracias! contestó Sinang; prefiero las modernas.

Cada uno escogió una alhaja, quien un anillo, quien un reloj, quien un guardapelo. Capitana Tiká compró un relicario que contenía un pedazo de la piedra sobre la cual se apoyó N. S. en su tercera caída; Sinang un par de pendientes y capitán Basilio la cadena de reloj para el alférez, los pendientes de señora para el cura con más otras cosas de regalo; las otras familias del pueblo de Tiani, por no quedarse menos que las de San Diego, vaciaron igualmente sus bolsillos.

Simoun compraba también alhajas viejas, hacía cambios; y las económicas madres habían traído las que no les servían.

—Y ¿usted, no tiene nada que vender? preguntó Simoun á Cabesang Tales, viéndole mirar con ojos codiciosos todas las ventas y cambios que se hacían.

Cabesang Tales dijo que las alhajas de su hija habían sido vendidas y las que quedaban no valían nada.

—¿Y el relicario de María Clara? preguntó Sinang.

—¡Es verdad! exclamó el hombre, y un momento sus ojos brillaron.

—Es un relicario con brillantes y esmeraldas, dijo Sinang al joyero; mi amiga lo usaba antes de entrar de monja.

Simoun no contestó: seguía ansioso con la vista á Cabesang Tales.

Después de abrir varios cajones dió con la alhaja. Contempló Simoun detenidamente, lo abrió y lo cerró repetidas veces: era el mismo relicario que María Clara llevaba en la fiesta de San Diego y que en un

movimiento de compasión había dado á un lazarino.

—Me gusta la forma, dijo Simoun, ¿cuánto quiere usted por ella?

Cabesang Tales se rascó la cabeza perplejo, después la oreja y miró á las mujeres.

—Tengo un capricho por ese relicario, repitió Simoun; quiere usted ciento... quinientos pesos? ¿Quiere usted cambiarlo con otro? ¡Escoja usted lo que quiera!

Cabesang Tales estaba silencioso, y miraba embozado á Simoun como si dudase de lo que oía.

—¿Quinientos pesos? murmuró.

—Quinientos repitió el joyero con voz alterada.

Cabesang Tales cogió el relicario y le dió varias vueltas: sus sienes le latían violentamente, sus manos temblaban. ¿Si pudiese él más? aquel relicario les podría salvar; era excelente ocasión aquella, y no se volvería á presentar otra.

Todas las mujeres le guiñaban para que lo vendiese menos la Penchang que, temiendo rescatasen á Julí, observó devotamente:

—Yo lo guardaría como reliquia... Los que vieron á María Clara en el convento la hallaron tan flaca, tan flaca, que dicen apenas podía hablar y se cree que morirá como una santa... El P. Salví habla muy bién de ella; como que es su confesor. Por eso será que Julí no ha querido desprenderse de él prefiriendo empeñarse.

La observación surtió efecto.

El recuerdo de su hija detuvo á Cabesang Tales.

—Si me permitís, dijo, iré al pueblo á consultarlo con mi hija; antes de la noche estaré de vuelta.

Quedáronse en ello y Cabesang Tales bajó inmediatamente.

Mas cuando se encontró fuera del barrio, divisó á lo lejos, en un sendero que se internaba en el bosque, al fraile hacendero, y á un hombre que él reconoció por el que le había tomado sus terrenos. Un marido que ve á su mujer entrando con un hombre en una secreta alcoba, no habría sentido más ira, ni más celos que Cabesang Tales viendo á aquellos dos diri-

girirse á sus campos, á los campos por él trabajados y que creía poder legar á sus hijos. Se le figuró que aquellos dos se reían; se burlaban de su impotencia; le vino á la memoria lo que él había dicho «no los cederé sino al que los regase con su sangre y enterrase en ellos á su mujer y á su hija»...

Paróse, se pasó una mano por la frente y cerró los ojos; cuando los abrió, vió que el hombre se retorció riendo y el lego se cogía el vientre como para evitar que estalle de alegría y luego vió que señalaban hacia su casa y volvían á reír.

Un ruido vibró en sus orejas; sintió alrededor de las sienes el chasquido de un latigazo, la nube roja reapareció ante sus ojos, volvió á ver los cadáveres de su mujer é hija, y al lado el hombre y el fraile riendo y cogiéndose la cintura.

Olvidóse de todo, dió media vuelta y siguió el sendero por donde marchaban aquéllos: era el sendero que conducía á sus terrenos.

Simoun aguardó en vano que volviese aquella noche Cabesang Tales.

Al día siguiente, cuando se levantó, observó que la funda de cuero de su revólver estaba vacía: abrióla y dentro encontró un papel que contenía el relicario de oro con las esmeraldas y brillantes y algunas líneas escritas en tagalo que decían:

«Perdonaréis, señor, que estando en mi casa os prive de lo que es vuestro, mas, la necesidad me obliga, y en cambio de vuestro revólver os dejo el relicario que tanto deseabais. Necesito armas y parto á reunirme con los tulisanes.

»Os recomiendo no sigáis vuestro camino, porque si caéis en nuestro poder, como ya no sois mi huésped, os exigiremos un considerable rescate.»

TELESFORO JUAN DE DIOS.

—¡ Al fin tengo á mi hombre! murmuró respirando Simoun; es algo escrupuloso... pero tanto mejor: sabrá cumplir con sus compromisos.

Y ordenó á su criado que por el lago se fuese á Los

Baños, se llevase la maleta grande y le esperase allí, porque él por tierra iba á seguir su viaje llevándose la que contenía sus famosas piedras.

La llegada de cuatro guardias civiles acabó de ponerle de buen humor. Venían á prender á Cablesang Tales y no encontrándole se llevaban á Tandang Selo.

Tres asesinatos se habían cometido durante la noche. El fraile hacendero y el nuevo inquilino de los terrenos de Cablesang Tales se habían encontrado muertos, rota la cabeza y llena de tierra la boca, en los linderos de los terrenos de aquél; en el pueblo, la mujer del inquilino muerto amaneció también asesinada, la boca llena igualmente de tierra y el cuello cortado, con un papel al lado donde se leía el nombre «Tales» escrito en sangre como trazado por un dedo...

¡Tranquilizaos, pacíficos vecinos de Kalamba! ¡Ninguno de vosotros se llama Tales, ninguno de vosotros ha cometido el crimen! ¡Vosotros os llamáis Luis Habaña, Matías Belarmino, Nicasio Eigasani, Cayetano de Jesús, Mateo Elejorde, Leandro López, Antonio López, Silvestre Ubaldo, Manuel Hidalgo, Paciano Mercado, os llamáis todo el pueblo de Kalamba!... ¡Habéis limpiado vuestros campos, habéis empleado en ellos el trabajo de toda vuestra vida, economías, insomnios, privaciones, y os han despojado de ellos, lanzado de vuestros hogares y han prohibido á los demás os diesen hospitalidad! No se contentaron con violar la justicia, hollaron las sagradas tradiciones de vuestro país... Vosotros habéis servido á España y al rey, y cuando en nombre de ellos pedisteis justicia, se os desterró sin proceso, se os arrancó de los brazos de vuestras esposas, de los besos de vuestros hijos... Cualquiera de vosotros ha sufrido más que Cablesang Tales, y, sin embargo, ninguno, ninguno se ha hecho justicia... No hubo piedad ni humanidad para vosotros y se os ha perseguido hasta más allá de la tumba como á Mariano Herboza... ¡Llorad ó reid en las islas solitarias donde vagáis ociosos, inciertos del porvenir! ¡La España, la generosa España vela sobre vosotros y tarde ó temprano obtendréis justicia!

XI

LOS BAÑOS

Su excelencia el capitán general y gobernador de las Islas Filipinas había estado cazando en Bosoboso. Pero como tenía que ir acompañado de una banda de música, porque tan elevado personaje no iba á ser menos que las imágenes de palo que llevan en procesión, y como la afición al divino arte de Santa Cecilia aun no se ha popularizado entre los ciervos y jabalies de Bosoboso, su excelencia, con la banda de música y su cortejo de frailes, militares y empleados, no pudo pillar ni un solo ratón, ni una sola ave.

Las primeras autoridades de la provincia previeron futuras cesantías ó cambios de destino; los pobres gobernadorcillos y cabezas de barangay se inquietaron y no pudieron dormir, temiendo no vaya á antojársele al divino cazador substituir con sus personas la falta de sumisión de los cuadrúpedos del bosque, como ya lo había hecho antes un alcalde viajando en hombros de polistas porque no había caballos tan mansos para responder de su persona. No faltó un mal intencionado susurro de que su excelencia estaba decidido á hacer algo, porque en aquello veía los primeros síntomas de una rebelión que convenia sofocar en su cuna, que una caza sin resultados desprestigia el nombre español, etc., y ya se echaba el ojo á un infeliz para vestirle de venado, cuando su excelencia en un acto de clemencia, que Ben-Zayb no sabía con qué frases encomiar, dispó todas las inquietudes, declarando que le daba pena sacrificar á su placer los animales del bosque.

A decir verdad, su excelencia estaba contento y satisfecho *inter se*, pues ¿qué habría sucedido si hubiese fallado una pieza, un ciervo de esos que no están al tanto de las conveniencias políticas? ¿A dónde iba á parar el prestigio soberano? ¿Cómo? ¿Todo un capitán general de Filipinas errando una pieza, como un cazador novel? ¿Qué dirían los indios, entre los cuales hay regulares cazadores? Peligraría la integridad de la patria...

Así es como su excelencia, con una risa de conejo echándose las de cazador descontento, ordenó la inmediata vuelta á Los Baños, no sin hablar durante el viaje de sus hazañas cinegéticas en tal ó cual soto de la península como quien no quiere la cosa, adoptando un tono algo despreciativo, muy conveniente al caso, para las cacerías de Filipinas, ¡psé! Los baños en el Dampalit (Daang pa liit), las estufas á orillas del lago, y los tresillos en el palacio con tal ó cual excursión á la vecina cascada ó á la laguna de los caimanes, ofrecían más atractivos y menos riesgos para la integridad de la patria.

Allá en los últimos días de diciembre encontrábase su excelencia en la sala jugando al tresillo, en tanto esperaba la hora del almuerzo. Venía de tomar el baño con el consabido vaso de agua y carne tierna de coco, y estaba en la mejor disposición posible para conceder gracias y favores. Aumentaba su buen humor la circunstancia de dar muchos codillos, pues el P. Irene y el P. Sibyla, que con él jugaban, desplegaban cada uno toda su inteligencia para hacerse perder disimuladamente, con gran irritación del P. Camorra que por haber llegado, tan sólo aquella mañana no estaba al tanto de lo que se intrigaba. El fraile artillero, como jugaba de buena fe y ponía atención, se ponía colorado y se mordía los labios cada vez que el P. Sibyla se distraía ó calculaba mal, pero no se atrevía á decir palabra por el respeto que el dominico le inspiraba; en cambio se desquitaba contra el P. Irene á quien tenía por bajo y zalamero y despreciaba en medio de su rudeza. El P. Sibyla ni le miraba siquiera; le dejaba bufar; el P. Irene, más humilde, pro-

curaba excusarse acariciando la punta de su larga nariz. Su excelencia se divertía y se aprovechaba, á fuer de buen táctico como se lo insinuaba el canónigo, de las equivocaciones de sus contrarios. Ignoraba el P. Camorra que sobre la mesita se jugaba el desenvolvimiento intelectual de los filipinos, la enseñanza del castellano, y á haberlo sabido, acaso con alegría hubiera tomado parte en el *juego*.

Al través del balcón, abierto en todo su largo, entraba la brisa, fresca y pura, y se descubría el lago cuyas aguas murmuraban dulcemente al pie del edificio como rindiendo homenaje. A la derecha, á lo lejos, se veía la isla de Talim, de un puro azul, en medio del lago y, enfrente casi, una isleta verde, la isla de Kalamba, desierta, en forma de media luna; á la izquierda, la hermosa costa bordada de cañaverales, un montecillo que domina el lago, después vastas sementeras, después techos rojos por entre el verde obscuro de los árboles, el pueblo de Kalamba, después la costa se pierde á lo lejos, y en el fondo, el cielo cierra el horizonte descendiendo sobre las aguas, dando al lago las apariencias de mar, justificando la denominación que los indios le dan de *dagat na tabang*.

Hacia un extremo de la sala, sentado y delante de una mesita donde se veían algunos papeles, estaba el secretario. Su excelencia era muy trabajador y no le gustaba perder tiempo; así es que despachaba con él mientras servía de alcalde en el tresillo y en los momentos en que se daban las cartas.

En el entretanto el pobre secretario bostezaba y se desesperaba. Aquella mañana trabajaba como todos los días en cambios de destino, suspensión de empleos, deportaciones, concesión de gracias, etc., y no se tocaba todavía la gran cuestión que tanta curiosidad despertaba, la petición de los estudiantes solicitando permiso para la creación de una Academia de castellano.

Paseándose de un extremo á otro, y conversando animadamente aunque en voz baja, se veía á don Custodio, á un alto empleado, y á un fraile que llevaba la

cabeza baja con aire de pensativo ó disgustado; llamábase el P. Fernández. De una habitación contigua salían ruidos de bolas chocando unas con otras, risas, carcajadas, entre ellas la voz de Simoun seca é incisiva: el joyero jugaba al billar con Ben-Zayb.

De repente el P. Camorra se levantó.

—¡Que juegue Cristo, puñales! exclamó arrojando las dos cartas que le quedaban, á la cabeza del P. Irene; ¡puñales! la puesta estaba segura cuando no el codillo, y lo perdemos por endose. ¡Puñales, que juegue Cristo!

Y furioso, explicaba á todos los que estaban en la sala el caso, dirigiéndose especialmente á los tres paseantes como tomándoles por jueces. Jugaba el general, él hacía la contra, el P. Irene ya tenía su baza; arrastra él con espadas y ¡puñales! el camote del P. Irene no rinde, no rinde la mala. ¡Que juegue Cristo! El hijo de su madre no se había ido allí á romperse la cabeza inútilmente y á perder su dinero.

—Si creerá el nene, añadía muy colorado, que los gano de bóbilis bóbilis. ¡Tras de que mis indios ya empiezan á regatear!...

Y gruñendo y sin hacer caso de las disculpas del P. Irene que trataba de explicarse, frotándose la trompa para ocultar su fina sonrisa, se fué al cuarto de billar.

—P. Fernández, ¿quiere usted sentarse? preguntó el P. Sibyla.

—¡Soy muy mal tresillista! contesta el fraile haciendo una mueca.

—Entonces que venga Simoun, dijo el general; ¡eh, Simoun, eh, mister! ¿quiere usted echar una partida?

—¿Qué se dispone acerca de las armas de salón? preguntó el secretario aprovechando la pausa.

Simoun asomó la cabeza.

—¿Quiere usted ocupar el puesto del P. Camorra, señor Simbad? preguntó el P. Irene; usted pondrá brillantes en lugar de fichas.

—No tengo ningún inconveniente, contestó Si-

moun acercándose y sacudiendo la tiza que mancha-
ba sus manos; y ustedes, ¿qué ponen?

—¿Qué vamos á poner? contestó el P. Sibyla. El
general pondrá lo que guste, pero nosotros, reli-
giosos, sacerdotes...

—¡Bah! interrumpió Simoun, con ironía; usted y
el P. Irene pagarán con actos de caridad, oraciones,
virtudes, ¿eh?

—Sabe usted que las virtudes que uno pueda tener,
arguyó gravemente el P. Sibyla, no son como los bri-
llantes que pueden pasar de mano en mano, venderse
y *revenderse*... residen en el ser, son accidentes inhe-
rentes en el sujeto...

--Me contento entonces con que ustedes me pa-
guen de boquilla, replicó alegremente Simoun; usted,
P. Sibyla, en vez de darme cinco tantos me dirá, por
ejemplo: renuncie por cinco días á la pobreza, á la
humildad, á la obediencia... usted, P. Irene, renuncio
á la castidad, á la largueza, etc. ¡Ya ven que es poca
cosa y yo doy mis brillantes!

—¡Qué hombre más singular es este Simoun, qué
ocurrencias tiene! dijo el P. Irene riendo.

—Y *éste*, continuó Simoun tocando familiarmente
en el hombro á su excelencia, *éste* me pagará cinco
tantos, un vale por cinco días de cárcel; un solo,
cinco meses; un codillo, orden de deportación en
blanco; una bola... digamos una ejecución expedita
por la guardia civil mientras se le conduce á mi hom-
bre de un pueblo á otro, etc.

El envite era raro. Los tres paseantes se acercaron.

—Pero, señor Simoun, preguntó el alto empleado,
¿qué saca usted con ganar virtudes de boquilla, y vi-
das y destierros y ejecuciones expeditas?

—¡Pues mucho! Estoy cansado de oír hablar de
virtudes y quisiera tenerlas todas, todas las que hay
en el mundo encerradas en un saco para arrojarlas al
mar, aun cuando tuviera que servirme de todos mis
brillantes como de lastre...

—¡Vaya un capricho! exclamó el P. Irene riendo;
¿y de los destierros y ejecuciones expeditas?

—Pues, para limpiar el país y destruir toda semilla mala...

—¡Vamos! todavía está usted furioso con los tulisanes y cuidado que bien podían haberle exigido un rescate mayor ó quedarse con todas sus alhajas. ¡Hombre, no sea usted ingrato!

Simoun contaba que había sido atajado por una banda de tulisanes, quienes después de agasajarle por un día le dejaron seguir el viaje sin exigirle más rescate que sus dos magníficos revólvers Smith y las dos cajas de cartuchos que consigo llevaba. Añadía que los tulisanes le habían encargado muchas memorias para su excelencia el capitán general.

Y por esto y como contase Simoun que los tulisanes estaban muy bien provistos de escopetas, fusiles y revólvers, y que contra semejantes individuos un hombre solo, por bien armado que estuviese, no se podía defender, su excelencia, para evitar en lo futuro que los tulisanes adquirieran armas, iba á dictar un nuevo decreto concerniente á las pistolas de salón.

—¡Al contrario, al contrario! protestaba Simoun; si para mí los tulisanes son los hombres más honrados del país; son los únicos que ganan su arroz debidamente... ¿Creen ustedes que si hubiera caído en manos... ¡vamos! de usted por ejemplo, me habría dejado escapar sin quitarme la mitad de mis alhajas, cuando menos?

Don Custodio iba á protestar: aquel Simoun era verdaderamente un grosero mulato americano que abusaba de su amistad con el capitán general para insultar al P. Irene. Verdad es también que el P. Irene tampoco le habría soltado por tan poca cosa.

—Si el mal no está, prosiguió Simoun, en que haya tulisanes en los montes y en el despoblado; el mal está en los tulisanes de los pueblos y de las ciudades...

—Como usted, añadió riendo el canónigo.

—Sí, como yo, como nosotros, seamos francos, aquí no nos oye ningún indio, continuó el joyero; el mal está en que todos no seamos tulisanes declarados; cuando tal suceda y vayamos á habitar en los

bosques, ese día se ha salvado el país, ese día nace una nueva sociedad que se arreglará ella sola... y su excelencia podrá entonces jugar tranquilamente al tresillo sin necesidad de que le distraiga el secretario...

El secretario bostezaba en aquel momento extendiendo ambos brazos por encima de la cabeza y estirando en lo posible las piernas cruzadas por debajo de la mesita.

Al verle todos se rieron. Su excelencia quiso cortar el giro de la conversación y soltando las cartas que había estado peinando, dijo entre serio y risueño:

—¡Vaya, vaya! basta de bromas y jugos; trabajemos, trabajemos de firme que aún tenemos media hora antes del almuerzo. ¿Hay muchos asuntos que despachar?

Todos prestaron atención. Aquel día se iba á dar la batalla sobre la cuestión de la enseñanza del castellano por la que estaban allí desde hace días el P. Sibyla y el P. Irene. Se sabía que el primero, como vicerrector, estaba opuesto al proyecto y que el segundo lo apoyaba, y sus gestiones lo estaban á su vez por la señora condesa.

—¿Qué hay, qué hay? preguntó su excelencia impaciente.

—La juehion je lah jamah je jalon, repitió el secretario ahogando un bostezo.

—¡Quedan prohibidas!

—Perdone, mi general, dijo el alto empleado gravemente: vucencia me permitirá que le haga observar que el uso de las armas de salón está permitido en todos los países del mundo...

El general se encogió de hombros.

—Nosotros no imitamos á ninguna nación del mundo, observó secamente.

Entre su excelencia y el alto empleado había siempre divergencia de opinión y basta que el último haga una observación cualquiera para que el primero se mantenga en sus trece.

El alto empleado tanteó otro camino.

—Las armas de salón sólo pueden dañar á los ratones y gallinas, dijo; van á decir que...

—¿Qué somos gallinas? continuó el general encojiéndose de hombros; ¿y á mí qué? Pruebas he dado yo de no serlo.

—Pero hay una cosa, observó el secretario; hace cuatro meses, cuando se prohibió el uso de las armas, se les ha asegurado á los importadores extranjeros que las de salón serían permitidas.

Su excelencia frunció las cejas.

—Pero la cosa tiene arreglo, dijo Simoun.

—¿Cómo?

—Sencillamente. Las armas de salón tienen casi todas seis milímetros de calibre, al menos las que existen en el mercado. Se autoriza la venta sólo para todas las que no tengan esos seis milímetros.

Todos celebraron la ocurrencia de Simoun, menos el alto empleado que murmuró al oído del P. Fernández que aquello no era serio ni se llama gobernar.

—El maestro de Tiani, continuó el secretario hojeando unos papeles, solicita se le dé mejor local para...

—¿Qué más local si tiene un camarín para él solo? interrumpió el P. Camorra que había acudido olvidándose ya del tresillo.

—Dice que está destechado, repuso el secretario, y que habiendo comprado de su bolsillo mapas y cuadros, no puede exponerlos á la intemperie...

—Pero yo nada tengo que ver con eso, murmuró su excelencia; que se dirija al director de Administración, al gobernador de la provincia ó al Nuncio.

—Lo que le diré á usted, dijo el P. Camorra, es que ese maestrillo es un filibusterillo descontento: ¡figúrense ustedes que el hereje propala que lo mismo se pudren los que se entierran con pompa que los que sin ella! ¡Algún día le voy á dar de cachetes!

Y el P. Camorra cerraba sus puños.

—Y á decir verdad, observó el P. Sibyla como dirigiéndose nada más que al P. Irene; el que quiere enseñar, enseña en todas partes, al aire libre: Sócrates enseñaba en las plazas públicas, Platón en los jar-

dines de Academo, y Cristo en las montañas y lagos.

—Tengo varias quejas contra ese maestrillo, dijo su excelencia cambiando una mirada con Simoun; creo que lo mejor será suspenderle.

—¡Suspendido! repitió el secretario.

Dióle pena al alto empleado la suerte de aquel infeliz que pedía auxilio y se encontró con la cesantía, y quiso hacer algo por él.

—Lo cierto es, insinuó con cierta timidez, que la enseñanza no está del todo bien atendida...

—He decretado ya numerosas sumas para la compra de materiales, dijo con altivez su excelencia como si quisiera significar: ¡He hecho más de lo que debía!

—Pero como faltan locales á propósito, los materiales que se compran se echarán á perder.

—No todo se puede hacer de una vez, interrumpió secamente su excelencia; los maestros de aquí hacen mal en pedir edificios cuando los de la península se mueren de hambre. ¡Mucha presunción es querer estar mejor que en la misma Madre Patria!

—Filibusterismo...

—¡Ante todo la patria! ¡ante todo somos españoles! añadió Ben-Zayb con los ojos brillantes de patriotismo y poniéndose algo colorado cuando vió que se quedó solo.

—En adelante, terminó el general, todos los que se quejen serán suspendidos.

—Si mi proyecto fuese aceptado, se aventuró á decir don Custodio como hablando consigo mismo.

—¿Relativo á los edificios de las escuelas?

—Es sencillo, práctico y económico como todos mis proyectos, nacidos de una larga experiencia y del conocimiento del país. Los pueblos tendrían escuelas sin que le costasen un cuarto al gobierno.

—Enterado, repuso con sorna el secretario; obligando á los pueblos á que los construyan á su costa.

Todos se echaron á reír.

—No señor, no señor, gritó don Custodio picado y poniéndose colorado; los edificios están levantados y sólo esperan que se los utilice. Higiénicos, inmejorables, espaciosos...

Los frailes se miraron con cierta inquietud. ¿Propondría don Custodio que se convirtiesen en escuelas las iglesias y los conventos ó casas parroquiales?

—¡ Veámoslo! dijo el general frunciendo el ceño.

—Pues, mi general, es muy sencillo, repuso don Custodio estirándose y sacando la voz hueca de ceremonia; las escuelas sólo están abiertas en los días de trabajo, y las galleras en los de fiesta... Pues conviértanse en escuelas las galleras, al menos durante la semana.

—¡ Hombre, hombre, hombre!

—¡ Ya pareció aquello!

—Pero ¡ qué cosas tiene usted, don Custodio!

—¡ Vaya un proyecto que tiene gracia!

—¡ Este les pone á todos la pata!

—Pero, señores, gritaba don Custodio al oír tantas exclamaciones; seamos prácticos, ¿ qué local hay más á propósito que las galleras? Son grandes, están bien construídas y maldito para lo que sirven durante la semana. Hasta desde un punto de vista moral, mi proyecto es muy aceptable: serviría como una especie de purificación y expiación semanal del templo del juego, digámoslo así.

—Pero es que á veces hay juego de gallos durante la semana, observó el P. Camorra, y no es justo que pagando los contratistas de las galleras al gobierno...

—¡ Vaya! ¡ por esos días se cierra la escuela!

—¡ Hombre, hombre! dijo el capitán general escandalizado; ¡ tal horror no sucederá mientras yo gobierne! ¡ Que se cierren las escuelas porque se juega! ¡ Hombre, hombre, hombre! ¡ primero presento la dimisión!

Y su excelencia estaba verdaderamente escandalizado.

—Pero, mi general, vale más que se cierren por algunos días que no por meses.

—¡ Eso es inmoral! añadió el P. Irene, más indignado todavía que su excelencia.

—Más inmoral es que los vicios tengan buenos edificios y las letras ninguno... Seamos prácticos, señores, y no nos dejemos llevar de sentimentalismos. En

política no hay cosa peor como el sentimentalismo. Mientras por respetos humanos prohibimos el cultivo del opio en nuestras colonias, toleramos que en ellas se fume; resulta que no combatimos el vicio pero nos empobrecemos...

—Pero observe usted que eso le produce al gobierno, sin trabajo ninguno, más de cuatrocientos cincuenta mil pesos, repuso el P. Irene que se hacía más y más gubernamental...

—¡Basta, basta, señores! dijo su excelencia cortando la discusión: yo tengo mis proyectos sobre el particular y dedico mi particular atención al ramo de instrucción pública. ¿Hay algo más?

El secretario miró con cierta inquietud al P. Sibyla y al P. Irene. Lo gordo iba á salir. Ambos se prepararon.

—La solicitud de los estudiantes pidiendo autorización para abrir una Academia de castellano, contestó el secretario.

Un movimiento general se notó entre los que estaban en la sala y, después de mirarse unos á otros, fijaron sus ojos en el general para leer lo que dispondría. Hace seis meses que la solicitud estaba allí aguardando un dictamen, y se había convertido en una especie de *casus belli* en ciertas esferas. Su excelencia tenía los ojos bajos como para impedir que se leyesen sus pensamientos.

El silencio se hacía embarazoso y comprendiólo el general.

—¿Qué opina usted? preguntó al alto empleado.

—¡Qué he de opinar, mi general! contestó el preguntado encogiéndose de hombros y sonriendo amargamente; ¡qué he de opinar sino que la petición es justa, justísima y que me parece extraño se hayan empleado seis meses en pensar en ella!

—Es que se atraviesan de por medio consideraciones, repuso el P. Sibyla fríamente y medio cerrando los ojos.

Volvió á encogerse de hombros el alto empleado como quien no comprende qué consideraciones podrían ser aquéllas.

—Aparte de lo intempestivo del propósito, prosiguió el dominico, aparte de lo que tiene de atentatorio á nuestras prerrogativas...

El P. Sibyla no se atrevió á continuar y miró á Simoun.

—La solicitud tiene un carácter algo sospechoso, concluyó éste cambiando una mirada con el dominico.

Este pestañeó don veces. El P. Irene que los vió comprendió que su causa estaba ya casi perdida: Simoun iba contra ella.

—Es una rebelión pacífica, una revolución en papel sellado, añadió el P. Sibyla.

—¿Revolución, rebelión? preguntó el alto empleado mirando á unos y á otros como si nada comprendiese.

—La encabezan unos jóvenes tachados de demasado reformistas y avanzados por no decir otra cosa, añadió el secretario mirando al dominico. Hay entre ellos un tal Isagani, cabeza poco sentada... sobrino de un cura clérigo...

—Es un discípulo mío, repuso el P. Fernández, y estoy muy contento de él...

—¡Puñales, también es contentarse! exclamó el P. Camorra; ¡en el vapor por poco nos pegamos de cachetes, porque es bastante insolente, le di un empujón y me contestó con otro!

—Hay además un tal Macaragui ó Macarai...

—Macarai, repuso el P. Irene terciando á su vez; un chico muy amable y simpático.

Y murmuró al oído del general:

—De ese le he hablado á usted, es muy rico... la señora condesa se lo recomienda eficazmente.

—¡Ah!

—Un estudiante de Medicina, un tal Basilio...

—De ese Basilio no digo nada, repuso el P. Irene levantando las manos y abriéndolas como para decir *dóminus vobiscum*; ese para mí es agua mansa. Nunca he llegado á saber lo que quiere ni lo que piensa. ¡Qué lástima que el P. Salví no esté delante para darnos algunos de sus antecedentes! Creo haber oído que cuando niño tuvo peras que partir con la guardia

civil... su padre fué muerto en no recuerdo qué motín...

Simoun se sonrió lentamente, sin ruido, enseñando sus dientes blancos y bien alineados...

—¡Ajá! ¡ajá! decía su excelencia moviendo la cabeza: ¿con qué esas tenemos? ¡Apunte usted ese nombre!

—Pero, mi general, dijo el alto empleado viendo que la cosa tomaba mal giro; hasta ahora nada de positivo se sabe contra esos jóvenes; su petición es muy justa, y no tenemos ningún derecho para negársela fundándonos sólo en meras conjeturas. Mi opinión es que el gobierno, dando una prueba de su confianza en el pueblo y en la estabilidad de su base, acuerde lo que se le pide; y libre á él después de retirar el permiso cuando vea que se abusa de su bondad. Motivos ni excusas no han de faltar, podemos vigilarlos... ¿Para qué disgustar á unos jóvenes que después pueden resentirse, cuando lo que piden está mandado por reales decretos?

—El P. Irene, don Custodio y el P. Fernández asentían con la cabeza.

—Pero los indios no deben saber castellano, ¿sabe usted? gritó el P. Camorra; no deben saber porque luego se meten á discutir con nosotros, y los indios no deben discutir sino obedecer y pagar... no deben meterse á interpretar lo que dicen las leyes ni los libros, ¡son tan sutiles y picapleitos! Tan pronto como saben el castellano se hacen enemigos de Dios y de España... lea usted sino el *tandang Basio Macunat*; ¡ese sí que es un libro! ¡Tiene verdades como esto!

Y enseñaba sus redondos puños.

El P. Sibyla se pasó la mano por la corona en señal de impaciencia.

—¡Una palabra! dijo adoptando el tono más conciliador en medio de su irritación; aquí no se trata solamente de la enseñanza del castellano, aquí hay una lucha sorda entre los estudiantes y la Universidad de Santo Tomás; si los estudiantes se salen con la suya, nuestro prestigio queda por los suelos, dirán que nos han vencido y exultarán y ¡adiós fuerza moral, adiós

todo! Roto el primer dique ¿quién contiene á esa juventud? ¿Con nuestra caída no haremos más que anunciar la de ustedes! Después de nosotros el gobierno.

—¡Puñales, eso no! gritó el P. Camorra; ¡veremos antes quien tiene más puños!

Entonces habló el P. Fernández que durante la discusión sólo se había contentado con sonreír. Todos se pusieron atentos porque sabían que era una buena cabeza.

—No me quiera usted mal, P. Sibyla, si difiero de su manera de ver el asunto, pero es raro destino el mío de estar casi siempre en contradicción con mis hermanos. Digo, pues, que no debemos ser tan pesimistas. La enseñanza del castellano se puede conceder; sin peligro ninguno y para que no aparezca como una derrota de la Universidad, debíamos los dominicos hacer un esfuerzo y ser los primeros en celebrarla: allí está la política. ¿Para qué vamos á estar en continua tirantez con el pueblo, si después de todo somos los pocos y ellos los más, si nosotros necesitamos de ellos y no ellos de nosotros? ¡Espere usted, P. Camorra, espere usted! Pase que por ahora el pueblo sea débil y no tenga tantos conocimientos, yo también lo creo así, pero no será mañana, ni pasado. Mañana ó pasado serán los más fuertes, sabrán lo que les convendrá y no lo podemos impedir, como no se puede impedir que los niños, llegados á cierta edad, se enteren de muchas cosas... Digo pues, ¿por qué no aprovechamos este estado de ignorancia para cambiar por completo de política, para fundarla sobre una base sólida, imperecedera, la justicia por ejemplo en vez de la ignorancia? Porque no hay como ser justos, esto se lo he dicho siempre á mis hermanos y no me quieren creer. El indio, como todo pueblo joven, es idólatra de la justicia; pide el castigo cuando ha faltado, así como le exaspera cuando no lo ha merecido. ¿Es justo lo que desean? pues á concedérselo, démosles todas las escuelas que quieran, ya se cansarán: la juventud es holgazana y lo que la pone en actividad es nuestra oposición. Nuestro lazo prestigio,

P. Sibyla está ya muy gastado; preparemos otro, el lazo gratitud, por ejemplo. No seamos tontos, hagamos lo que los cucos jesuitas...

—¡ Oh, oh, P. Fernández!

No, no; todo lo podía tolerar el P. Sibyla menos proponerle á los jesuitas por modelo. Tembloroso y pálido se deshizo en amargas recriminaciones.

—¡ Primero franciscano... cualquier cosa antes que jesuita! dijo fuera de sí.

—¡ Oh, oh!

—¡ Eh, eh! Padre P—!!

Vino una discusión en que todos, olvidándose del capitán general, intervinieron; hablaban á la vez, gritaban, no se entendían, se contradecían; Ben-Zayb las tenía con el P. Camorra y se enseñaban los puños, el uno hablaba de gansos y el otro de chupatintas, el P. Sibyla hablaba del Capítulo y el P. Fernández, de la Summa de Santo Tomás, etc., hasta que entró el cura de Los Baños á anunciar que el almuerzo estaba servido.

Su excelencia se levantó y así se cortó la discusión.

—¡ Ea, señores! dijo; ¡ hoy hemos trabajado como negros y eso que estamos de vacaciones! Alguien dijo que los asuntos graves deben tratarse en los postres. Yo soy en absoluto de esa opinión.

—Podemos indigestarnos, observó el secretario aludiendo al calor de la discusión.

—Entonces lo dejaremos para mañana.

Todos se levantaron.

—Mi general, murmuró el alto empleado; la hija de ese Cabesang Tales ha vuelto solicitando la libertad de su abuelo enfermo, preso en lugar del padre...

Su excelencia le miró disgustado y se pasó la mano por la ancha frente.

—¡ Carambas! que no le han de dejar á uno almorzar en paz!

—Es el tercer día que viene; es una pobre muchacha...

—¡ Ah, demonios! exclamó el P. Camorra; yo me decía: algo tengo que decir al general, para eso he venido... para apoyar la petición de esa muchacha.

El general se rascó detrás de la oreja.

—¡Vaya! dijo; que el secretario ponga un volante al teniente de la guardia civil, para que le suelten. ¡No dirán que no somos clementes ni misericordiosos!

Y miró á Ben-Zayb. El periodista pestañeó.

XII

PLÁCIDO PENITENTE

De mala gana y con los ojos casi llorosos iba Plácido Penitente por la Escolta para dirigirse á la Universidad de Santo Tomás.

Hacía una semana apenas que había llegado de su pueblo y ya había escrito dos veces á su madre reiterando sus deseos de dejar los estudios para retirarse y trabajar. Su madre le había contestado que tuviese paciencia, que cuando menos debía graduarse de *bachiller en artes*, pues era triste abandonar los libros después de cuatro años de gastos y sacrificios por parte de uno y otro.

¿De dónde le venía á Penitente el desamor al estudio, cuando era uno de los más aplicados en el famoso colegio que el P. Valerio dirigía en Tanawan? Penitente pasaba allí por ser uno de los mejores latinistas y sutiles argumentadores, que sabían enredar ó desenredar las cuestiones más sencillas ó abstrusas; los de su pueblo le tenían por el más listo, y su cura, influido por aquella fama, ya le daba el grado de filibustero, prueba segura de que no era tonto ni incapaz. Sus amigos no se explicaban aquellas ganas de retirarse y dejar los estudios; no tenía novias, no era jugador, apenas conocía el *hunkian* y se aventuraba en un *revesino*; no creía en los consejos de los frailes, se burlaba del *tandang Basio*, tenía dinero de sobra, trajes elegantes, y sin embargo, iba de mala gana á clase y miraba con asco los libros.

En el Puente de España, puente que sólo de España tiene el nombre, pues hasta sus hierros vinieron

del extranjero, encontróse con la larga procesión de jóvenes que se dirigían á Intramuros para sus respectivos colegios. Unos iban vestidos á la europea, andaban de prisa, cargando libros y cuadernos, preocupados, pensando en su lección y en sus composiciones; éstos eran los alumnos del Ateneo. Los letrados se distinguían por ir casi todos vestidos á la filipina, más numerosos y menos cargados de libros. Los de la Universidad visten con más esmero y pulcritud, andan despacio y, en vez de libros, suelen llevar un bastón. La juventud estudiosa de Filipinas no es muy bulliciosa ni bullanguera; va como preocupada; al verla, cualquiera diría que delante de sus ojos no luce ninguna esperanza, ningún risueño porvenir. Aunque de espacio en espacio alegran la procesión las notas simpáticas y ricas en colores de las educandas de la Escuela municipal, con la cinta sobre el hombro y los libros en la mano, seguidas de sus criadas, sin embargo, apenas resuena una risa, apenas se oye una broma; nada de canciones, nada de salidas graciosas; á lo más bromas pesadas, peleas entre los pequeños. Los grandes casi siempre van serios y bien compuestos como los estudiantes alemanes.

Plácido seguía el paso de Magallanes para entrar por la brecha, antes puerta de Santo Domingo, cuando de repente recibió una palmada sobre el hombro que le hizo volverse inmediatamente de mal humor.

—¡Olé Penitente, olé Penitente!

Era el condiscípulo Juanito Peláez, el barbero ó favorito de los profesores, pillo y malo como él solo, de mirada picaresca y sonrisa de truhán. Hijo de un mestizo español, rico comerciante en uno de los arrabales, que cifraba todas sus alegrías y esperanzas en el talento del joven, prometía mucho por sus picardías, y gracias á su costumbre de jugar malas pasadas á todos, escondiéndose después detrás de sus compañeros, tenía una particular joroba que se aumentaba cada vez que hacía una de las suyas y se reía.

—¿Cómo te has divertido, Penitente? preguntaba dándole palmadas fuertes sobre el hombro.

—Así, así, contestó Plácido algo cargado, ¿y tú?

—¡Pues, divinamente! Figúrate que el cura de Tiani me invita á pasar las vacaciones en su pueblo, ¡me voy... chico! ¿le conoces al P. Camorra? Pues es un cura liberal, muy campechano, franco, muy franco, de esos por el estilo del P. Paco... Y como había chicas muy guapas, dábamos cada jarana, él con su guitarra y sus peteneras y yo con mi violín... Te digo, chico, que nos divertimos en grande; ¡no hay casa que no hayamos subido!

Y murmuró al oído de Plácido algunas palabras echándose á reír después. Y como Plácido manifestara cierta extrañeza, añadió:

—¡Te lo puedo jurar! ¡No tienen más remedio, porque con un expediente gubernativo se deshace del padre, marido ó hermano y santas pascuas! Sin embargo, nos hemos encontrado con una tonta, novia creo yo de Basilio, ¿sabes? ¡Mira qué tonto es ese Basilio! ¡Tener una novia que no sabe una palabra de español, ni tiene dinero y que ha sido criada! Arisca como ella sola pero bonita: el P. Camorra la emprendió una noche de bastonazos con dos bagontaos que la daban serenata y yo no sé cómo no los mató. Pero con todo, sigue tan arisca como siempre. ¡Pero tendrá que pasar por ello como todas, como todas!

Juanito Peláez se reía con la boca llena como si aquello le supiese á gloria. Plácido le miró con disgusto.

—Oye, ¿y qué explicó ayer el catedrático? preguntó cambiando de conversación.

—Ayer no hubo clase.

—¡Ojó! ¿Y anteayer?

—¡Hombre, jueves!

—Es verdad ¡qué bruto soy! ¿Sabes, Plácido que me voy volviendo bruto? Y ¿el miércoles?

—¿El miércoles? Aguarda... el miércoles llovizó.

—¡Magnífico! y ¿el martes, chico?

—El martes era la fiesta del catedrático y fuímos á festejarle con una orquesta, un ramillete de flores y algunos regalos...

—¡ Ah, carambas! exclamó Juanito, que lo he olvidado ¡ qué bruto soy! Oye, ¿ y preguntó por mí?

Penitente se encogió de hombros.

—No lo sé, pero le entregaron la lista de los festejantes.

—¡ Carambas!... oye, y el lunes ¿ qué hubo?

—Como era el primer día de la clase, leyó la lista y señaló la lección: sobre los espejos. ¡ Mira! desde aquí hasta allí, de memoria, al pie de la letra... ¡ se salta todo este trozo y se da esto!

Y le indicaba con el dedo en la Física de Ramos los puntos que se tenían que aprender, cuando de repente saltó el libro por los aires, merced á una palmada que le aplicó Juanito de abajo arriba.

—¡ Hombre, dejate de lecciones; vamos á hacer día *pichido!*

Día *pichido* llaman los estudiantes de Manila al que encontrándose entre dos de fiesta, resulta suprimido, como estrujado por voluntad de los estudiantes.

—¿ Sabes tú que verdaderamente eres un bruto? replicó furioso Plácido recogiendo su libro y sus papeles.

—¡ Vamos á hacer día *pichido!* repetía Juanito.

Plácido no quería: por dos menos no cierran una clase de más de ciento cincuenta. Se acordaba de las fatigas y economías de su madre que le sustentaba en Manila privándose ella de todo.

En aquel momento entraban por la brecha de Santo Domingo.

—Ahora me acuerdo, exclama Juanito al ver la plazoleta delante del antiguo edificio de la aduana; ¿sabes que estoy encargado para recoger la contribución?

—¿ Qué contribución?

—¡ La del monumento!

—¿ Qué monumento?

—¡ Toma! el del P. Baltasar ¿ no lo sabías?

—Y ¿quién es ese P. Baltasar?

—¡ Sopla! ¡ pues un dominico! Por eso acuden los Padres á los estudiantes. ¡ Anda, larga tres ó cuatro pesos para que vean que somos espléndidos! Que no

se diga jamás que para levantar una estatua han tenido que acudir á sus propios bolsillos. ¡Vamos, Plácido, que no es dinero perdido!

Y acompañó estas palabras con un guiño significativo.

Plácido recordó el caso de un estudiante que ganaba cursos regalando canarios, y dió tres pesos.

—Mira, ¿sabes? escribiré claro tu nombre para que el profesor lo lea, ¿ves? Plácido Penitente, tres pesos. ¡Ah! ¡escucha! Dentro de quince días es la fiesta del profesor de Historia Natural... Sabes que es muy barbián, que no pone nunca faltas ni pregunta la lección. ¡Chico, hay que ser agradecidos!

—¡Es verdad!

—Pues ¿no te parece que debemos festejarle? La orquesta no ha de ser menos que la que le llevasteis al catedrático de Física.

—¡Es verdad!

—¿Qué te parece si ponemos la contribución á dos pesos? Anda, Plácido, empieza tú por dar, así te quedas en la cabeza de la lista.

Y como viese que Plácido daba sin vacilar los dos pesos pedidos, añadió:

—Oye, pon cuatro, que ya después te delvolveré los dos; es para que sirvan de gallo.

—Pues si me los has de devolver, ¿para qué dárte los? basta con que pongas cuatro.

—¡Ah! es verdad ¡qué bruto soy! ¿sabes que me voy volviendo bruto? Pero dámelos de todos modos, para enseñarlos.

Plácido, para no desmentir al cura que le bautizó, dió lo que le pedían.

Llegaron á la Universidad.

A la entrada y á lo largo de las aceras que á uno y á otro lado de la misma se extendían, estacionaban los estudiantes esperando que bajen los profesores. Alumnos del año preparatorio de Derecho, del quinto de Segunda Enseñanza, del preparatorio de Medicina formaban animados grupos: estos dos últimos eran fáciles de distinguir por su traje y por cierto aire que no se observa en los otros: vienen en su mayoría del

Ateneo Municipal y entre ellos vemos al poeta Isagani explicando á un compañero la teoría de la refracción de la luz. En un grupo se discutía, se disputaba, se citaban frases del profesor, textos del libro, principios escolásticos; en otro gesticulaban con los libros agitándolos en el aire, se demostraba con el bastón trazando figuras sobre el suelo; más allá, entretenidos en observar á las devotas que van á la vecina iglesia, los estudiantes hacen alegres comentarios. Una vieja, apoyada en una joven, cojea devotamente, la joven camina con los ojos bajos, tímida y avergonzada de pasar delante de tantos observadores; la vieja levanta la falda color de café, de las Hermanas de Santa Rita, para enseñar unos pies gorditos y unas medias blancas, riñe á su compañera y lanza miradas furiosas á los curiosos.

—¡ Saragates! gruñe, ¡ no les mires, baja los ojos!

Todo llama la atención, todo ocasiona bromas y comentarios.

Ora es una magnífica victoria que se para junto á la puerta para depositar á una familia devota; van á visitar á la Virgen del Rosario en su día favorito; los ojos de los curiosos se afilan para espiar la forma y el tamaño de los pies de las señoritas al saltar del coche; ora es un estudiante que sale de la puerta con la devoción aún en el rostro: ha pasado por el templo para rogar á la Virgen le hiciese comprensible la lección, para ver si está la novia, cambiar algunas miradas con ella é irse á clase con el recuerdo de sus amantes ojos.

Mas en los grupos se nota cierto movimiento, cierta espectación, é Isagani se interrumpe y palidece. Un coche se ha detenido junto á la puerta: la pareja de caballos blancos es bien conocida. Es el coche de la Paulita Gómez y ella ha saltado ya en tierra, ligera como un ave, sin dar tiempo á que los pícaros le vieran el pie. Con un gracioso movimiento del cuerpo y un pase de mano se arregla los pliegues de la saya, y con una mirada rápida y como descuidada ha visto á Isagani, ha saludado y ha sonreído. Doña Victori-

na baja á su vez, mira al través de sus quevedos, ve á Juanito Peláez, sonrío y le saluda afablemente.

Isagani, rojo de emoción, contesta con un tímido saludo; Juanito se dobla profundamente, se quita el sombrero y hace el mismo gesto que el célebre cómico y caricato Panza cuando recibe un aplauso.

—¡Mecachis! ¡qué chica! exclama uno disponiéndose á partir; decid al catedrático que estoy gravemente enfermo.

Y Tadeo, que así se llamaba el enfermo, entró en la iglesia para seguir á la joven.

Tadeo va todos los días á la Universidad para preguntar si hay clase y cada vez se extraña más y más de que la haya: tiene cierta idea de una *cuacha* latente y eterna y la espera venir de un día á otro. Y todas las mañanas, después de proponer en vano que hagan novillos, se marcha pretextando grandes ocupaciones, compromisos, enfermedades, precisamente en el momento mismo en que sus compañeros entran en la clase. Pero por no se sabe qué arte de birlibirloque, Tadeo aprueba cursos, es querido de los profesores y tiene delante un hermoso porvenir.

Entretanto un movimiento se inicia y los grupos empiezan á moverse; el catedrático de Física y Química ha bajado á clase. Los alumnos, como burlados en sus esperanzas, se dirigieron al interior del edificio dejando escapar exclamaciones de descontento. Plácido Penitente sigue á la multitud.

—¡Penitente, Penitente! le llamó uno con cierto misterio; ¡firma esto!

—Y ¿qué es eso?

—¡No importa, fírmalo!

A Plácido le pareció que le tiraban de las orejas; tenía presente en la memoria la historia de un cabeza de barangay de su pueblo, que por haber firmado un documento que no conocía, estuvo preso meses y meses y por poco fué deportado. Un tío suyo, para grabarle la lección en la memoria, le había dado un fuerte tirón de orejas. Y siempre que oía hablar de firmas se reproducía en los cartílagos de sus orejas la sensación recibida.

—Chico, dispensa, pero no firmo nada sin enterarme antes.

—¡Qué tonto eres! si lo firman dos *carabineros celestiales*, ¿qué tienes que temer?

El nombre de *carabineros celestiales* infundía confianza. Era una sagrada compañía, creada para ayudar á Dios en la guerra con el espíritu del mal, y para impedir la introducción del contrabando herético en el mercado de la Nueva Sión.

Plácido iba ya á firmar para acabar porque tenía prisa: sus compañeros rezaban ya el *O Thoma*, pero le pareció que su tío le cogía de la oreja, y dijo:

—¡Después de clase! quiero leerlo antes.

—Es muy largo, ¿entiendes? se trata de dirigir una contrapetición, mejor dicho, una protesta. ¿Entiendes? Makaraig y algunos han solicitado que se abra una academia de castellano, lo cual es una verdadera tontería...

—¡Bien, bien! chico, luego será, que ya están empezando, dijo Plácido tratando de escaparse.

—¡Pero si vuestro profesor no lee la lista!

—Sí, sí, que la lee á veccs. ¡Después, después! Además... yo no quiero ir en contra de Makaraig.

—Pero si no es ir en contra, es solamente...

Plácido ya no oía, ya estaba lejos y andaba de prisa dirigiéndose á su clase. Oyó diferentes *¡adsum! ¡adsum!* ¡carambas, se leía la lista!... apretó los pasos y llegó precisamente á la puerta cuando estaban en la letra *Q*.

—*¡Tinamáan ng...!* murmuró mordiéndose los labios.

Vaciló sobre si entrar ó no: la raya ya estaba puesta y no se la iban á borrar. A la clase no se va para aprender sino para no tener la *raya*; la clase se reducía á hacer decir la lección de memoria, leer el libro y, cuando más, á una que otra preguntita abstracta, profunda, capciosa, enigmática; es verdad que no falta el sermoncito ¡el de siempre! sobre la humildad, la sumisión, el respeto á los religiosos y él, Plácido, era humilde, sumiso y respetuoso. Iba á marcharse ya, pero se acordó de que los exámenes se acercaban

y su profesor no le había preguntado todavía ni parecía haberse fijado en él: ¡buena ocasión era aquella para llamar la atención y ser conocido! Ser conocido es tener el año ganado, pues si no cuesta nada suspender á uno que no se conoce, se necesita tener duro el corazón para no impresionarse ante la vista de un joven que con su presencia reprocha diariamente la pérdida de un año de su vida.

Plácido entró, pues, y no sobre la punta de los pies como solía hacer, sino metiendo ruido con sus tacones. Y ¡demasiado consiguió su intento! El catedrático le miró, frunció las cejas y agitó la cabeza como diciendo:

—¡ Insolentillo, ya me las pagarás!

XIII

LA CLASE DE FÍSICA

La clase era un gran espacio rectangular, con grandes ventanas enrejadas que daban paso abundante al aire y á la luz. A lo largo de los muros se veían tres anchas gradas de piedra cubiertas de madera, llenas de alumnos colocados en orden alfabético. Hacia el extremo opuesto á la entrada, debajo de una estampa de Santo Tomás de Aquino, se levantaba la cátedra del profesor, elevada, con dos escaleritas á ambos costados. Exceptuando un hermoso tablero con marco de narra sin usar casi, pues en él continuaba aún escrito el *¡viva!* que apareció desde el primer día, no se veía allí ningún mueble útil ó inútil. Las paredes, pintadas de blanco y protegidas en parte por azulejos para evitar roces, estaban enteramente desnudas: ni un trazado, ni un grabado, ni un esquema siquiera de un instrumento de Física. Los alumnos no tenían necesidad de más, nadie echaba de menos la enseñanza práctica de una ciencia eminentemente experimental; por años y años se ha enseñado así y Filipinas no se ha trastornado, al contrario continúa como siempre. Alguna que otra vez bajaba del cielo un instrumentillo que se enseñaba de lejos á la clase, como el Santísimo á los fieles prosternados, mírame y no me toques. De época en época, cuando venía algún profesor complaciente, se señalaba un día del año para visitar el misterioso Gabinete y admirar desde fuera los enigmáticos aparatos, colocados dentro de los armarios; nadie se podía quejar; aquel día se veía mucho latón, mucho cristal, muchos tubos,

discos, ruedas, campanas, etc. ; y la feria no pasaba de allí, ni Filipinas se trastornaba. Por lo demás, los alumnos están convencidos de que aquellos instrumentos no se han comprado para ellos ; buenos tontos serían los frailes. El Gabinete se ha hecho para enseñárselo á los extranjeros y á los grandes empleados que venían de la Península, para que al verlo muevan la cabeza con satisfacción mientras que el que les guía sonríe como diciendo :

—¿Eh? ¿ustedes se han creído que se iban á encontrar con unos monjes atrasados? ; Pues estamos á la altura del siglo ; tenemos un Gabinete!

Y los extranjeros y los grandes empleados, obsequiados galantemente, escribían después en sus *viajes ó memorias* que *La Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila, á cargo de la ilustrada orden dominicana, posee un magnífico Gabinete de Física para la instrucción de la juventud... Cursan anualmente esta asignatura unos doscientos cincuenta alumnos, y sea por apatia, indolencia, poca capacidad del indio ú otra causa cualquiera etnológica ó suprasensible... hasta ahora no ha despuntado un Lavoisier, un Secchi ni un Tyndall, siquiera en miniatura de la raza melayo-filipina!!!*

Sin embargo, para ser exactos, diremos que en este Gabinete tienen sus clases los treinta ó cuarenta alumnos de *ampliación* y por cierto bajo la dirección de un catedrático que cumple bastante con su deber, pero, procediendo la mayor parte de éstos del Ateneo de los jesuitas, donde la ciencia se enseña prácticamente en el gabinete mismo, su utilidad no resulta grande como lo sería si se aprovecharan de él los doscientos cincuenta que pagan su matrícula, compran su libro, estudian y emplean un año para después no saber nada. Resulta de ello que, exceptuando algún raro *capista* ó sirviente que tuvo á su cargo los museos durante años y años, jamás se supo de ninguno que haya sacado provecho de las lecciones de memoria con tanto trabajo aprendidas.

Pero volvamos á nuestra clase.

El catedrático era un dominico joven, que había

desempeñado con mucho rigor y excelente nombre algunas cátedras en el colegio de San Juan de Letrán. Tenía fama de ser tan gran dialéctico como profundo filósofo y era uno de los de más porvenir en su partido. Los viejos le consideraban, y le envidiaban los jóvenes, porque entre ellos también existen partidos. Era aquél el tercer año de su profesorado, y aunque era el primero en que explicaba Física y Química, pasaba ya por ser un sabio no sólo entre los complacientes estudiantes sino también entre los otros nómadas profesores. El P. Millón no pertenecía al vulgo de los que cada año cambian de cátedra para tener ciertos conocimientos científicos, alumnos entre otros alumnos sin más diferencia que la de cursar una sola asignatura, preguntar en vez de ser preguntados, entender mejor el castellano y no examinarse al fin del curso. El P. Millón profundizaba la ciencia, conocía la Física de Aristóteles y la del P. Amat; leía atentamente el *Ramos* y de cuando en cuando echaba un vistazo al *Ganot*. Con todo, sacudía muchas veces la cabeza con aire de duda, sonreía y murmuraba: *transeat*. En cuanto á Química, se le atribuían poco vulgares conocimientos desde que, fundándose en un dicho de Santo Tomás de que el agua era una mezcla, probó palmariamente que el Angélico Doctor se había con mucho anticipado á los Berzelius, Gay Lussac, Bunsen y otros materialistas más ó menos presumidos. No obstante, á pesar de haber sido profesor de Geografía, todavía conservaba ciertas dudas de la redondez de la tierra y se sonreía con malicia al hablar de los movimientos de rotación y revolución en torno del sol, recitando:

El mentir de las estrellas
Es un cómodo mentir...

Se sonreía con malicia ante ciertas teorías físicas y tenía por visionario cuando no por loco al jesuita Secchi imputándole el trazar triangulaciones sobre la hostia como efecto de sus manías astronómicas, por cuya causa, decía, le prohibieron decir misa; muchos

notaron también en él cierta inquina contra la ciencia que explicaba, pero tales lunares son pequeñeces, preocupaciones de escuela y religión y se explican fácilmente no sólo porque las ciencias físicas sean eminentemente prácticas, de pura observación y deducción, mientras su suerte estaba en las filosóficas, puramente especulativas, de abstracción é inducción, sino también porque, á fuer de buen dominico, amante de las glorias de su orden, no podía sentir cariño por una ciencia en que ninguno de sus hermanos había sobresalido; era él el primero en creer en la Química de Santo Tomás! y en que tantas glorias habían conquistado órdenes enemigas, digamos sus rivales.

Este era el profesor que aquella mañana, leída la lista, mandaba decir la lección de memoria, al pie de la letra, á muchos de los alumnos. Los fonógrafos funcionaban, unos bien, otros mal, otros tartamudeaban, se apuntaban. El que la decía sin falta se ganaba una *raya buena*, y una *mula* el que cometía más de tres equivocaciones.

Un chico gordo, con cara de sueño y cabellos tiesos y duros como barbas de un cepillo, bostezaba hasta dislocarse la mandíbula y se desperezaba extendiendo los brazos, lo mismo como si estuviese en su cama. Vióle el catedrático y quiso asustarle.

—¡Oy! tú, dormilón, ¡abá! ¿cosa? Perezoso también, seguro tú no sabe la lección, ¿ja?

El P. Millón no sólo tuteaba á todos los estudiantes como buen fraile, sino les hablaba además en lengua de tienda, práctica que aprendió del catedrático de Cánones. Si el Reverendo quería con ello rebajar á los alumnos ó á los sagrados decretos de los concilios es cuestión no resuelta todavía, á pesar de lo mucho que sobre ello se ha discutido.

La interpelación, en vez de indignar á la clase, hizo gracia y muchos se rieron: era una cosa de todos los días. Sin embargo, el dormilón no se rió; levantóse de un salto, se restregó los ojos, y como si una máquina de vapor hiciese girar el fonógrafo, empezó á recitar:

--«Se da el nombre de espejo á toda superficie pu-

limentada, destinada á producir por la reflexión de la luz las imágenes de los objetos situados delante de dicha superficie; por las substancias que forman estas superficies se dividen en espejos metálicos y espejos de cristal...»

—¡Para, para, para! interrumpió el catedrático; ¡Jesús qué matraca!... Estamos en que los espejos se dividen en metálicos y de cristal ¿ja? Y si yo te presentase una madera, el *kamagong* por ejemplo, bien pulimentada y barnizada, ó un pedazo de mármol negro bien bruñado, una capa de azabache que reflejase las imágenes de los objetos colocados delante, ¿cómo clasificarías tú esos espejos?

El preguntado, ya porque no supiese qué responder ó no entendiase la pregunta, intentó salir del paso demostrando que sabía la lección y continuó como un torrente:

—«Los primeros son formados por el latón ó por una aleación de diferentes metales y los segundos son formados por una lámina de cristal, cuyas dos superficies están muy bien pulimentadas y una de ellas tiene adherida una amalgama de estaño.»

—¡Tun, tun, tun! no es eso; ¡te digo *dominus vobiscum* y me contestas *requiescat in pace!*

Y el buen catedrático repitió la pregunta en lengua de tienda, insertando *cosas* y *abás* á cada momento.

El pobre joven no salía de apuros: dudaba si incluir el kamagón entre los metales, el mármol entre los cristales y el azabache dejarlo como neutro, hasta que su vecino Juanito Peláez le apuntó disimuladamente:

—¡El espejo de kamagón entre los espejos de madera!...

El incauto lo repite y media clase se desternilla de risa.

—¡Buen kamagón estás tu! le dice el catedrático riendo á su pesar. Vamos á ver á qué llamarías tú espejo: á la superficie *per se*, *in quantum est superficies* ó al cuerpo que forma esta superficie, la materia prima, modificada por el accidente superficie, porque, claro está, siendo la superficie accidente á los cuer-

pos no puede existir sin substancia. Vamos á ver: ¿qué dices?

—¿Yo? ¡Nada! iba á contestar el infeliz que ya no sabía de qué se trataba aturdido por tantas superficies y tantos accidentes que le martilleaban cruelmente el oído, pero un instinto de pudor le detuvo y, lleno de angustia y empezando á sudar, púsose á repetir entre dientes:

—Se da el nombre de espejo á toda superficie pulimentada...

—*Ergo, per te*, el espejo es la superficie, pescó el catedrático. Pues bien, resuélveme esta dificultad. Si la superficie es el espejo, indiferente debe ser á la esencia del espejo cuanto detrás de esta superficie se pueda encontrar, puesto que lo que está detrás no afecta á la esencia de lo que está delante, *id est*, de la superficie, *quæ super faciem est, quia vocatur superficies facies ea quæ supra videtur*; ¿concedes ó no lo concedes?

Los cabellos del pobre joven aun se pusieron más tiesos como animados de una fuerza ascensional.

—¿Concedes ó no concedes?

—Cualquier cosa, lo que usted quiera, Padre, pensaba él, pero no se atrevía á decirlo de temor se riesen. Aquello se llamaba apuro y jamás las había visto tan gordas. Tenía cierta vaga idea de que á los frailes no se les podía conceder la cosa más inocente sin que de ella sacasen todas las consecuencias y provechos imaginables; díganlo sino sus haciendas y sus curatos. Así que su ángel bueno le sugería negase cualquier cosa con toda la energía de su alma y la rebeldía de sus cabellos, y estaba ya para soltar un soberbio *¡nego!* y porque quien niega todo no se compromete á nada, le había dicho cierto oficial de un juzgado; mas, la mala costumbre de no escuchar la voz de la propia conciencia, de tener poca fe en la gente de curia y buscar auxilio en los otros cuando se basta uno solo, le perdieron. Los compañeros hacían señas de que lo concediese, sobre todo Juanito Peláez, y dejándose llevar de su mal sino, soltó un

«concedo Padre» con voz tan desfallecida como si dijese: *In manus tuas commendo spiritum meum.*

—*Concedo antecedentem*, repitió el catedrático sonriendo maliciosamente; *ergo*, puedo raspar el azogue de un espejo de cristal, substituirlo por un pedazo de *bibinka* y siempre tendremos el espejo, ¿ja? ¿Qué tendremos?

El joven miró á sus inspiradores y viéndolos atónitos y sin saber qué decir, se dibujó en su cara el más amargo reproche. *Deus meus, Deus meus, quare deliquiste me*, decían los atribulados ojos mientras que sus labios murmuraban: ¡*linintikan!* En vano sería, estiraba la pechera de su camisa, se apoyaba sobre un pie, luego sobre otro, no encontraba solución.

—Vamos, ¿qué tenemos? repetía el catedrático gozándose en el efecto de su argumento.

—¡*La bibinka!* soplabá Juanito Peláez, ¡*la bibinka!*

—¡Cállate, bobo! gritó al fin desesperado el joven que quería salir del apuro transformándolo en querebella.

—¡A ver, Juanito, si me resuelves la cuestión! preguntó entonces el catedrático á Peláez.

Peláez, que era uno de sus favoritos, se levantó lentamente no sin dar antes un codazo á Plácido Penitente, que era el que le seguía por orden de lista. El codazo quería decir:

—¡Atención y apúntame!

—¡*Nego consequentiam*, Padre! contestó resueltamente.

—¡Hola, pues *probo consequentiam!* *Per te*, la superficie pulimentada constituye la esencia del espejo...

—¡*Nego suppositum!* interrumpió Juanito al sentir que Plácido le tiraba de la americana.

—¿Cómo? *Per te...*

—¡*Nego!*

—*Ergo* ¿tú opinas que lo que está detrás influye sobre lo que está delante?

—¡*Nego!* gritó con más ardor todavía, sintiendo otro tirón de su americana.

Juanito ó mejor Plácido, que era el que le apunta-

ba, empleaba sin sospechar la táctica china: no admitir al más inocente extranjero para no ser invadido.

—¿En qué quedamos, pues? preguntó el catedrático algo desconcertado y mirando con inquietud al intransigente alumno; ¿influye ó no influye la substancia que está detrás, sobre la superficie?

Ante esta pregunta precisa, categórica, especie de *ultimátum*, Juanito no sabía qué responder y su americana no le sugería nada. En vano hacía señas con la mano á Plácido; Plácido estaba indeciso. Juanito aprovechóse de un momento en que el catedrático miraba á un estudiante que se quitaba disimuladamente las botinas que le venían muy apretadas, y dió un fuerte pisotón á Plácido, diciendo:

—¡ Sóplame, anda, sóplame!

—Distingo... ¡ Aray! ¡ qué bruto eres! gritó sin querer Plácido mirándole con ojos iracundos, mientras se llevaba la mano á sus botinas de charol.

El catedrático oyó el grito, les vió y adivinó de qué se trataba.

—¡ Oy, tú! espíritu sastre, le interpeló; yo no te pregunto á ti, pero ya que te precias de salvar á los demás, á ver, sálvate á ti mismo, *salva te ipsum*, y resuélveme la dificultad.

Juanito se sentó muy contento, y en prueba de agradecimiento sacóle la lengua á su apuntador. Este entretanto, rojo de vergüenza, se levantó y murmuró ininteligibles excusas.

Consideróle por un momento el P. Millón como quien saborea con la vista un plato. ¡ Qué bueno debía ser humillar y poner en ridículo á aquel mozo coquetón, siempre bien vestido, la cabeza erguida y la mirada serena! Era una obra de caridad; así es que el caritativo catedrático se dedicó á ella con toda conciencia repitiendo lentamente la pregunta:

—El libro dice, que los espejos metálicos están formados por el latón ó por una aleación de diferentes metales ¿es cierto ó no es cierto?

—Lo dice el libro, Padre...

—*Liber dixit ergo ita est*; no vas á pretender saber más que el libro... Añade después que los espejos

de cristal están formados por una lámina de cristal cuyas dos superficies están muy pulimentadas, teniendo en una de ellas adherida una amalgama de estaño; *nota bene!* una amalgama de estaño. ¿Es esto cierto?

—Si lo dice el libro, Padre...

—¿El estaño es un metal?

—Parece que sí, Padre; lo dice el libro.

—Lo es, lo es, y la palabra amalgama quiere decir que va unida al mercurio que también es otro metal. *Ergo* un espejo de cristal es un espejo de metal; *ergo* los términos de la división se confunden, *ergo* la clasificación es viciosa, *ergo*... ¿Cómo te explicas tú, *espíritu-sastre?*

Y marcaba los *ergos* y los *tues* con una fruición indecible y guiñaba el ojo como diciendo: ¡estás frito!

—Es que... es decir que... balbuceaba Plácido.

—Es decir que no has comprendido la lección, ¡espíritu mezquino que no te entiendes y soplas al vecino!

La clase no se indignó; al contrario, muchos encontraron el consonante gracioso y se rieron. Plácido se mordió los labios.

—¿Cómo te llamas tú? preguntóle el catedrático.

—Plácido, contestó secamente.

—¡Ajá! Plácido Penitente, pues más pareces Plácido Soplón ó Soplado. Pero te voy á imponer penitencia por tus *sopladurías*.

Y feliz con el juego de palabras, le mandó dijese la lección. El joven, en el estado de ánimo en que se encontraba, cometió más de tres faltas. El catedrático entonces, moviendo la cabeza de arriba abajo, abrió lentamente la lista y con toda pausa la fué recorriendo mientras repetía el nombre en voz baja.

—Palencia... Palomo... Panganiban... Pedraza... Pelado... Peláez... Penitente, ¡ajá! Plácido Penitente, quince faltas voluntarias de asistencia...

Plácido se irguió:

—¿Quince faltas, Padre?

—Quince faltas voluntarias de asistencia, continua-

ba el catedrático; con que no te falta más que una para ser borrado.

—¿Quince faltas, quince faltas? repetía Plácido aturdido; no he faltado más que cuatro veces y con hoy cinco; ¡si acaso!

—¡Júsito, júsito, señolia! contestó el catedrático examinando al joven por encima de sus gafas de oro. Confiesas que has faltado cinco veces y, sabe Dios, si no has faltado más. *Atqui* como leo la lista muy raramente, y cada vez que le cojo á uno le pongo cinco rayitas, *ergo*, ¿cuántas son cinco por cinco? ¡A que te has olvidado de la tabla de multiplicar! ¿Cinco por cinco?

—Veinticinco...

—¡Júsito, júsito! De manera que todavía te dragas diez, porque no te he pillado más que tres veces... ¡Uy! si te pilló en todas... Y ¿cuántas son tres por cinco?

---Quince...

—¡Quince, parejo camarón con cangrejo! concluyó el catedrático cerrando la lista; si te descuidas una más, ¡*sulang!* ¡*apuera de la fuerte!* ¡Ah! y ahora una faltita de lección diaria.

Y abrió de nuevo la lista, y buscó el nombre y puso la rayita.

¡Vaya ¡una rayita! decía; ¡cómo no tienes aún ninguna!

—Pero, Padre, exclamaba Plácido conteniéndose; ¡si Vuestra Reverencia me pone la falta de lección, Vuestra Reverencia me debe borrar las de asistencia que me ha puesto por este día!

La Reverencia no respondió; consignó primero lentamente la falta, la contempló ladeando la cabeza, la rayita debía ser artística, dobló la lista y después con toda sorna preguntó:

—¡Abá! ¿y por qué, ñol?

—Porque no se concibe, Padre, que uno pueda faltar á clase y al mismo tiempo decir la lección en ella... Vuestra Reverencia dice que, estar y no estar...

—¡Nacú! ¡metapísico pa, prematuro no más! Con que no se concibe, ¿ja? *Sed patet experiētiā y contra*

experientiam negantem, fusilibus est argüendum, ¿entiendes? ¿Y no concibes tú, cabeza de filósofo, que se puede faltar á clase y no saber la lección al mismo tiempo? ¿Es que la no asistencia implica necesariamente la ciencia? ¿Qué me dices, filosofastro?

Este último mote fué la gota de agua que hizo desbordar la vasija. Plácido, que entre sus amigos tenía fama de filósofo, perdió la paciencia, arrojó el libro, se levantó y se encaró con el catedrático:

—¡Bastante, Padre, bastante! Vuestra Reverencia me puede poner las faltas que quiera, pero no tiene derecho á insultarme. Quédese Vuestra Reverencia con su clase, que yo no aguanto más.

Y sin más despedida, salió.

La clase estaba aterrada: semejante acto de dignidad no se veía casi nunca: ¿quién se iba á figurar que Plácido Penitente...? El catedrático, sorprendido, se mordió los labios y le vió alejarse moviendo la cabeza algo amenazador. Con voz temblorosa empezó entonces el sermón sobre el mismo tema de siempre, aunque con más energía y más clocuencia pronunciado. Versaba sobre el naciente orgullo, la innata ingratitud, la presunción, el poco respeto á los superiores, la soberbia que el espíritu de las tinieblas infundía en los jóvenes, la poca educación, la falta de cortesanía, etc., etc. De allí pasó á echar pullas y sarcasmos sobre la pretensión que tenían algunos *sopladillos* de enseñar á sus maestros levantando una academia para la enseñanza del castellano.

—¡Ja, ja! decía; ¿esos que antes de ayer apenas sabían decir *sí, Padre, no, Padre*, quieren ahora saber más que los que han encanecido enseñando? ¡El que quiere aprender, aprende, con academias ó sin ellas! ¡Seguramente ese, ese que acaba de salir es uno de los del proyecto! ¡Bueno está el castellano con semejantes partidarios! ¿De dónde habéis de sacar el tiempo para frecuentar la academia si apenas tenéis lo bastante para cumplir con los deberes de la clase? Nosotros queremos que sepáis todos el español y que lo pronunciéis bien para que no os rompáis los tímpanos con vuestros giros y vuestras pes, pero pri-

mero la obligación y después la devoción; cumplid antes con vuestros estudios y aprended después el castellano y meteos á escritores si os da la gana...

Y así siguió hablando y hablando hasta que tocó la campana y se terminó la clase, y los doscientos treinta y cuatro alumnos, después de rezar, salieron tan ignorantes como cuando entraron, pero respirando como si se hubiesen quitado un inmenso peso de encima. Cada joven había perdido una hora más en su vida, y con ella una parte de su dignidad y de la consideración á sí mismo y en cambio ganaba terreno el desaliento, el desamor al estudio y el resentimiento en los corazones. ¡Después de esto pedirles ciencia, dignidad, gratitud!

¡De nobis, post hæc, tristis setentia fertur!

Y como los doscientos treinta y cuatro, pasaron sus horas de clase los miles y miles de alumnos que les precedieron, y, si las cosas no se arreglan, pasarán todavía los que han de venir y se embrutecerán, y la dignidad herida y el entusiasmo de la juventud viciado se convertirán en odio y en pereza, como las olas que, volviéndose fangosas en cierta parte de la playa, se suceden unas á otras dejando cada vez mayor sedimento de basura. Empero, Aquél, que ve desde la eternidad las consecuencias de un acto desenvolverse como un hilo en el trascurso de los siglos, Aquél, que pesa el valor de un segundo y ha impuesto para sus criaturas como primera ley el progreso y la perfección, Aquél, si es justo, pedirá estrecha cuenta á quien debiere rendirla, de los millones de inteligencias obscurecidas y cegadas, de la dignidad humana rebajada en millones de criaturas y del incontable número de tiempo perdido y trabajo malogrado! ¡Y si las doctrinas del Evangelio tienen su fondo de verdad, tendrán también que responder los millones y millones que no supieron guardar la luz de su inteligencia y la dignidad de su espíritu, como el señor pide cuenta al siervo de los talentos que se dejó cobardemente robar!

XIV

UNA CASA DE ESTUDIANTES

Era digna de visitarse la casa donde vivía Makaraig.

Grande, espaciosa, con dos pisos entresuelos provistos de elegantes rejas, parecía un colegio en las primeras horas de la mañana y un pandemonium de las diez en adelante. Durante las horas de recreación de los pupilos, desde que se entra en el espacioso zaguán hasta que se llega al piso principal, bullen la risa, la algazara y el movimiento. Jóvenes en traje ligero de casa juegan á la *sipa*, hacen ejercicios gimnásticos, valiéndose de trapecios improvisados: en las escaleras se sostiene un asalto entre ocho ó nueve, armados de bastones, picas, ganchos y lazos, pero asaltantes y asaltados no se hacen daño por lo general; los golpes paran de rebote sobre la espalda del chino tendero que en la escalera vende comistrajos é indigestos pasteles. Multitud de niños le rodean, le tiran de la coleta ya deshecha y desarreglada, le arrebatan un pastel, le regatean el precio y le hacen mil diabluras. El chino grita, jura y perjura en todos los idiomas que chapurrea, incluso en el suyo, lloriquea, ríe, suplica, pone buena cara cuando la mala de nada le sirve y viceversa.

—¡ Ah, malo esi—Vo cosiesia—No quilistiano—Uste limoño—Salamaje!—¡ tusu, tusu! etc.

—¡ Piff, paff! ¡ no importa! Vuelve la cara sonriente; si sólo sobre sus espaldas recibe los bastonazos continúa impertérrito su comercio, contentándose con gritar:— «No jugalo, ¿eh? ¡ no jugalo!» pero si los

recibe sobre el *bilaw* que contiene sus pastas, entonces, jura no volver, arroja por la boca todas las imprecaciones y maldiciones imaginables; los muchachos redoblan para hacerle rabiarse más y cuando ven ya la fraseología agotada, y están satisfechos de tanta *jopia* y pepita de sandía salada, entonces le pagan religiosamente y el chino se marcha contento, riendo, guiñando, y recibe como caricias los ligeros bastonazos que los estudiantes le propinan á guisa de despedida.

—¡¡ Huaya, homia!!

Conciertos de piano y violín, de guitarra y acordeón, alternan con el chocar repetido de bastones de las lecciones de esgrima. En torno de una ancha y larga mesa los alumnos del Ateneo escriben, hacen sus composiciones, resuelven sus problemas al lado de otros que escriben á sus novias en rosados papeles calados, llenos de dibujos; uno compone un melodrama al lado del que aprende la flauta y los consonantes nacen silbados desde un principio. Más allá, los mayores, estudiantes de facultad que lucen calcetines de seda y zapatillas bordadas, se entretienen en hacer rabiarse á los pequeñuelos tirándoles de las orejas, ya rojas de tanto recibir papirotazos; dos ó tres sujetan á un pequeñito que grita, llora y defiende á puntapiés los cordones de su calzoncillo: cuestión de ponerle como cuando nació... pataleando y llorando. En un cuarto, alrededor de una mesa velador, cuatro juegan al reversino entre risas y bromas con gran impaciencia de uno que hace de estudiar la lección pero que en realidad espera que le llegue el turno para jugar á su vez. Otro viene con grandes aspavientos, muy escandalizado y se acerca á la mesa.

—¡ Qué viciosos sois! dice; ¡ tan de mañana y ya al juego! ¡ A ver, á ver! ¡ Tonto! ¡ arrastra con el tres de espadas!

Y cierra su libro y se pone también á jugar.

Se oyen gritos, resuenan golpes. Dos se han peleado en el vecino cuarto: un estudiante cojo muy picón y un infeliz recién llegado de provincias. Este, que apenas principia á estudiar, da con un tratado de filo-

sofia y lee en voz alta, inocentemente y acentuándolo mal el principio cartesiano:

—*Cogito, ergo sum!*

El cojo se da por insultado, los otros intervienen poniendo paz, pero en realidad metiendo cizaña, y acaban por pegarse.

En el comedor un joven con una lata de sardinas, una botella de vino y las provisiones que acaba de traer de su pueblo, hace heroicos esfuerzos para que sus amigos participen de su tente-en-pie, mientras que los amigos oponen á su vez otra heroica resistencia. Otros se bañan en la azotea, y con el agua del pozo se dedican á ejercicios de bomberos, traban combate á calderadas de agua con gran contento de los espectadores.

Pero el ruido y la algazara cesan paulatinamente á medida que llegan caracterizados estudiantes, convocados por Makaraig para darles cuenta de la marcha de la Academia de castellano. Isagani fué saludado cordialmente lo mismo que el peninsular Sandoval, que vino de empleado á Manila y concluía sus estudios, completamente identificado con las aspiraciones de los estudiantes filipinos. Las barreras que la política establece entre razas, desaparecen en las aulas como derretidas al calor de la ciencia y de la juventud.

A falta de Ateneos y centros científicos, literarios ó políticos, Sandoval aprovecha todas las reuniones para desarrollar sus grandes dotes oratorias, pronunciando discursos, discutiendo sobre cualquier tema y arrancando aplausos de sus amigos y oyentes. En aquellos momentos el tema de la conversación era la enseñanza del castellano.

Como Makaraig no había llegado aún, las conjeturas estaban á la orden del día.

—¿Qué habrá pasado?—¿Qué ha dispuesto el general?—

—¿Ha negado el permiso?—¿Triunfó el P. Irene?
—¿Triunfó el P. Sibyla?

Estas eran las preguntas que se dirigían unos á

otros, preguntas cuyas respuestas sólo podía dar Makaraig.

Entre los jóvenes reunidos los había optimistas como Isagani y Sandoval que veían la cosa hecha y hablaban de plácemes y alabanzas del gobierno para el patriotismo de los estudiantes, optimismos que le hacían á Juanito Peláez reclamar para sí gran parte de la gloria en la creación de la sociedad. A todo esto respondía el pesimista Pecson, un gordinflón con risa amplia de calavera, hablando de extrañas influencias, de si el Obispo A., el Padre B., el Provincial C., fueron ó no consultados y de si aconsejaron ó no que metiese en la cárcel á todos los de la asociación, noticia que ponía inquieto á Juanito Peláez, quien entonces tartamudeaba:

—Carambas, no me metan ustedes...

Sandoval, á fuer de peninsular y liberal, se ponía furioso:

—Pero, ¡p—! decía; ¡eso es tener mala opinión de su excelencia! Ya sé que es muy frailuno, pero en cuestión semejante no se deja influir de los frailes. ¿Me querrá usted decir, Pecson, en qué se funda para creer que el general no tiene propio criterio?

—No digo eso, Sandoval, contestaba Pecson sonriendo hasta enseñar su muela de juicio; el general para mí tiene *propio* criterio, esto es, el criterio de todos los que están al alcance de su mano... ¡Eso está claro!

—¡Dale bola! ¡Pero cíteme usted un hecho, cíteme un hecho! gritaba Sandoval; seamos enemigos de las discusiones huecas, de las frases vacías y vayamos al terreno de los hechos, añadía gesticulando elegantemente. Hechos, señores, hechos, lo demás es preocupación, que no quiero llamar filibustera.

Pecson se ríe como un bendito y le interrumpe.

—¡Ya está el filibusterismo! ¿Pero es que no se puede discutir sin acudir á acusaciones?

Sandoval protesta, y pide hechos componiendo un pequeño discurso.

—Pues hace poco hubo aquí un pleito entre unos particulares y ciertos frailes, y el general interino lo

falló, haciendo que lo sentenciase el Provincial de la orden litigante, contestó Pecson.

Y se echó otra vez á reir como si se tratase de una cosa inocente. Citaba nombres, fechas, y prometía traer documentos que prueban la manera cómo se administró justicia.

—Pero ¿en qué podrán fundarse, dígame usted, en qué podrán fundarse para no permitir lo que salta á los ojos como altamente útil y necesario? preguntó Sandoval.

Pecson se encogió de hombros.

—En que peligra la integridad de la patria... repuso en el tono de una curial que lee un alegato.

—¡Esa sí que es gorda! ¿Qué tiene que ver la integridad de la patria con las leyes de la sintaxis?

—Doctores tiene la Santa Madre Iglesia... ¿Qué sé yo? acaso se tema que comprendamos las leyes y las podamos obdecir... ¿Qué será de Filipinas el día en que nos comprendamos los unos á los otros?

A Sandoval no le gustaba el giro dialogado y guasón de la conversación. Por aquel camino no podía asomar ningún discurso que valga la pena.

—No tome usted á guasa las cosas, exclamó; se trata de cosas muy serias.

—¡Libreme Dios de guascarme cuando hay frailes de por medio!

—Pero, ¿y en qué pueden basarse...?

—En que teniendo que ser nocturnas las horas de clase, continuó Pecson con el mismo tono como si se tratase de fórmulas conocidas y sabidas, se puede invocar como inconveniente la inmoralidad como con la escuela de Malolos...

—¡Otra! Pues, ¿y no se cobijan acaso bajo el manto obscuro de la noche las clases de la Academia de Dibujo, y los novenarios y procesiones?...

—Atenta á la dignidad de la Universidad, continuó el gordo sin hacer caso de la observación.

—¡Que atente! la Universidad tiene que plegarse á las necesidades de los estudiantes. Y á ser eso cierto ¿qué es Universidad entonces? ¿Es una institución para que no se aprenda? ¿Se han reunido acaso unos

cuantos hombres apellidando ciencia é instrucción para impedir que se instruyan los otros?

—Es que las iniciativas que vienen de abajo se llaman descontento...

—Y proyectos las que vienen de arriba, insinuó otro: ¡ahí está la Escuela de Artes y Oficios!

—Poco á poco, señores, dijo Sandoval; yo no soy fraileiro, conocidas son mis ideas liberales, ¡pero al César lo que es del César! De esa Escuela de Artes y Oficios, de la que soy el defensor más entusiasta y cuya realización habré de saludar como la primera aurora para estas bienaventuradas islas, de esa Escuela de Artes y Oficios se han encargado los frailes...

—O el perro del hortelano que es lo mismo, añadió Pecson interrumpiendo otra vez el discurso.

—Vamos, ¡p—! dijo Sandoval furioso por la interrupción y perdiendo el hilo de su período; mientras no sepamos nada malo no seamos pesimistas, no seamos injustos sospechando de la libertad é independencia del gobierno...

E hizo en hermosas frases la apología del gobierno y de sus buenos propósitos, tema que Pecson no se atrevió á interrumpir.

—El gobierno español, decía entre otras frases, os ha dado todo, no os ha negado nada. Tuvimos en España el absolutismo, y absolutismo tuvisteis, los frailes cubrieron nuestro suelo con sus conventos y conventos ocupan la tercera parte de Manila; en España rige el garrote, y el garrote aquí es la última pena; somos católicos y os hicimos católicos; fuimos escolásticos y el escolasticismo brilla en vuestras aulas, en fin, señores, lloramos cuando lloráis, sufrimos cuando sufrís, tenemos los mismos altares, el mismo tribunal, los mismos castigos, y justo será que os demos también nuestros mismos derechos y nuestras mismas alegrías.

Y como nadie le interrumpía se fué entusiasmando y entusiasmando hasta que pasó á hablar del porvenir de Filipinas.

—Como digo, señores, la aurora no está lejos; España abre el oriente para su querida Filipinas, y los

tiempos van cambiando y me consta se hace más de lo que nos figuramos. A ese gobierno que según ustedes vacila y no tiene voluntad, bueno es que le alentemos con nuestra confianza, que le hagamos ver que esperamos en él; recordémosle con nuestra conducta (cuando se olvida lo que no creo pueda suceder), que tenemos fe en sus buenos deseos y que no debe guiarse por otra norma que la de la justicia y el bien de todos sus gobernados. No, señores, continuó adoptando un tono más y más declamatorio; no debemos ni siquiera admitir en esta materia la posibilidad de una consulta con otras entidades más ó menos opuestas, pues la sola idea implicaría la tolerancia del hecho; vuestra conducta ha sido hasta ahora franca, leal, sin vacilaciones, sin recelos; os dirigís á él sencilla y directamente, las consideraciones que expusisteis no pueden ser más atendibles; vuestro fin es aligerar la tarea de los profesores en los primeros años y facilitar el estudio á centenares de estudiantes que llenan las aulas y de los que no puede cuidarse un solo profesor. Si hasta ahora el expediente no ha sido resuelto ha sido porque, como me consta á mí, hay mucho material acumulado; pero auguro que la campaña está ganada, que la cita de Makaraig es para anunciarnos la victoria, y mañana veremos premiados nuestros esfuerzos con el aplauso y agradecimiento del país y quién sabe, señores, si el gobierno no os propone á vosotros para alguna buena condecoración como merecedores que sois de la patria!

Resonaron entusiastas aplausos; todos creían ya en el triunfo y muchos en la condecoración.

—¡Que conste, señores, dijo Juanito, que yo fui uno de los primeros iniciadores!

El pesimista Pecson no estaba entusiasmado.

—¡Cómo no tengamos la condecoración en los tobillos! dijo.

Pero afortunadamente para Peláez la observación no se oyó en medio de los aplausos. Cuando se calmaron algún tanto, Pecson repuso:

—Bueno, bueno, muy bueno, pero una suposi-

ción... ¿y si á pesar de todo eso, el general consulta, consulta y consulta y después nos niega la autorización?

La suposición cayó como agua fría.

Todos miraron á Sandoval; éste se halló entrecortado.

—Entonces, murmuró titubeando...

—¿Entonces?

—Entonces, exclamó Sandoval todavía excitado por los aplausos y en un arranque de entusiasmo, puesto que en escritos é impresos blasona de querer vuestra instrucción, y la impide y la niega cuando al terreno de los hechos se le cita, entonces, señores, vuestros esfuerzos no habrán sido en vano, habréis conseguido lo que nadie ha podido, que se arranque la máscara y os arroje el guante!

—¡Bravo, bravo! gritaron entusiasmados algunos.

—¡Bien por Sandoval! ¡Bravo por el guante! añadieron otros.

—¡Que nos arroje el guante! repitió Person desdafiado, y ¿después?

Sandoval se quedó parado en medio de su triunfo, pero con la vivacidad propia de su raza y su sangre de orador se repuso al instante.

—¿Después? preguntó; después, si ninguno de los filipinos se atreve á contestar al reto, entonces yo, Sandoval, en nombre de España, recojo el guante, porque tal política sería un mentís á las buenas intenciones que ella ha abrigado siempre en favor de sus provincias, y porque quien de tal manera prostituye el cargo que se le confía y abusa de sus omnímodas facultades no merece la protección de la patria ni el amparo de ningún ciudadano español!

El entusiasmo de los oyentes rayó en delirio. Isagani abrazó á Sandoval; los otros le imitaron; se hablaba de patria, de unión, de fraternidad, de fidelidad; los filipinos decían que si no hubiese más que Sandoval en España, todos serían Sandoval en Filipinas; Sandoval tenía los ojos brillantes y se podía creer que si en aquel momento le hubiesen arrojado un guante cualquiera, habría montado sobre cual-

quier caballo para hacerse matar por Filipinas. Sólo el agua fría repuso:

—Bien, está muy bien, Sandoval; yo también podría decir lo mismo si fuese peninsular, pero, no siéndolo, si dijese la mitad de lo que usted, usted mismo me tomaría por filibustero.

Sandoval empezaba un discurso lleno de protestas cuando fué interrumpido.

—¡Albricias! amigos, ¡albricias! ¡Victoria! gritó en aquel momento un joven entrando y abrazando á todos.

—¡Albricias, amigos! ¡Viva la lengua castellana!

Una salva de aplausos recibió la noticia; todos se abrazaban, todos tenían los ojos brillantes de lágrimas. Pecson era el único que conservaba su sonrisa de escéptico.

El que venía á traer tan buena nueva era Makaraig, el joven que encabezaba el movimiento.

Este estudiante ocupaba en aquella casa, para sí sólo, dos habitaciones lujosamente amuebladas, tenía criado y cochero para cuidarle su araña y sus caballos. Era de gallardo continente, maneras finas, elegante y riquísimo. Aunque estudiaba Derecho sólo para tener un título académico, gozaba no obstante fama de aplicado y como dialéctico á la manera escolástica no tenía nada que envidiar á los más furibundos ergotistas del claustro Universitario. No estaba sin embargo muy atrasado respecto á ideas y adelantos modernos; su fortuna le proporcionaba todos los libros y revistas que la previa censura no conseguía detener. Con estas cualidades, con su fama de valiente, sus encuentros afortunados en sus años más juveniles y su galantería fina y delicada, no era extraño que ejerciese tanto influjo sobre sus compañeros y fuera elegido para dar cima á tan difícil empresa como lo era la enseñanza del castellano.

Pasadas las primeras manifestaciones del entusiasmo que en la juventud siempre toma formas algo más exageradas por lo mismo que ella todo lo ve hermoso, quisieron enterarse de cómo habían ido las cosas

Esta mañana me vi con el P. Irene, dijo Makaraig con cierto misterio.

—¡ Viva el P. Irene! gritó un estudiante entusiasta.

—El P. Irene, prosiguió Makaraig, me ha enterado de todo lo que ha pasado en Los Baños. Parece que estuvieron discutiendo lo menos una semana, él sosteniendo y defendiendo nuestra causa contra todos, contra el P. Sibyla, el P. Hernández, el P. Salví, el general, el segundo cabo, el joyero Simoun...

—¡ El joyero Simoun! interrumpió otro, pero ¿qué tiene que ver ese judío con las cosas de nuestro país? Y nosotros que le enriquecemos comprando...

—¡ Cállate! le dijo otro, impaciente y ansioso de saber cómo pudo vencer el P. Irene á tan terribles enemigos.

—Hasta había grandes empleados que estaban en contra de nuestro proyecto, el Director de Administración, el Gobernador civil, el chino Quiroga...

—¡ ¡ El chino Quiroga!! El alcahuete de los...

—¡ Cállate, hombre!

—Al fin, prosiguió Makaraig, iban á encarpetar el expediente y dejarlo dormir por meses y meses, cuando el P. Irene se acordó de la Comisión Superior de Instrucción Primaria y propuso, puesto que se trataba de la enseñanza de la lengua castellana, que el expediente pasara por aquel cuerpo para que dictaminasen sobre él...

—Pero si esa Comisión ya no funciona hace tiempo, observó Pecson.

—Eso precisamente le contestaron al P. Irene, continuó Makaraig, y él replicó que era buena ocasión aquella para que reviva, y aprovechándose de la presencia de don Custodio, uno de los vocales propuso que en el acto se nombrase una comisión y vista y conocida la actividad de don Custodio se le nombró ponente y ahora está el expediente en sus manos. Don Custodio prometió despacharlo en todo este mes.

—¡ Viva don Custodio!

—¿ Y si don Custodio dictamina en contra? preguntó el pesimista Pecson.

Con eso no contaban, embriagados con la idea de

que el asunto no se archivaba. Todos miraron á Makaraig para saber qué se resolvía.

—La misma objeción se la he hecho al P. Irene, pero con su risa picaresca me dijo: Hemos ganado mucho, hemos conseguido que el asunto se encamine hacia una solución, el enemigo se ve obligado á aceptar la batalla... si podemos influir en el ánimo de don Custodio para que, siguiendo sus tendencias liberales, informe favorablemente, todo está ganado; el general se muestra en absoluto neutral.

Makaraig se detuvo.

—¿Y cómo influir? preguntó un impaciente.

—El P. Irene me indicó dos medios...

—¡ El chino Quiroga! dijo uno...

—¡ Ca! Valiente caso hace de Quiroga...

—¡ Un buen regalo!

—Menos, se pica de incorruptible.

—¡ Ah ya, ya lo sé! exclamó Pecson riendo; Pepay la bailarina.

—¡ Ah, sí! ¡ Pepay la bailarina! dijeron algunos.

Esta Pepay era una rozagante moza que pasaba por ser muy amiga de don Custodio: á ella acudían los contratistas, los empleados y los intrigantes cuando algo querían conseguir del célebre concejal. Juanito Peláez que también era amigo de la bailarina se ofrecía á arreglar el asunto, pero Isagani sacudió la cabeza y dijo que era bastante haberse servido del P. Irene y que sería demasiado valerse de la Pepay en asunto semejante.

—¡ Veamos el otro medio!

—El otro es acudir á su abogado consultor, al señor Pasta, el oráculo ante quien se inclina don Custodio.

—Prefiero eso, dijo Isagani; el señor Pasta es filipino y fué condiscípulo de mi tío. Pero ¿cómo interesarle?

—Allí está el *quid*, repuso Makaraig mirando atentamente á Isagani; el señor Pasta tiene una bailarina, digo... una bordadora...

Isagani volvió á sacudir la cabeza.

—No sea usted tan puritano, díjole Juanito Peláez;

; el fin salva los medios! Yo conozco á la bordadora, la Matea, que tiene un taller donde trabajan muchas chicas...

—No, señores, interrumpió Isagani; acudamos antes á los medios honestos... Iré yo á presentarme en casa del señor Pasta y si nada consigo, entonces ustedes hacen lo quieran con las bailarinas y las bordadoras.

Tuvieron que acceder á la proposición y quedaron en que Isagani hablaría aquel mismo día al señor Pasta y á la tarde daría cuenta en la Universidad á sus compañeros del resultado de la entrevista.

XV

EL SEÑOR PASTA

Isagani se presentó en casa del abogado, una de las inteligencias más privilegiadas de Manila que los frailes consultaban en sus grandes apuros. Algo tuvo que esperar el joven por haber muchos clientes, pero al fin llegó su turno y pasó al estudio ó bufete como se llama generalmente en Filipinas.

Recibióle el abogado con una ligera tosecilla mirándole furtivamente á los pies; no se levantó ni se cuidó de hacerle sentar y siguió escribiendo. Isagani tuvo ocasión de observarle y estudiarle bien. El abogado había envejecido mucho, estaba canoso, y la calvicie se extendía casi por toda la parte superior de la cabeza. Era de fisonomía agria y adusta.

En el estudio todo estaba en silencio; sólo se oían los cuchicheos de los escribientes ó paseantes, que trabajaban en el aposento contiguo: sus plumas chillaban como si riñesen con el papel.

Al fin concluyó el abogado con lo que estaba escribiendo, soltó la pluma, levantó la cabeza y al reconocer al joven, su fisonomía se iluminó y le dió la mano afectuosamente.

—¡ Adiós, joven! pero siéntese usted, dispense... no sabía que era usted. ¿Y su tío?

Isagani se animó y creyó que su asunto iría bien. Contóle brevemente lo que pasaba estudiando bien el efecto que hacían sus palabras. El señor Pasta escuchó impassible al principio y, aunque estaba enterado de las gestiones de los estudiantes, se hacía el ignorante como para demostrar que nada tenía que ver

con aquellas chiquilladas, pero cuando sospechó lo que de él se quería y oyó que se trataba de Vicerrector, frailes, capitán general, proyecto, etc., su cara se obscureció poco á poco y acabó por exclamar:

—¡ Este es el país de los proyectos! Pero continúe, continúe usted.

Isagani no se desanimó; habló de la solución que se iba á dar y concluyó expresando la confianza de la juventud en que él, el señor Pasta, intercedería en su favor en el caso de que don Custodio le consultase, como era de esperar. Isagani no se atrevió á decir que *aconsejaría* en vista de la mueca que hacía el abogado.

Pero el señor Pasta ya tenía tomada su resolución y era no mezclarse para nada en aquel asunto ni consultante ni consultado. El estaba al tanto de lo que había pasado en Los Baños, sabía que existían dos partidos y que no era el P. Irene el único campeón del lado de los estudiantes, ni fué quien propuso el pase del expediente á la Comisión de Instrucción primaria sino todo lo contrario. El P. Irene, el P. Fernández, *la condesa*, un comerciante que preveía la venta de materiales para la nueva Academia y el alto empleado que estuvo citando reales decretos sobre reales decretos iban á triunfar, cuando el P. Sibyla, queriendo ganar tiempo recordó la Comisión Superior. Todas estas cosas las tenía el gran abogado presentes en su memoria; así es que cuando acabó de hablar Isagani, se propuso marearle con evasivas, embrollar el asunto, llevar la conversación á otro terreno.

—¡ Sí! dijo sacando los labios y rascándose la calva; no hay otro que me gane en amor al país y en aspiraciones progresistas, pero... no puedo comprometerme... no sé si usted está al tanto de mi posición, una posición muy delicada... tengo muchos intereses... tengo que obrar dentro de los límites de una estricta prudencia... es un compromiso...

El abogado quería aturdir al joven bajo un lujo de palabras y empezó á hablar de leyes, de decretos y

tanto habló que en vez de enredar al joven, casi se enredó á sí mismo en un laberinto de citaciones.

—De ninguna manera queremos ponerle en compromiso, repuso Isagani con mucha calma; librenos Dios de molestar en lo más mínimo á las personas cuya vida es tan útil al resto de los filipinos. Pero por poco versado que esté yo en las leyes, reales decretos, provisiones y disposiciones que rigen en nuestro país, no creo que pueda haber mal ninguno, en secundar las altas miras del gobierno, en procurar su buena interpretación; perseguimos el mismo fin y sólo divergimos en los medios.

El abogado se sonrió: el joven se dejaba llevar á otro terreno y allí le iba él á embrollar, ya estaba embrollado.

—Precisamente ahí está el *quid* como se dice vulgarmente; claro está que es laudable ayudar al gobierno cuando se le ayuda con sumisión, siguiendo sus disposiciones, el recto espíritu de las leyes en consonancia con las rectas creencias de los gobernantes y no estando en contradicción con el primitivo y general modo de pensar de las personas que tienen á su cargo el bienestar común de los individuos que constituyen una sociedad. Y por eso es criminal, es punible, porque es ofensivo al alto principio de autoridada, tentar una acción contraria á su iniciativa aun suponiendo que fuese mejor que la gubernamental, porque semejante hecho podría lastimar el prestigio que es la primera base sobre que descansan todos los edificios coloniales.

Y el viejo abogado, seguro de que aquella tirada había por lo menos vuelto loco á Isagani, se arrellanó en su sillón muy serio aunque riéndose por dentro.

Isagani, sin embargo, repuso:

—Yo creía que los gobiernos buscarían bases más sólidas cuanto más amenazados... La base del prestigio para los gobiernos coloniales es la más débil, porque no reside en ellos sino en la buena voluntad de los gobernados mientras quieran reconocerlo... La base justicia ó razón me parecía más duradera.

El abogado levantó la cabeza; ¿cómo? ¿aquel joven se atrevía á replicarle y á discutir con él, él, el señor Pasta? ¿No estaba todavía aturdido con sus grandes palabras?

—Joven, hay que dejar esas consideraciones á un lado pues son peligrosas, interrumpió el abogado haciendo un gesto. Lo que yo le digo á usted es que hay que dejar obrar al gobierno.

—Los gobiernos se han hecho para el bien de los pueblos, y para cumplir con su fin debidamente tienen que seguir las indicaciones de los ciudadanos que son los que mejor conocen sus necesidades.

—Los que forman el gobierno son también ciudadanos y de los más ilustrados.

—Pero, como hombres, son falibles, y no deben desoir otras opiniones.

—Hay que confiar en ellos; ellos todo lo han de dar.

—Hay un refrán puramente español que dice, el que no llora no mama. Lo que no se pide, no se da.

—¡Al contrario! contestó el abogado riendo sarcásticamente; con el gobierno sucede precisamente todo lo contrario...

Mas se detuvo de repente como si hubiese dicho demasiado, y quiso subsanar la imprudencia:

—El gobierno nos ha dado cosas que no se lo hemos pedido, ni se lo podíamos pedir... porque pedir... pedir supone que falta en algo y por consiguiente no cumple con su deber... insinuarle un medio, tratar de dirigirle, no ya combatirle, es suponerle capaz de equivocarse y ya se lo he dicho á usted, semejantes suposiciones son atentatorias á la existencia de gobiernos coloniales... El vulgo ignora esto y los jóvenes que obran á la ligera no saben, no comprenden, no quieren comprender lo contraproducente que es pedir... lo subversivo que hay en esa idea...

—Usted dispense, interrumpió Isagani ofendido de los argumentos que con él usaba el jurista; cuando por medios legales un pueblo pide algo á un gobierno, es porque le supone bueno y dispuesto á con-

cederle un bien, y este acto, en vez de irritarle, le debiera halagar: se pide á la madre, nunca á la madrastra. El gobierno, en mi inexperta opinión, no es un ser omnisciente que puede ver y prever todo y aun cuando lo fuese, no podría ofenderse, porque ahí tiene usted á la misma iglesia que no hace más que pedir y pedir á Dios que todo lo ve y conoce, y usted mismo pide y exige muchas cosas en los tribunales de ese mismo gobierno, y ni Dios ni los tribunales hasta ahora se dieron por ofendidos. Está en la conciencia de todos que el gobierno, como institución humana que es, necesita del concurso de los demás, necesita que le hagan ver y sentir la realidad de las cosas. Usted mismo no está convencido de la verdad de su objeción; usted mismo sabe que es tirano y déspota el gobierno que, para hacer alarde de fuerza é independencia, todo lo niega por miedo ó por desconfianza y que sólo los pueblos tiranizados y esclavizados son los que tienen el deber de no pedir nada jamás. Un pueblo que deteste á su gobierno no debe exigirle más sino que abandone el poder.

El viejo abogado hacía muecas sacudiendo á un lado y otro la cabeza en señal de descontento y pasándose la mano por la calva; después en tono de protectora compasión dijo:

—¡ Hm! malas doctrinas son esas, malas teorías, ¡ hm! Como se conoce que es usted joven y no tiene experiencia de la vida. Vea usted lo que les está pasando á los chicos inexpertos que en Madrid piden tantas reformas: están tachados todos de filibusterismo, muchos no se atreven á volver, y sin embargo ¿qué piden? Cosas santas, viejas é inocentes de puro sabidas... Pero hay cosas que no se las puedo explicar, son muy delicadas... vamos... le confieso que existen otras razones que las dichas que impulsan á un gobierno sensato á negarse sistemáticamente á los deseos de un pueblo... no... puedé suceder sin embargo que nos encontremos con jefes tan fatuos y ridículos... pero siempre hay otras razones... aunque lo que se pida sea lo más justo... los gobiernos son de distintas condiciones...

Y el viejo vacilaba, miraba fijamente á Isagani, y después tomando una resolución, hizo con la mano un gesto como alejando una idea.

—Adivino lo que usted quiere decir, continuó Isagani sonriendo tristemente; usted quiere decir que un gobierno colonial, por lo mismo que está constituido de un modo imperfecto y porque se funda en premisas...

—¡ No, no, no es eso, no! interrumpió vivamente el viejo haciendo de buscar algo entre sus papeles; no, quería decir... pero ¿dónde están mis anteojos?

—Ahí los tiene usted, dijo Isagani.

El señor Pasta se puso los anteojos, hizo de leer algunos papeles y viendo que el joven esperaba, tartamudeó:

—Yo quería decir una cosa... quería decir, pero ya se me pasó... usted, con su vivacidad me interrumpió... es cosa de poca monta... Si supiera usted cómo tengo la cabeza, ¡ tengo tanto que hacer!

Isagani comprendió que le despedía.

—De manera, dijo levantándose, que nosotros...

—¡ Ah!... ustedes harán bien en dejar el asunto en manos del gobierno; él lo resolverá á su gusto... Usted dice que el Vicerrector está opuesto á la enseñanza del castellano. Quizás lo estuviera, no en el fondo sino en la forma. Dicen que el Rector que va á venir trae un proyecto-reforma de la enseñanza... espérense un poco, den tiempo al tiempo, estudien que los exámenes se acercan y ¡ qué carambas! usted que ya habla bien el castellano y se expresa con facilidad, ¿á qué se mete en líos? ¿qué interés tiene usted en que se enseñe especialmente? ¡ De seguro que el P. Florentino opinará como yo! Déle usted muchas memorias...

—Mi tío, contestó Isagani, me ha recomendado siempre que piense en los demás tanto como en mí... no he venido por mí, he venido en nombre de los que están en peores condiciones...

—¡ Qué diantre! que hagan lo que usted ha hecho, que se quemén las cejas estudiando y se queden calvos como yo me he quedado poniéndome párrafo

enteros en la memoria... Y yo creo que si usted habla el español es porque lo habrá aprendido; usted no es de Manila ni es hijo de padres españoles. Pues que aprendan lo que usted y hagan lo que yo... yo he sido criado de todos los frailes, les he preparado el chocolate y mientras con la derecha lo removía en el batidor, con la izquierda sostenía la gramática, aprendía y, gracias á Dios, que no he necesitado de más maestros ni de más academias ni de permisos del gobierno... Créame usted; ¡ el que quiere aprender, aprende y llega á saber!

—¿Pero cuántos de entre los que quieren saber llegan á ser lo que usted? ¡Uno entre diez mil y aun!

—¡Psch! ¿y para qué más? contestó el viejo encogiéndose de hombros. ¿Abogados? los hay de sobra, muchos se meten á escribientes. ¿Médicos? se insultan, se calumnian y se matan por disputarse un enfermo... ¡Brazos, señor, brazos son los que necesitamos para la agricultura!

Isagani comprendió que perdía tiempo, pero quiso replicar.

—Indudablemente, contestó; hay muchos médicos y abogados, más no diré que nos sobran pues tenemos pueblos que carecen de ellos, pero si abundan en cantidad quizás nos faltan en calidad. Y, puesto que no se puede impedir que la juventud estudie y aquí no se nos presentan otras carreras ¿por qué dejar que malogren su tiempo y sus esfuerzos? Y si lo defectuoso de la enseñanza no impide el que muchos se hagan abogados ó médicos, si los hemos de tener al fin, ¿por qué no tenerlos buenos? Y con todo, aun cuando sólo se quiera hacer del país un país de agricultores, un país de braceros, y condenar en él todo trabajo intelectual, no veo mal ninguno en ilustrar á estos mismos agricultores y braceros, en darles por lo menos una educación que les permita después perfeccionarse y perfeccionar sus trabajos, poniéndoles en estado de comprender muchas cosas que al presente desconocen.

—¡Bah, bah, bah! exclamó el abogado trazando

con la mano círculos en el aire como para ahuyentar las ideas evocadas; para ser buen cosechero no se necesitan tantas retóricas. ¡Sueños, ilusiones, ideología! ¡Ea! ¿quiere usted seguir un consejo?

Y se levantó y poniéndole afectuosamente la mano sobre el hombro, continuó:

—Le voy á dar uno y muy bueno porque veo que es usted listo y el consejo no será perdido. ¿Usted va á estudiar Medicina? Pues límitese á aprender cómo se ponen los emplastos y se aplican las sanguijuelas y no trate jamás de mejorar ó empeorar la suerte de sus semejantes. Cuando se reciba de licenciado, cásese con una muchacha rica y devota, trate de curar y cobrar bien, huya de toda cosa que tenga relación con el estado general del país, oiga misa, confiélese y comulgue cuando lo hagan los demás, y verá usted como después me lo agradecerá y yo lo veré si aún vivo. Acuérdesse siempre de que la caridad bien entendida empieza por sí mismo; el hombre no debe buscar en la tierra más que la mayor suma de felicidad propia como dice Bentham; si se mete usted en quijotismos ni tendrá carrera, ni se casará, ni será nada. Todos le abandonarán y serán sus mismos paisanos los primeros que se reirán de su inocencia. ¡Créame usted, usted se acordará de mí y me dará la razón cuando tenga canas como yo, canas como éstas!

Y el viejo abogado se cogía sus pocos cabellos blancos, sonriendo tristemente y agitando la cabeza.

—Cuando tenga canas como esas, señor, contestó Isagani con igual tristeza, y vuelva la vista hacia mi pasado y vea que sólo he trabajado para mí, sin haber hecho lo que buenamente podía y debía por el país que me ha dado todo, por los ciudadanos que me ayudan á vivir, entonces, señor, cada cana me será una espina y en vez de gloriarme de ellas, me he de avergonzar.

Y dicho esto, saludó profundamente y salió.

El abogado se quedó inmóvil en su sitio, con la mirada atónita. Oyó los pasos que se alejaban poco á poco y volvió á sentarse murmurando:

—¡ Pobre joven! ; También parecidos pensamientos cruzaron por mi mente un día! ¿Qué más quisieran todos que poder decir: he hecho esto por mi patria, he consagrado mi vida al bien de los demás...? ; Corona de laurel, empapada en acíbar, hojas secas que cubren espinas y gusanos! ; Esa no es la vida, eso no da de comer, ni procura honores ; los laureles apenas sirven para una salsa... ni dan tranquilidad... ni hacen ganar pleitos, al contrario! ; Cada país tiene su moral como su clima y sus enfermedades ; diferentes del clima y enfermedades de otros países!

Y después añadió:

—¡ Pobre joven!... Si todos pensasen y obrasen como él, no digo que no... ; Pobre joven! ; Pobre Florentino!

XVI

LAS TRIBULACIONES DE UN CHINO

La noche de aquel mismo sábado, el chino Quiroga que aspiraba á crear un consulado para su nación, daba una cena en los altos de su bazar situado en la calle de la Escolta. Su fiesta estaba muy concurrida: frailes, empleados, militares, comerciantes, todos sus parroquianos socios ó padrinos, se encontraban allí; su tienda abastecía á los curas y conventos de todo lo necesario, admitía los vales de todos los empleados, tenía servidores fieles, complacientes y activos. Los mismos frailes no se desdeñaban de pasar horas enteras en su tienda, ya á la vista del público, ya en los aposentos del interior en agradable sociedad...

Aquella noche, pues, la sala presentaba un aspecto curioso. Frailes y empleados la llenaban, sentados en sillas de Viena y banquitos de madera oscura y asiento de mármol, venidos de Cantón, delante de mesitas cuadradas, jugando al tresillo ó conversando entre sí, á la luz brillante de las lámparas doradas ó á la mortecina de los faroles chinoscos vistosamente adornados con largas borlas de seda. En las paredes se confundían en lamentable mezcolanza paisajes tranquilos y azulados, pintados en Cantón y en Hong Kong, con los cromos chillones de odaliscas, mujeres semidesnudas, litografías de Cristos femeniles, la muerte del justo y la del pecador, hechas por casas judías de Alemania para venderse en los países católicos. No faltaban allí las estampas chinoscas en papel rojo representando á un hombre sentado, de aspecto venerable y pacífica y sonriente fisonomía, de-

trás del cual se levanta su servidor, feo, horroroso, diabólico, amenazador, armado de una lanza con ancha hoja cortante; los indios, unos lo llaman Mahoma, y otros Santiago, no sabemos por qué; los chinos tampoco dan una clara explicación de esta popular dualidad. Detonaciones de botellas de champagne, chocar de copas, risas, humo de cigarro y cierto olor particular á casa de chino, mezcla de pebete, opio y frutas conservadas, completaban el conjunto.

Vestido como un mandarín, con gorra de borla azul, se paseaba el chino Quiroga de un aposento á otro, tieso y derecho no sin lanzar acá y allá miradas vigilantes como para asegurarse de que nadie se apoderaba de nada. Y á pesar de esta natural desconfianza, cambiaba sendos apretones de manos, saludaba á unos con una sonrisa fina y humilde, á otros con aire protector, y á algunos con cierta sorna como diciendo:

—¡ Ya sé! usted no viene por mí sino por mi cena.

¡ Y el chino Quiroga tenía razón! Aquel señor gordo que ahora le alaba y le habla de la conveniencia de un consulado chino en Manila dando á entender que para ese cargo no podía haber otro que Quiroga, es el señor González que se firma *Pitili* cuando en las columnas de los periódicos ataca la inmigración china. Aquel otro ya avanzado en edad que examina de cerca los objetos, las lámparas, los cuadros, etc., y hace muecas y exclamaciones de desprecio, es don Timoteo Peláez, padre de Juanito, comerciante que clama contra la competencia del chino que arruina su comercio. Y el otro, el de más allá, aquel señor moreno, delgado, de mirada viva y pálida sonrisa, es el célebre autor de la cuestión de los pesos mejicanos que tanto disgusto dió á un protegido del chino Quiroga; ¡ aquél empleado tiene en Manila fama de listo! El de más allá, aquel de mirada fosca y bigotes descuidados, es el empleado que pasa por ser el más digno porque tiene el valor de hablar mal contra el negocio de los billetes de lotería, llevado á cabo entre Quiroga y una alta dama de la sociedad manilense. En efecto, sino la mitad, las dos terceras partes de los bille-

tes van á China y los pocos que en Manila se quedan se venden con una prima de medio real fuerte. El digno señor tiene la convicción de que algún día le ha de tocar el premio gordo y se enfurece al encontrarse delante de semejantes trapicheos.

La cena entretanto tocaba á su fin. Del comedor llegaban hasta la sala trozos de brindis, risas, interrupciones, carcajadas... El nombre de Quiroga se oía varias veces repetido, mezclado con las palabras de cónsul, igualdad, derechos...

El anfitrión que no comía platos europeos se había contentado con beber de cuando en cuando una copa con sus convidados, prometiendo cenar con los que no se habían sentado en la primera mesa.

Simoun había venido ya cenado y hablaba en la sala con algunos comerciantes que se quejaban del estado de los negocios: todo iba mal, se paralizaba el comercio, los cambios con Europa estaban á un precio exorbitante; pedían al joyero luces ó le insinuaban algunas ideas con la esperanza de que se las comunicase al capitán general. A cada remedio que proponían, Simoun respondía con una sonrisa sarcástica y brutal: ¡Ca! ¡tontería! hasta que exasperado uno le preguntó por su opinión.

—¿Mi opinión? preguntó; estudien ustedes por qué otras naciones prosperan y hagan lo mismo que ellas.

—¿Y por qué prosperan, señor Simoun?

Simoun se encogió de hombros y no contestó.

—¡ Las obras del puerto que tanto gravan al comercio y el puerto que no se termina! suspiró don Timoteo Peláez, una tela de Guadalupe, como dice mi hijo, se teje y se desteje... los impuestos...

—¡ Y usted se queja! exclamaba otro. ¡ Y ahora que acaba de decretar el general el derribo de las casas de materiales ligeros! ¡ Y usted que tiene una partida de hierro galvanizado!

—Si, respondía don Timoteo; ¡ pero lo que me ha costado ese decreto! Y luego, el derribo no se hace hasta dentro de un mes, hasta que venga la cuafresma; pueden venir otras partidas... yo hubiera queri-

do que se derribasen al instante, pero... Y además, ¿qué me van á comprar los dueños de esas casas si son todos unos más pobres que otros?

—Siempre podrá usted comprar las casitas por una bicoca...

—Y hacer después que se retire el decreto y revenderlas á un precio doble... ¡He ahí un negocio!

Simoun se sonrió con una sonrisa fría, y viéndolo adelantarse al chino Quiroga dejó á los quejicosos comerciantes para saludar al futuro cónsul. Este, apenas le vió, perdió su expresión satisfecha, sacó una cara parecida á la de los comerciantes y medio se dobló.

El chino Quiroga respetaba mucho al joyero no sólo por saberle muy rico sino también por las susurradas inteligencias que le atribuían con el capitán general. Decíase que Simoun favorecía las ambiciones del chino, era partidario del consulado, y un cierto periódico chinófono le aludía al través de muchas perifrasis, indirectas y puntos suspensivos, en la célebre polémica con otro periódico partidario de la gente de coleta. Personas prudentísimas añadían entre guiños y palabras entrecortadas que la Eminencia Negra aconsejaba al general se valiese de los chinos para deprimir la tenaz dignidad de los naturales:

—Para tener sumiso á un pueblo, había dicho, no hay como humillarlo y rebajarlo á sus propios ojos.

Pronto se había presentado una ocasión.

Los gremios de los mestizos y de los naturales, andaban siempre vigilándose el uno al otro y empleaban su espíritu belicoso y su actividad, en recelos y desconfianzas. Un día, en la misa, el gobernadorcillo de los naturales que se sentaba en el banco derecho y era extremadamente flaco, tuvo la ocurrencia de poner una pierna sobre otra, adoptando una posición *nonchalant* para aparentar más muslos y lucir sus hermosas botinas; el del gremio de mestizos que se sentaba en el banco opuesto, como tenía juanetes y no podía cruzar las piernas por ser muy grueso y panzudo, adoptó la postura de separar mucho las piernas para sacar su abdomen encerrado en un

chaleco sin pliegues, adornado con una hermosa cadena de oro y brillantes. Los dos partidos se comprendieron y empezó la batalla: en la mesa siguiendo todos los mestizos, hasta los más flacos, tenían panza y separaban mucho las piernas como si estuviesen á caballo: todos los naturales ponían una pierna sobre otra aún los más gordos y hubo cabeza de barangay que dió una voltereta. Los chinos que lo vieron, adoptaron también su postura: se sentaron como en sus tiendas, una pierna encogida y levantada y otra colgando y agitándose. Hubo protestas, escritos, expedientes, etc.; los cuadrilleros se armaron prestos á encender una guerra civil, los curas estaban contentísimos, los españoles se divertían y ganaban dinero á costa de todos, hasta que el general resolvió el conflicto ordenando que se sentasen como los chinos por ser los que más pagaban, aunque no eran los más católicos. Y aquí el apuro de los mestizos y naturales que por tener pantalones estrechos no podían imitar á los chinos. Y para que la intención de humillarles fuese más manifiesta, la medida se llevó á cabo con pompa y aparato, rodeando á la iglesia un cuerpo de caballería mientras dentro todos sudaban. La causa llegó á las Cortes, pero se repitió que los chinos como pagaban podían imponer su ley aun en las ceremonias religiosas, aun cuando después apostaten y se burlen del cristianismo. Los naturales y los mestizos se dieron por satisfechos y aprendieron á no perder su tiempo en semejantes futezas.

Quiroga con su media lengua y sonrisa la más humilde agasajaba á Simoun: su voz era acariciadora, sus genuflexiones repetidas, pero el joyero le cortó la palabra preguntándole bruscamente:

—¿Gustaron los brazaletes?

A esta pregunta toda la animación de Quiroga se deshizo como un sueño; la voz de acariciadora se transformó en plañidera, se dobló más y juntando ambas manos y elevándolas á la altura de su rostro, forma de la salutación china, gimió:

—¡ Uuh, siñó Simoun! ¡ mia pelilo, mia luinalo!

—¿Cómo, chino Quiroga, perdido y arruinado? ¡y tantas botellas de champagne y tantos convidados!

Quiroga cerró los ojos é hizo una mueca. ¡Jss! el acontecimiento de aquella tarde, la aventura de los brazaletes, le había arruinado. Simoun se sonrió: cuando un comerciante chino se queja es porque todo le va bien; cuando aparenta que todo va á las mil maravillas es porque prevé una quiebra ó se va á escapar para su país.

—¿Suya no sabe mia pelilo, mia luinalo? ¡Ah, siñó Simoun, mia *hápay!*

Y el chino, para hacer más comprensible su situación, ilustraba la palabra *hápay* haciendo ademán de caerse desplomado.

Simoun tenía ganas de reírsele, pero se contuvo y dijo que nada sabía, nada, absolutamente nada.

Quiroga llevóle á un aposento cuya puerta cerró con cuidado y le explicó la causa de su desventura.

Los tres brazaletes de brillantes que había pedido á Simoun para enseñárselos á su señora, no eran para ésta, pobre india encerrada en un cuarto como una china, eran para una bella y encantadora dama, amiga de un gran señor, y cuya influencia le era necesaria para cierto negocio en que podía ganar en limpio unos seis mil pesos. Y como el chino no entendía de gustos femeniles y quería ser galante, pidió los tres mejores brazaletes que el joyero tenía, que costaban de tres á cuatro mil pesos cada uno. El chino, afectando candidez, con su sonrisa la más acariciadora dijo á la dama que escogiese el que más le gustase, pero la dama, más cándida y más acariciadora todavía, declaró que todos los tres le gustaban y se quedó con ellos.

Simoun soltó una carcajada.

—¡Ah, siñolia! ¡mia pelilo, mia luinalo! gritaba el chino dándose ligeras bofetadas con sus finas manos.

El joyero continuaba riendo.

—¡Huu! ¡malo genti, sigulo no siñola bilalelo! continuaba el chino agitando descontento la cabeza. ¿Cosa? No tiene biligüensa, mas que mia chino mia

siempele genti. Ah, sigulo no siñola bilalelo; sigalela tiene más biligüensa.

—Le han cogido á usted, le han cogido á usted, exclamaba Simoun dándole golpecitos en el vientre.

—Y tolo mundo pile pilestalo y no pagalo, ¿cosa ese? y contaba con sus dedos armados de largas uñas, impelealo, opisiá, tinienti, sulalo, ah, siñó Simoun, mia pelilo, mi ¡hapay!

—Vamos, menos quejas, decía Simoun; yo le he salvado de muchos oficiales que le pedían dinero... Yo les he prestado para que no le molesten á usted y sabía que no me podían pagar...

—Pelo, siñó Simoun, suya pilesta opicia, mia pilesta muje, siñola, malnelo, tolo mundo...

—¡Ya, ya las cobrará usted!

—¿Mia cobalalo? ¡Ah, sigulo suya no sabe! Cuan-do pelilo ne juego nunca pagalo! Mueno suya tiene consu, puelé obligá, mia no tiene...

Simoun estaba pensativo.

—Oiga, chino Quiroga, dijo algo distraído: me encargo de cobrar lo que le deben los oficiales y marineros, déme usted sus recibos.

Quiroga volvió á gimotear: no le daban nunca recibos.

—Cuando vengan á pedirle dinero, envíemelos siempre á mí; yo le quiero á usted salvar.

Quiroga dió las gracias muy agradecido, pero pronto volvió á sus lamentaciones, hablaba de los brazaletes y repetía:

—¡Sigalela tiene más biligüensa!

—Carambas, decía Simoun, mirando de reojo al chino como para estudiarle; precisamente necesitaba dinero y creía que usted me podía pagar. Pero todo tiene su arreglo; no quiero que usted quiebre por tan poca cosa. Vamos, un servicio y le reduzco á siete los nueve mil pesos que me debe. Usted hace entrar por la aduana todo lo que quiere, cajones de lámparas, hierros, vajilla, cobre, pesos mejicanos; usted suministra armas á los conventos.

El chino afirmaba con la cabeza; pero él tenía que sobornar á muchos.

—¡Mia dale tolo á los Pales!

—Pues mire, añadió Simoun en voz baja: necesito que usted me haga entrar algunas cajas de fusiles que han llegado esta noche... quiero que los guarde en sus almacenes; en mi casa no caben todos.

Quiroga se alarmó.

—No se alarme usted, no corre usted ningún riesgo: esos fusiles se han de esconder poco á poco en ciertas casas, y luego se opera una requisita y se envían á muchos á la cárcel... usted y yo podremos ganar bastante procurando á los detenidos la libertad. ¿Me entiende usted?

Quiroga vacilaba; él tenía miedo á las armas. En su mesa tenía un revólver descargado que nunca tocaba sino volviendo la cabeza y cerrando los ojos.

—Si usted no puede, acudiré á otro, pero entonces necesito mis nueve mil pesos para untar las manos y cerrar los ojos.

—¡Mucno, mucno! dijo al fin Quiroga: ¿pelo pone pileso mucha genti? ¿manda liquisa, ja?

Cuando Quiroga y Simoun volvieron á la sala encontraron en ella á los que venían de cenar, discutiendo animadamente: el *champagne* había soltado las lenguas y excitaba las masas cerebrales. Hablaban con cierta libertad.

En un grupo donde estaban muchos empleados, algunas señoras y don Custodio se hablaba de una comisión enviada á la India para hacer ciertos estudios sobre los calzados de los soldados.

—¿Y quienes la forman? preguntaba una señora mayor.

—Un coronel, dos oficiales y el sobrino de su excelencia.

—¿Cuatro? preguntó un empleado: ¡vaya una comisión! ¿y si se dividen las opiniones? ¿Son competentes al menos?

—Eso preguntaba yo, añadió otro: decía que debía ir un civil, uno que no tenga preocupaciones militares... un zapatero por ejemplo...

—Eso es, repuso un importador de zapatos; pero como no es cosa de enviar á un indio ni á un maca-

nista y el único zapatero peninsular ha pedido tales dietas...

—Pero ¿y para qué habrán de estudiar el calzado? preguntó una señora mayor; ; no será para los artilleros peninsulares! Los indios pueden seguir descalzos como en sus pueblos.

—Justamente ; y la caja economizaría más! añadió otra señora viuda que no estaba contenta de su pensión.

—Pero, observen ustedes, repuso otro de los presentes, amigo de los oficiales de la comisión. Es verdad que muchos indios van descalzos en sus pueblos, pero no todos, y no es lo mismo marchar á voluntad que estando en el servicio: no se puede escoger la hora, ni el camino, ni se descansa cuando se quiere. Mire usted, señora, que con el sol que hace á mediodía, está la tierra que cuece un pan. Y ande usted por arenales, por donde hay piedras, sol por arriba y fuego por abajo, y balas por delante...

—; Cuestión de acostumbrarse!

—; Como el burro que se acostumbró á no comer! En la presente campaña, la mayor parte de nuestras bajas son ocasionadas por heridas en las plantas de los pies... ; Digo lo del burro, señora, lo del burro!

—Pero, hijo, replica la señora, considere usted tanto dinero perdido en suelas. Hay para pensionar á muchos huérfanos y viudas para sostener el prestigio. Y no se sonría usted, no hablo de mí que tengo mi pensión aunque poca, muy poca para los servicios que prestó mi marido, pero hablo de otras que arrastran una existencia infeliz: no es justo que después de tanta instancia para venir y después de atravesar el mar, concluyan aquí por morir de hambre... Lo que usted dice de los soldados será cierto, pero es el caso que cuento con más de tres años de país y no he visto á ninguno cojeando.

—En eso opino como la señora, dijo su vecina, ¿para qué darles zapatos si han nacido sin ellos?

—¿Y para qué camisa?

—¿Y para qué pantalones?

—; Figúrese usted lo que ganariamos con un ejer-

cito en cueros! concluyó el que defendía á los soldados.

En otro grupo la discusión era más acalorada. Ben-Zayb hablaba y peroraba, el P. Camorra, como siempre, le interrumpía á cada instante. El periodista-fraile, á pesar de todo su respeto á la gente de cogulla, se las tenía siempre con el P. Camorra á quien consideraba como un semifraile muy simple; así se daba aire de ser independiente y deshacía las acusaciones de los que le llamaban Fray Ibáñez. Al P. Camorra le gustaba su adversario: era el único que tomaba en serio lo que el llamaba sus razonamientos.

Se trataba de magnetismo, espiritismo, magia, etcétera y las palabras volaban por el aire como los cuchillos y las bolas de los juglares: ellos los arrojaban y ellos los recogían.

Aquel año llamaba mucho la atención en la feria de Kiapo una cabeza, mal llamada esfinge, expuesta por Mr. Leeds, un americano. Grandes anuncios cubrían las paredes de las casas, misteriosos y fúnebres, que excitaban la curiosidad. Ni Ben-Zayb, ni el P. Camorra, ni el P. Irene, ni el P. Salví la habían visto aún; sólo Juanito Peláez estuvo á verla una noche y contaba en el grupo su admiración.

Ben-Zayb, á fuer de periodista, quería buscar una explicación natural; el P. Camorra hablaba del diablo; el P. Irene sonreía, el P. Salví se mantenía grave.

—Pero, Padre, si el diablo ya no viene; nos bastamos para condenarnos...

—De otro modo no se puede explicar...

—Si la ciencia...

—¡ Dale con la ciencia! ¡ puñales!

—Pero, escúcheme usted, voy á demostrárselo. Todo es cuestión de óptica. Yo no he visto todavía la cabeza ni sé cómo la presentan. El señor, señalando á Juanito Peláez, nos dice que no se parece á las cabezas parlantes que se enseñan de ordinario, ¡ sea! Pero el principio es el mismo; todo es cuestión de óptica; espere usted, se pone un espejo así, un espejo

detrás, la imagen se refleja... digo, es puramente un problema de Física.

Y descolgaba de los muros varios espejos, los combinaba, los inclinaba, y como no le resultaba el efecto, concluía:

--Como digo, ni más ni menos que una cuestión de óptica.

—Pero qué espejos quiere usted, si Juanito nos dice que la cabeza está dentro de una caja que se coloca sobre una mesa... Yo veo en ello el espiritismo porque los espiritistas siempre se valen de mesas y creo que el P. Salví, como gobernador eclesiástico que es, debía prohibir el espectáculo.

El P. Salví estaba silencioso; no decía ni sí ni no.

—Para saber si dentro hay diablos ó espejos, repuso Simoun, lo mejor es que ustedes vayan á ver la famosa esfinge.

La proposición pareció buena y fué aceptada, pero el P. Salví y don Custodio manifestaban cierta repugnancia. ¡Ellos á una feria, codearse con el público y ver esfinges y cabezas parlantes! ¿Qué dirían los indios? Los podían tomar por hombres, dotados de las mismas pasiones y flaquezas que los otros. Entonces Ben-Zayb, con su ingenio de periodista, prometió que suplicaría á Mr. Leeds no dejase entrar al público mientras estuviesen dentro: bastante honor le harían con la visita para que no se prestase, y todavía no les ha de cobrar la entrada. Y para cohonestar esta pretensión decía Ben-Zayb:

—¡Porque figúrense ustedes si descubro la trampa del espejo delante del público de los indios! Le quitaría el pan al pobre americano.

Ben-Zayb era un hombre muy concienzudo.

Bajaron unos doce, entre ellos nuestros conocidos don Custodio, el P. Salví, el P. Camorra, el P. Irene, Ben-Zayb y Juanito Peláez. Sus coches les dejaron á la entrada de la plaza de Kiapo.

XVII

LA FERIA DE KIAPO

La noche era hermosa y la plaza ofrecía un aspecto animadísimo. Aprovechando la frescura de la brisa y la espléndida luna de enero, la gente llenaba la feria para ver, ser vista y distraerse. Las músicas de los cosmoramas y las luces de los faroles comunicaban la animación y la alegría á todos. Largas filas de tiendas, brillantes de oropel y colorines, desplegaban á la vista racimos de pelotas, de máscaras ensartadas por los ojos, juguetes de hoja de lata, trenes, caballitos mecánicos, coches, vapores con sus diminutas calderas, vajillas de porcelana liliputienses, belencitos de pino, muñecas extranjeras y del país, rubias y risueñas aquéllas, serias y pensativas éstas como pequeñas señoras al lado de niñas gigantes. El batir de los tamborcitos, el estrépito de las trompetillas de hoja de lata, la música nasal de los acordeones y los organillos se mezclaban en concierto de carnaval, y en medio de todo, la muchedumbre iba y venía empujándose, tropezándose, con la cara vuelta hacia las tiendas de modo que los choques eran frecuentes y no poco cómicos. Los coches tenían que contener la carrera de los caballos, el ¡*tabí! ¡tabí!* de los cocheros resonaba á cada momento; se cruzaban empleados, militares, frailes, estudiantes, guiñándose, interpeándose más ó menos alegremente.

El P. Camorra estaba en su quinto cielo viendo tantas muchachas bonitas; se paraba, volvía la cabeza, le daba un empujón á Ben-Zayb, castañeteaba con la lengua, juraba y decía: ¿Y esa, y esa, chupa-

tintas? y de aquélla ¿qué me dices? En su contento se ponía á tutear á su amigo y adversario. El P. Salví le miraba de cuando en cuando; pero buen caso hacía él del P. Salví; al contrario, hacía de tropezar las muchachas para rozarse con ellas, les guiñaba y ponía ojos picarescos.

—; Puñales! ¿Cuándo seré cura de Kiapo? se preguntaba.

De repente Ben-Zayb suelta un juramento, salta y se lleva una mano al brazo; el P. Camorra en el colmo de su entusiasmo le había pellizcado. Venía una deslumbrante señorita que atraía la admiración de toda la plaza; el P. Camorra, no cabiendo en sí de gozo, tomó el brazo de Ben-Zayb por el de la joven.

Era la Paulita Gómez, la elegante entre las elegantes que acompañaba Isagani; detrás seguía doña Victorina. La joven estaba resplandeciente de hermosura: todos se paraban, los cuellos se torcían, se suspendían las conversaciones, la seguían los ojos y doña Victorina recibía respetuosos saludos.

Paulita Gómez lucía riquísima camisa y pañuelo de piña, bordados, diferentes de los que se había puesto aquella mañana para ir á Santo Domingo. El tejido vaporoso de la piña hacía de su linda cabeza una cabeza ideal, y los indios que la veían, la comparaban á la luna rodeada de blancas y ligeras nubes. Una saya de seda color de rosa, recogida en ricos y graciosos pliegues por la diminuta mano, daba majestad á un erguido busto cuyos movimientos favorecidos por el ondulante cuello delataban todos los triunfos de la vanidad y de la coquetería satisfecha. Isagani parecía disgustado: le molestaban tantos ojos, tantos curiosos que se fijaban en la hermosura de su amada: las miradas le parecían robos, las sonrisas de la joven le sabían á infidelidades.

Juanito, al divisarla, acentuó su joroba y saludó: Paulita le contestó negligentemente, doña Victorina le llamó. Juanito era su favorito, y ella le prefería á Isagani.

—; Qué moza, qué moza! murmuraba el P. Camorra arrebatado.

—¡Vamos, Padre, pellízquese el vientre y déjenos en paz! decía malhumorado Ben-Zayb.

—¡Qué moza, qué moza! repetía; ¡y tiene por novio á mi estudiante, el de los empujones!

—¡Fortuna tiene que no sea de mi pueblo! añadió después volviendo varias veces la cabeza para seguirla con la mirada. Tentado estuvo de dejar á sus compañeros y seguir á la joven. Ben-Zayb á duras penas pudo disuadirle.

Paulita seguía andando y se veía su hermoso perfil, su pequeña cabeza graciosamente peinada moverse con natural coquetería.

Nuestros paseantes continuaron su camino no sin suspiros de parte del fraile-artillero, y llegaron á una tienda rodeada de curiosos, que fácilmente les cedieron sus puestos.

Era una tienda de figuritas de madera, hechas en el país, que representaban en todos los tamaños y formas, tipos, razas y profesiones del Archipiélago, indios, españoles, chinos, mestizos, frailes, clérigos, empleados, gobernadorcillos, estudiantes, militares, etcétera. Sea que los artistas tuviesen más afición á los sacerdotes, los pliegues de cuyos hábitos les conviniesen más para sus fines estéticos, ó que los frailes, desempeñando tanto papel en la sociedad filipina preocupasen más la mente del escultor, sea una cosa ú otra, el caso es que abundaban sus figuritas, muy bien hechas, muy concluidas, representádoles en los más sublimes instantes de la vida, al revés de lo que se hace en Europa donde se les pinta durmiendo sobre toneles de vino, jugando á las cartas, vaciando copas, refocilándose ó pasando la mano por la fresca cara de una muchachota. No: los frailes de Filipinas eran otros: elegantes, pulcros, bien vestidos, el cerquillo bien cortado, las facciones regulares y serenas, la mirada contemplativa, expresión de santo, algo de rosa en las mejillas, bastón de palasan en la mano y zapatitos de charol en los pies, que dan ganas de adorarlos y ponerlos bajo campanas de cristal. En vez de los símbolos de la gula é incontinencia de sus hermanos en Europa, los de Manila tenían el libro,

el crucifijo, la palma del martirio; en vez de besar á las simples campesinas, los de Manila daban de besar gravemente la mano á niños y á hombres ya maduros, doblados y casi arrodillados: en vez de la despena repleta y del comedor, sus escenarios de Europa, en Manila tenían el oratorio, la mesa de estudio; en vez del fraile mendicante que va de puerta en puerta con su burro y su saco pidiendo limosna, el fraile de Filipinas derrama á manos llenas el oro entre los pobres indios...

—¡ Miren ustedes, aquí está el P. Camorra! dijo Ben-Zayb á quien le duraba todavía el efecto del champagne.

Y señalaba el retrato de un fraile delgado, con aire meditado, sentado junto á una mesa, la cabeza poyada sobre la palma de la mano y escribiendo al parecer un sermón. Una lámpara había para iluminarle.

Lo contrario del parecido hizo reir á muchos.

El P. Camorra que ya se había olvidado de Paulita, notó la intención y preguntó á su vez:

—Y ¿á quién se parece esta otra figura, Ben-Zayb?

Y se echó á reir con su risa de paleta.

Era una vieja tuerta, desgredada, sentada sobre el suelo como los ídolos indios planchando ropas. El instrumento estaba muy bien imitado: era de cobre, las brasas estaban hechas con oropel y los torbellinos de humo con sendos copos de algodón sucio, retorcido.

—¿ Eh, Ben-Zayb, no es tonto el que lo ideó? preguntaba riendo el P. Camorra.

—Pues, ¡ no le veo la punta! dijo el periodista.

—Pero, ¡ puñales! ¿ no ve usted el título, *la prensa filipina?* Ese instrumento con que plancha la vieja, aquí se llama prensa.

Todos se echaron á reir y el mismo Ben-Zayb se rió de buena gana.

Dos soldados de la guardia civil que tenían por letrero, *civiles*, estaban colocados detrás de un hombre maniatado con fuertes cuerdas y la cara tapada

con el sombrero: se titulaba *el País del Abaká* y parecía que le iban á fusilar.

A muchos de nuestros visitantes no les gustaba la exposición. Hablaban de reglas del arte, buscaban proporciones, el uno decía que tal figura no tenía siete cabezas, que á la cara le faltaba una nariz, no tenía más que tres, lo que ponía algo pensativo al P. Camorra que no comprendió cómo una figura, para estar bien, debía tener cuatro narices y siete cabezas; otro decía que si eran musculosos, si los indios no lo podían ser; si aquello era escultura ó puramente carpintería, etc., cada cual metió su cucharada de crítica, y el P. Camorra, por no ser menos que nadie, se aventuró á pedir lo menos treinta piernas para cada muñeco. ¿Por qué si los otros pedían narices, no iba él á pedir muslos? Y allí mismo estuvieron discutiendo sobre si el indio tenía ó no disposiciones para la escultura; si convenía fomentar dicho arte y se inició una general disputa que cortó don Custodio diciendo que los indios tenían disposición pero debían dedicarse exclusivamente á hacer santos.

—Cualquiera diría, repuso Ben-Zayb que estaba de ocurrencias aquella noche, que ese chino es Quiroga, pero observándole bien se parece al P. Irene.

—¿Y qué me dicen ustedes de ese indio-inglés? ¿se parece á Simoun!

Resonaron nuevas carcajadas. El P. Irene se frotó la nariz.

—¡ Es verdad! ¡ Es verdad! ¡ Si es el mismo!

Simoun había desaparecido, nadie le había visto.

—¡ Puñales! dijo el P. Camorra; ¡ qué tacaño es el americano! Teme que le hagamos pagar la entrada de todos en el gabinete de Mr. Lecds.

—¡ Quiá! contestó Ben-Zayb; lo que teme es que le comprometan. Habrá presentido la guasa que le espera á su amigo Mr. Lecds y se desentiende.

Y sin comprar el más pequeño monigote prosiguieron su camino para ver la famosa esfinge.

Ben-Zayb se ofrecía á tratar la cuestión; el americano no podría desairar á un periodista que puede vengarse en un artículo desacreditador.

—Van ustedes á ver como todo es cuestión de espejos, decía, porque miren ustedes...

Y se internó de nuevo en una larga explicación, y como no tenía delante ningún espejo que pudiera comprometer su teoría, insertó todos los disparates posibles que acabó por no saber él mismo lo que se decía.

—En fin, ya verán ustedes como todo es cuestión de óptica.

XVIII

SUPERCHERÍAS

Mr. Leeds, un verdadero yanqui, vestido todo de negro, los recibió con mucha deferencia. Hablaba bien el castellano por haber estado muchos años en la América del Sur. No opuso ninguna dificultad á la pretensión de nuestros visitantes, dijo que podían examinar todo, todo, antes y después de la representación; durante ella les suplicaba estuviesen tranquilos. Ben-Zayb se sonreía y saboreaba el disgusto que preparaba al americano.

La sala, tapizada toda de negro, estaba alumbrada por lámparas antiguas, alimentadas con espíritu de vino. Una barrera cubierta de terciopelo negro la dividía en dos partes casi iguales, una, llena de sillas para los espectadores, y otra, ocupada por un entarimado con una alfombra á cuadros. Sobre este entarimado, en la parte media, se elevaba una mesa cubierta por un rico paño negro, lleno de calaveras y otras figuras cabalísticas. La *mise en scène* resultaba lúgubre, é impresionó á los alegres visitantes. Las bromas cesaron, se hablaba en voz baja y por más que algunos se querían mostrar despreocupados, en los labios no cuajaba la risa. Todos sentían como si entrasen en una casa donde hay un muerto. Un olor á incienso y á cera aumentaban esta ilusión. Don Custodio y el P. Salvi se consultaron en voz baja sobre sí sería ó no conveniente prohibir semejantes espectáculos.

Ben-Zayb, para animar á los impresionables y poner en aprieto á Mr. Leeds, le dijo en tono familiar:

—Eh, mister, puesto que no hay más que nosotros y no somos indios que se dejan pescar, ¿permite usted que les haga ver la trampa? Ya sabemos que es cuestión de óptica pura, pero como el P. Camorra no quiere convencerse...

Y se dispuso á saltar la barrera sin pasar por la debida puerta, mientras el P. Camorra se deshacía en protestas temiendo que Ben-Zayb tuviese razón.

—¿Y cómo no, señor? contestó el americano; pero no me rompa nada, ¿estamos?

El periodista estaba ya sobre el entarimado.

—¿Permite usted? decía.

Y sin aguardar el permiso, temiendo que Mr. Leeds no se lo concediese, levantó el paño y buscó los espejos que esperaba debía haber entre los pies. Ben-Zayb soltó una media palabrota, retrocedió, volvió á introducir ambas manos debajo de la mesa agitando-las: se encontraba con el vacío. La mesa tenía tres pies delgados de hierro que se hundían en el suelo.

El periodista miró á todas partes como buscando algo.

—¿Dónde están los espejos? preguntó el P. Camorra.

Ben-Zayb miraba y miraba, palpaba la mesa, levantaba el paño, y se llevaba de cuando en cuando la mano á la frente como para recordar algo.

—¿Se le ha perdido algo? preguntó Mr. Leeds.

—Los espejos, mister, ¿dónde están los espejos?

—Los de usted no sé dónde estarán, los míos los tengo en la fonda... ¿quiere usted mirarse? Está usted algo descompuesto y pálido.

Muchos, á pesar de la impresión, al ver la calma guasona del americano se rieron y Ben-Zayb muy corrido volvió á su asiento, murmurando:

—No puede ser; verán ustedes como no lo hace sin espejos; tendrán luego que cambiar de mesa...

Mr. Leeds volvió á colocar el paño sobre la mesa y dirigiéndose á los ilustres curiosos les preguntó:

—¿Están ustedes satisfechos? ¿podemos empezar?

—¡Anda, que tiene flema! dijo la señora viuda.

—Pues tomen asiento las señoras y señores y piensen en lo que quieran preguntar.

Mr. Leeds desapareció por una puerta y al cabo de algunos segundos volvió con una caja de madera obscura, carcomida, con algunas inscripciones representadas por aves, mamíferos, flores, cabezas humanas, etc.

—Señoras y señores, dijo Mr. Leeds con cierta gravedad: visitando una vez la gran pirámide de Khufu, faraón de la cuarta dinastía, di con un sarcófago de granito rojo, en un aposento olvidado. Mi gozo fué grande creyendo encontrarme con una momia de la familia real, mas, cuál no sería mi desencanto, cuando, abierto el sarcófago después de infinitos trabajos, no encontré más que esta caja que ustedes pueden examinar.

Y paseó la caja á los que estaban en primera fila. El P. Camorra echó el cuerpo hacia atrás como si tuviese asco, el P. Salví la miró de cerca como si le atrajesen las cosas sepucrales; el P. Irene sonreía con la sonrisa del inteligente; don Custodio afectaba gravedad y desdén, y Ben-Zayb buscaba su espejo; allí debía estar, pues de espejos se trataba:

—¡Cómo huele á cadáver! dijo una señora; ¡puff! Y se abanicó furiosamente.

—¡Huele á cuarenta siglos! observó uno con énfasis.

Ben-Zayb se olvidó del espejo para ver quien había dicho aquella frase. Era un militar que había leído la historia de Napoleón. Ben-Zayb le tuvo envidia y para soltar otra frase que molestase en algo al Padre Camorra, dijo:

—¡Huele á Iglesia!

—Esta caja, señoras y señores, continuó el americano, contenía un puñado de cenizas y un pedazo de papiro, donde había algunas palabras escritas. Véanlo ustedes, pero les suplico no respiren con fuerza porque si parte de la ceniza se pierde, mi esfinge aparecerá mutilada.

La farsa, dicha con tanta seriedad y convicción, se imponía poco á poco, de tal suerte que cuando la caja

pasó, ninguno se atrevió á respirar. El P. Camorra que tantas veces había descrito en el púlpito de Tianí las torturas y sufrimientos del infierno mientras se reía para sus adentros de las miradas aterradas de las pecadoras, se tapó la nariz; y el P. Salví, el mismo P. Salví que había hecho en el día de difuntos una fantasmagoría de las almas del Purgatorio, con fuegos y figuras iluminadas al transparente, con lámparas de alcohol, trozos de oropel, en el altar mayor de la iglesia de un arrabal para conseguir misas y limosnas, el flaco y silencioso P. Salví contuvo su respiración y miró con recelo aquel puñado de cenizas.

—¡*Memento, homo, quia pulvis es!* murmuró el P. Irene sonriendo.

—¡P—! soltó Ben-Zayb.

El tenía preparada la misma reflexión y el canónigo se la quitaba de la boca.

—No sabiendo qué hacer, prosiguió Mr. Leeds cerrando cuidadosamente la caja, examiné el papiro y vi dos palabras de sentido para mí desconocido. Las descifré, y traté de pronunciarlas en voz alta, y apenas articulé la primera cuando sentí que la caja se deslizaba de mis manos como arrebatada por un peso enorme y rodaba por el suelo de donde en vano la intenté remover. Mi sorpresa se convirtió en espanto, cuando, abierta, me encontré dentro con una cabeza humana que me miraba con extraordinaria fijeza. Aterrado y no sabiendo qué hacer ante semejante prodigio, quedéme atónito por un momento temblando como un azogado... Me repuse... Creyendo que aquello era vana ilusión traté de distraerme prosiguiendo la lectura de la segunda palabra. Apenas la pronunció, la caja se cierra, la cabeza desaparece y en su lugar encuentro otra vez el puñado de cenizas. Sin sospecharlo había descubierto las dos palabras más poderosas en la naturaleza, las palabras de la creación y de la destrucción, la de la vida y la de la muerte.

Detúvose algunos momentos como para ver el efecto de su cuento. Después con paso grave y mesura-

do, se acercó á la mesa colocando sobre ella la misteriosa caja.

—¡ Mister, el paño! dijo Ben-Zayb incorregible.

—¿Y cómo no? contestó Mr. Leeds muy complaciente.

Y levantando con la mano derecha la caja, recogió con la izquierda el paño descubriendo completamente la mesa, sostenida sobre sus tres pies. Volvió á colocar la caja encima, en el centro, y con mucha gravedad se acercó al público.

—¡ Aquí le quiero ver! decía Ben-Zayb á su vecino; verá usted como se sale con alguna excusa.

La atención más grande se leía en los rostros de todos; el silencio reinaba. Se oían distintamente el ruido y la algazara de la calle, pero estaban todos tan emocionados que un trozo de diálogo que llegó hasta ellos, no les causó ningún efecto.

—¿Porque ba no di podí nisés entrá? preguntaba una voz de mujer.

—Abá, ñora, porque 'tallá el maná prailes y el maná empleau, contestó un hombre; 'ta jasí sólo para ilós el cabeza de espinge.

—¡ Curioso también el maná prailes! dijo la voz de mujer alejándose; ¡ no quiere pa que di sabé nisés cuando ilos ta salii ingañau! ¡ Cosa! ¿querida ba de praile el cabeza?

En medio de un profundo silencio, y con voz emocionada prosiguió el americano:

—Señoras y señores: ¡ con una palabra voy ahora á reanimar el puñado de cenizas y ustedes hablarán con un ser que conoce lo pasado, lo presente, y mucho del porvenir!

Y el mágico lanzó lentamente un grito, primero plañidero, luego enérgico, mezcla de sonidos agudos como imprecaciones, y de notas roncas como amenazas que pusieron de punta los cabellos de Ben-Zayb.

—¡ Deremof! dijo el americano.

Las cortinas en torno del salón se agitaron, las lámparas amenazaron apagarse, la mesa crujió. Un gemido débil contestó desde el interior de la caja. Todos se miraron pálidos é inquietos: una señora

llena de terror y sintiendo un líquido caliente dentro de su traje, se cogió al P. Salví.

La caja entonces se abrió por sí sola y á los ojos del público se presentó una cabeza de aspecto cadavérico, rodeada de una larga y abundante cabellera negra. La cabeza abrió lentamente los ojos y los paseó por todo el auditorio. Eran de un fulgor vivísimo aumentado tal vez por sus ojeras, y como *abyssus abyssum invocat*, aquellos ojos se fijaron en los profundos y cóncavos del P. Salví que los tenía desmesuradamente abiertos como si viesen algún espectro. El P. Salví se puso á temblar.

—Esfinge, dijo Mr. Leeds, ¡dile al auditorio quién eres!

Reinó un profundo silencio. Un viento frío recorrió la sala é hizo vacilar las azuladas llamas de las lámparas sepulcrales. Los más incrédulos se estremecieron.

—Yo soy Imuthis, contestó la cabeza con voz sepulcral pero extrañamente amenazadora; nací en tiempo de Amasis y fuí muerto durante la dominación de los Persas, mientras Cambyses volvía de su desastrosa expedición al interior de la Lybia. Venía de completar mi educación después de largos viajes por Grecia, Asiria y Persia y me retiraba á mi patria para vivir en ella hasta que Thot me llamase delante de su terrible tribunal. Más por desgracia mía, al pasar por Babilonia descubrí un terrible secreto, el secreto del falso Smerdis que usurpaba el poder, el temerario mago Gaumata que gobernaba merced á una impostura. Temiendo le descubriese á Cambyses, determinó mi perdición valiéndose de los sacerdotes egipcios. En mi patria entonces gobernaban éstos; dueños de las dos terceras partes de las tierras, monopolizadores de la ciencia, sumían al pueblo en la ignorancia y en la tiranía, lo embrutecían y lo hacían apto para pasar sin repugnancia de una á otra dominación. Los invasores se valían de ellos y conociendo su utilidad los protegían y enriquecían y algunos no sólo dependieron de su voluntad sino que se redujeron á ser sus meros instrumentos. Los sacerdotes egipcios

prestáronse á ejecutar las órdenes de Gaumata con tanto más gusto cuanto que me temían y porque no revelase al pueblo sus imposturas. Valiéronse para sus fines de las pasiones de un joven sacerdote de Abydos que pasaba por santo...

Silencio angustioso siguió á estas palabras. Aquella cabeza hablaba de intrigas é imposturas sacerdotales y aunque se referían á otra época y otras creencias, molestaban con todo á los frailes allí presentes, acaso porque vieran en el fondo alguna analogía con la actual situación. El P. Salví presa de temblor convulsivo, agitaba los labios y seguía con ojos desencajados la mirada de la cabeza como si le fascinase. Gotas de sudor empezaban á brotar de su descarnada frente, pero ninguno lo notaba, vivamente distraídos y emocionados como estaban.

—¿Y cómo fué la trama que contra ti urdieron los sacerdotes de tu país? preguntó Mr. Leeds.

La cabeza lanzó un gemido doloroso como salido del fondo del corazón y los espectadores vieron sus ojos, aquellos ojos de fuego, nublarse y llenarse de lágrimas. Estremeciéronse muchos y sintieron sus pelos erizarse. No, aquello no era ficción, no era charlatanería; la cabeza era una víctima y lo que contaba era su propia historia.

—¡Ay! dijo agitándose con desconsuelo; yo amaba á una joven, hija de un sacerdote, pura como la luz, como el loto cuando se acaba de abrir. El joven sacerdote de Abydos la codiciaba también, y urdió un motín valiéndose de mi nombre y merced á unos papiros míos que sonsacó á mi amada. El motín estalló en el momento en que Cambyzes volvía furioso de los desastres de su desgraciada campaña. Fuí acusado de rebelde, preso, y habiéndome escapado, en la persecución fuí muerto en el lago Mceris... Yo vi desde la eternidad triunfar á la impostura, veo al sacerdote de Abydos perseguir noche y día á la virgen refugiada en un templo de Isis en la isla de Philæ... yo le veo perseguirla y acosarla hasta en los subterráneos, volverla loca de terror y de sufrimiento, como un gigantesco murciélago á una blanca paloma... ¡Ah!

¡sacerdote, sacerdote de Abydos, vuelvo á la vida para revelar tus infamias, y después de tantos años de silencio te llamo asesino, sacrilego, calumniador!

Una carcajada seca, sepulcral, siguió á estas palabras mientras una voz ahogada respondía:

—¡ No! ¡ piedad!

Era el P. Salví que rendido por el terror extendía ambas manos y se dejaba caer.

—¿Qué tiene Vuestra Reverencia P. Salví? ¿Se siente mal? preguntó el P. Irene.

—Es el calor de la sala...

—Es el olor á muerto que aquí se respira...

—¡ Asesino, calumniador, sacrilego! repetía la cabeza; ¡ te acuso, asesino, asesino, asesino!

Y resonaba otra vez la carcajada seca, sepulcral y amenazadora como si absorta la cabeza en la contemplación de sus agravios no viese el tumulto que reinaba en la sala. El P. Salví se había desmayado por completo.

—¡ Piedad! ¡ vive todavía!... repitió el P. Salví y perdió el conocimiento. Estaba pálido como un muerto. Otras señoras creyeron deber desmayarse también y así lo hicieron.

—Delira... P. Salví!

—¡ Ya le decía que no comiese la sopa de nido de golondrina! decía el P. Irene, eso le ha hecho mal.

—¡ Si no ha comido nada! contestaba don Custodio temblando; como la cabeza le ha estado mirando fijamente, le ha magnetizado...

Aquí fué el barullo; la sala parecía un hospital, un campo de Batalla. El P. Salví parecía muerto y las señoras viendo que no acudían á ellas tomaron el partido de volver en sí.

Entretanto la cabeza se había reducido á polvo y Mr. Leeds colocaba otra vez el paño negro sobre la mesa y saludaba á su auditorio.

—Es menester que el espectáculo se prohíba, decía don Custodio al salir; ¡ es altamente impío é inmoral!

—¡ Sobre todo, porque no se sirve de espejos! añadió Ben-Zayb.

Mas, antes de dejar la sala quiso asegurarse por

última vez, saltó la barrera, se acercó á la mesa y levantó el paño: nada, siempre nada (1).

Al día siguiente escribía un artículo en que hablaba de ciencias ocultas, del espiritismo, etc.; inmediatamente vino una orden del gobernador eclesiástico suspendiendo las funciones, pero ya Mr. Leeds había desaparecido llevándose á Hong Kong su secreto.

(1) Sin embargo Ben-Zayb no estaba muy errado. Los tres pies sobre de la mesa tienen ranuras por donde se deslizan los espejos, ocultos debajo del entarimado y disimulados por los cuadros de la alfombra. Al colocar la caja sobre la mesa se comprime un resorte y suben suavemente los espejos; se quita después el paño teniendo cuidado de levantarlo en vez de dejarlo deslizar, y entonces se tiene la mesa ordinaria de las cabezas parlantes. La mesa comunica con el fondo de la caja. Terminado el espectáculo, el prestidigitador cubre otra vez la mesa, aprieta otro resorte y descienden los espejos.

XIX

LA MECHA

Plácido Penitente salió de clase con el corazón reboseando hiel y con sombrías lágrimas en la mirada. El era muy digno de su nombre cuando no se le sacaba de sus casillas, pero una vez que se irritaba, era un verdadero torrente, una fiera que sólo se podía detener muriendo ó matando. Tantas afrentas, tantos alfilerazos que día por día, habían hecho estremecerse su corazón depositándose en él para dormir con el sueño de víboras aletargadas, se levantaban ahora y se agitaban rugiendo de ira. Los silbidos resonaban en sus oídos con las frases burlonas del catedrático, las frases en lengua de tienda, y le parecía oír latigazos y carcajadas. Mil proyectos de venganza surgían en su cerebro atropellándose unos á otros y desapareciendo inmediatamente como imágenes de un sueño. Su amor propio con la tenacidad de un desesperado le gritaba que debía obrar.

—Plácido Penitente, decía la voz, demuestra á toda esa juventud que tienes dignidad, que eres hijo de una provincia valerosa y caballeresca donde el insulto se lava con sangre. ¡Eres batangueno, Plácido Penitente! ¡Véngate, Plácido Penitente!

Y el joven rugía y rechinaban sus dientes y tropezaba con todo el mundo en la calle, en el puente de España, como si buscarse querella. En este último punto vió un coche donde iba el Vicerrector P. Sibylla, acompañado de don Custodio, y diéronle grandes ganas de coger al religioso y arrojarlo al agua.

Siguió por la Escolta y estuvo tentado de empezar

á cachetes con dos agustinos que sentados á la puerta del bazar de Quiroga reían y bromeaban con otros frailes que debían estar en el fondo de la tienda ocupados en una tertulia; se oía sus alegres voces y sonoras carcajadas. Algo más lejos dos cadetes cerraban la acera charlando con un dependiente de un almacén, en mangas de camisa: Plácido Penitente se dirigió á ellos para abrirse paso, y los cadetes que vieron la sombría intención del joven y estaban de buen humor, se apartaron prudentemente. Plácido estaba en aquellos momentos bajo el influjo del *hamok* que dicen los malayistas.

Plácido, á medida que se acercaba á su casa, la casa de un platero en donde vivía como pupilo, procuraba coordinar sus ideas y maduraba un plan. Retirarse á su pueblo y vengarse para demostrar á los frailes que no se insulta impunemente á un joven ni se puede burlar de él. Pensaba escribir inmediatamente una carta á su madre, á Cabesang Andang, para enterarla de lo que había pasado y decirle que las aulas se le cerraban para siempre, que si bien existía el Ateneo de los jesuitas para cursar aquel año, era muy probable que no le concediesen los dominicos el traslado y que aun cuando lo consiguiera, en el curso siguiente tendría que volver á la Universidad.

—¡ Dicen que no sabemos vengarnos! decía; ¡ que el rayo estalle y lo veremos!

Pero Plácido no contaba con lo que le esperaba en casa del platero.

Cabesang Andang acababa de llegar á Batangas y venía á hacer compras, visitar á su hijo y traerle dinero, tapa de venado y pañuelos de seda.

Pasados los primeros saludos, la pobre mujer que desde un principio había notado la sombría mirada de su hijo, no pudo más contenerse y empezó con sus preguntas. A las primeras explicaciones, Cabesang Andang las tomó por añagaza, se sonrió y estuvo apaciguando á su hijo, recordándole los sacrificios, las privaciones, etc., y habló del hijo de capitana Simona que, por haber entrado en el Seminario, se daba en el pueblo aire de obispo: capitana Simona se

consideraba ya como Madre de Dios, claro, ¡su hijo va á ser otro Jesucristo!

—Si el hijo se hace sacerdote, decía Cabesang Andang, la madre no nos ha de pagar lo que nos debe... ¿quién la cobra entonces?

Pero al ver que Plácido hablaba en serio y leyó en sus ojos la tempestad que rugía en su interior, comprendió que por desgracia lo que contaba era la pura verdad. Quedóse por algunos momentos sin poder hablar y después se deshizo en lamentaciones.

—¡Ay! decía; ¡y yo que he prometido á tu padre cuidarte, educarte y hacer de ti un abogado! ¡Me privaba de todo para que pudieses estudiar! ¡En vez de ir al *panguingui* donde se juega á medio peso, sólo me iba al de á medio real, sufriendo el mal olor y las cartas sucias! ¡Mira mis camisas zurcidas! En vez de comprar otras nuevas, gasto el dinero en misas y regalos á San Sebastián, aunque no creo mucho en su virtud porque el cura las dice de prisa y corriendo y el santo es enteramente nuevo, y todavía no sabe hacer milagros, y no está hecho de *batikulin* sino de *laniti*... ¡Ay! ¿Qué va á decirme tu padre cuando me muera y le vea?

Y la pobre mujer se lamentaba y lloraba; Plácido se ponía más sombrío y de su pecho se escapaban ahogados suspiros.

—¿Qué saco con ser abogado? respondía.

—¿Qué va á ser de ti? continuaba la madre juntando las manos; ¡te van á llamar *pilibistiero* y serás ahorcado! ¡Yo ya te decía que tuvieses paciencia, que seas humilde! No te digo que beses la mano á los curas, sé que tienes el olfato delicado como tu padre que no podía comer el queso de Europa... pero tenemos que sufrir, callarnos, decir á todo sí... ¿Qué vamos á hacer? Los frailes tienen todo; si ellos no quieren, ninguno saldrá abogado ni médico... ¡Ten paciencia, hijo mío, ten paciencia!

—¡Si la he tenido mucha, madre; por meses y meses he sufrido!

Cabesang Andang seguía sus lamentaciones. Ella no le pedía que se declarase partidario de los frailes,

ella tampoco lo era; bastante sabía que por uno bueno hay diez malos que sacan el dinero de los pobres y envían al destierro á los ricos. Pero uno debe callarse, sufrir y aguantar; no hay más remedio. Y citaba tal y tal señor que por mostrarse *pacioso* y humilde, aunque en el fondo de su corazón odiaba á sus amos, de criado que era de frailes llegó á ser promotor fiscal; y tal fulano que ahora es rico y puede cometer atrocidades seguro de tener padrinos que le amparen contra la ley, era no más que un pobre sacristán, humilde y obediente que se casó con una muchacha bonita y de cuyo hijo fué padrino el cura...

Cabesang Andang continuaba con su letanía de filipinos humildes y *paciosos* como ella decía é iba á citar otros que por no serlo se veían desterrados y perseguidos, cuando Plácido, con un pretexto insignificante, dejó la casa y se puso á vagar por las calles.

Recorrió Sibakong, Tondo, San Nicolás, Santo Cristo, distraído y de mal humor, sin hacer caso del sol ni de la hora y solamente cuando sintió hambre y se apercibió que no tenía dinero por haberlo dado todo á fiestas y contribuciones, retiróse á su casa. Esperaba no encontrar á su madre por tener ésta la costumbre, siempre que se iba á Manila, de ir á esa hora á una vecina casa donde se juega al *panguingui*. Pero Cabesang Andang le aguardaba para comunicarle su proyecto: ella se valdría del procurador de los agustinos para hacer entrar á su hijo en gracia de los dominicos. Plácido le cortó la palabra con un gesto.

—Primero me arrojo al mar, dijo; primero me hago tulisán que volver á la Universidad.

Y como su madre empezase con un sermón sobre la paciencia y la humildad, Plácido, sin haber comido nada, volvió á salir y se dirigió á los muelles donde fondean los vapores.

La vista de un vapor que levaba anclas para Hong Kong le inspiró una idea: irse á Hong Kong, escaparse, hacerse rico allí para hacer la guerra á los frailes. La idea de Hong Kong despertó en su mente

un recuerdo, una historia de frontales, ciriales y candelabros de plata pura que la piedad de los fieles había regalado á cierta iglesia; los frailes, contaba un platero, habían mandado hacer en Hong Kong otros frontales, ciriales y candelabros enteramente iguales, pero de plata Ruolz, con que substituyeron los verdaderos que mandaron acuñar y convertir en pesos mejicanos. Esta era la historia que él había oído y aunque no pasaba de cuento ó murmuración, su resentimiento lo pintaba con carácter de verdad y le recordaba otros rasgos más por el estilo. El deseo de vivir libre y ciertos planes á medio bosquejar le hicieron decidirse por la idea de ir á Hong Kong. Si allí llevaban las corporaciones todo su dinero, el comercio debe ir bien y podrá enriquecerse:

—¡ Quiero ser libre, vivir libre!...

Sorprendióle la noche vagando por San Fernando y no dando con ningún marinero amigo decidió retirarse. Y como la noche era hermosa y la luna brillaba en el cielo transformando la miserable ciudad en un fantástico reino de las hadas, fuese á la feria. Allí estuvo yendo y viniendo, recorriendo tiendas sin fijarse en los objetos, con el pensamiento en Hong Kong para vivir libre, enriquecerse...

Iba ya á abandonar la feria cuando creyó distinguir al joyero Simoun despidiéndose de un extranjero y hablando ambos en inglés. Para Plácido, todo idioma hablado en Filipinas por los europeos, que no sea español, tiene que ser inglés: además pescó nuestro joven la palabra Hong Kong.

Si el joyero Simoun pudiese recomendarle á aquel extranjero que debe partir para Hong Kong.

Plácido se detuvo. Conocía al joyero por haber estado en su pueblo vendiendo alhajas. Le había acompañado en un viaje y por cierto que Simoun se había mostrado muy amable con él contándole la vida que se lleva en las Universidades de los países libres: ¡ qué diferencia!

Plácido siguió al joyero.

—¡ Señor Simoun, señor Simoun! dijo.

El joyero en aquel momento se disponía á subir en un coche. Así que conoció á Plácido, se detuvo.

—¡ Quisiera pedirle un favor... decirle dos palabras! dijo.

Simoun hizo un gesto de impaciencia que Plácido en su turbación no observó. En pocas palabras contó el joven lo que le había pasado manifestando su deseo de irse á Hong Kong.

—¿ Para qué? preguntó Simoun mirando á Plácido fijamente al través de sus anteojos azules.

Plácido no contestó. Entonces Simoun levantó la cabeza, sonrióse con su sonrisa silenciosa y fría y dijo á Plácido:

—¡ Está bien! véngase usted conmigo. ¡ A la calzada del Iris! dijo al cochero.

Simoun permaneció silencioso durante todo el trayecto como si estuviese absorto en una meditación muy importante. Plácido, esperando que le hablase, no decía una sola palabra y se distraía mirando hacia los muchos paseantes que aprovechaban la claridad de la luna. Jóvenes, parejas de novios, enamorados, seguidos detrás de cuidadosas madres ó tías; grupos de estudiantes en traje blanco que la luna hacía más blanco todavía; soldados medio borrachos, en coche, seis á la vez, yendo de visita en algún templo de nipa dedicado á Citeres; niños que juegan al *tubigan*, chinos vendedores de cañadulce, etc., llenaban el camino y adquirían á la luz resplandeciente de la luna formas fantásticas y contornos ideales. En una casa tocaba la orquesta valeses y se veían algunas parejas bailar á la luz de los quinqués y lámparas... ¡ qué mezquino espectáculo le pareció comparado con el que se ofrecía en las calles! Y pensando en Hong Kong se preguntó si las noches de luna en aquella isla serían tan poéticas, tan dulcemente melancólicas como las de Filipinas y una profunda tristeza se apoderó de su corazón.

Simoun mandó parar el coche y ambos bajaron. En aquel momento pasaron á su lado Isagani y Paulita Gómez murmurándose dulces palabras; detrás venía doña Victorina con Juanito Peláez que hablaba en

voz alta, gesticulaba mucho y se quedaba más jorobado. Peláez distraído no vió á su excondiscípulo.

—¡ Ese sí que es feliz! murmuró Plácido suspirando y mirando hacia el grupo que se convertía en vaporosas siluetas donde se distinguían muy bien los brazos de Juanito que subían y bajaban como aspas de un molino.

—¡ Sólo sirve para eso! murmuraba á su vez Simoun; ¡ buena está la juventud!

¿ A quién aludían Plácido y Simoun?

Este hizo una seña al joven, dejaron la calzada y se internaron en un laberinto de senderos y pasadizos que formaban entre sí varias casas; tan pronto saltaban sobre piedras para evitar pequeñas charcas, como se bajaban para pasar un cerco mal hecho y peor conservado. Extrañábase Plácido de ver al rico joyero andar por semejantes sitios como si estuviese muy familiarizado con ellos. Llegaron al fin á una especie de solar grande donde había una miserable casita aislada, rodeada de platanares y palmeras de bonga. Algunos armazones de caña y pedazos de tubos de ídem hicieron sospechar á Plácido que se encontraban en casa de algún *castillero* ó pirotécnico.

Simoun tocó á la ventana. Un hombre se asomó.

—¡ Ah! señor...

Y bajó inmediatamente.

—¿ Está la pólvora? preguntó Simoun.

—En sacos; espero los cartuchos.

—¿ Y las bombas?

—Dispuestas.

—Muy bien, maestro... Esta misma noche parte usted y habla con el teniente y el cabo... é inmediatamente prosigue usted su camino; en Lamayan encontrará un hombre en una banka; dirá usted «Cabeza» y él contestará «Tales». Es menester que esté aquí mañana. ¡ No hay tiempo que perder!

Y le dió algunas monedas de oro.

—¿ Cómo, señor? preguntó el hombre en muy buen español; ¿ hay algo nuevo?

—Sí, se hará dentro de la semana que viene.

—¡ La semana que viene! repitió el desconocido

retrocediendo: los arrabales no están preparados, esperan que el general retire el decreto... yo creía que se dejaba para la entrada de la cuaresma.

Simoun movió la cabeza.

—No tendremos necesidad de los arrabales, dijo: con la gente de Cabesang Tales, los excarabineros y un regimiento tenemos bastante. ¡ Más tarde, acaso María Clara ya esté muerta! ¡ Parta usted en seguida!

El hombre desapareció.

Plácido había asistido á esta corta entrevista y había oído todo; cuando creyó comprender algo se le erizaron los cabellos y miró á Simoun con ojos espantados. Simoun se sonreía.

—¿Le extraña á usted, dijo con su sonrisa fría, que ese indio tan mal vestido hable bien el español? Era un maestro de escuela que se empeñó en enseñar el español á los niños y no paró hasta que perdió su destino y fué deportado por perturbador del orden público y por haber sido amigo del desgraciado Ibarra. Le he sacado de la deportación donde se dedicaba á podar cocoteros y le he hecho pirotécnico.

Volvieron á la calzada y á pie se dirigieron hacia Trozo. Delante de una casita de tabla, de aspecto alegre y aseado, había un español apoyado en una muleta, tomando la luz de la luna. Simoun se dirigió á él; el español al verle procuró levantarse ahogando un quejido.

—¡ Estése usted preparado le dijo Simoun.

—¡ Siempre lo estoy!

—¡ Para la semana que viene!

—¿ Ya?

—¡ Al primer cañonazo!

Y se alejó seguido de Plácido que empezaba á preguntarse si no soñaba.

—¿ Le sorprende á usted, preguntóle Simoun, ver á un español tan joven y tan maltratado por las enfermedades? Dos años hace era tan robusto como usted, pero sus enemigos consiguieron enviarle á Balábak para trabajar en una compañía disciplinaria y allí le tiene usted con un reumatismo y un paludismo

que le lleva á la tumba. El infeliz se había casado con una hermosísima mujer...

Y como un coche vacío pasase, Simoun lo paró y con Plácido se hizo conducir á su casa de la calle de la Escolta. En aquel momento daban los relojes de las iglesias las diez y media.

Dos horas después, Plácido dejaba la casa del joyero, y grave y meditabundo seguía por la Escolta, ya casi desierta á pesar de los cafés que aun continuaban bastante animados. Alguno que otro coche pasaba rápido produciendo un ruido infernal sobre el gastado adoquinado.

Simoun desde un aposento de su casa que da al Pasig, dirigía la vista hacia la ciudad murada, que se divisaba al través de las ventanas abiertas, con sus techos de hierro galvanizado que la luna hacía brillar y sus torres que se dibujaban tristes, pesadas, melancólicas, en medio de la serena atmósfera de la noche. Simoun se había quitado las gafas azules; sus cabellos blancos como un marco de plata rodeaban su enérgico semblante bronceado, alumbrado vagamente por una lámpara, cuya luz amenazaba apagarse por falta de petróleo. Simoun, preocupado al parecer por un pensamiento, no se apercibía de que poco á poco la lámpara agonizaba y venía la obscuridad.

—¡ Dentro de algunos días, murmuró, cuando por sus cuatro costados arda esa ciudad maldita, albergue de la nulidad presumida y de la impía explotación del ignorante y del desgraciado; cuando el tumulto estalle en los arrabales y lance por las calles aterradas mis turbas vengadoras, engendradas por la rapacidad y los errores, entonces abriré los muros de tu prisión, te arrancaré de las garras del fanatismo, y blanca paloma, serás el Fénix que renacerá de las candentes cenizas...! ; Una revolución urdida por los hombres en la obscuridad me ha arrancado de tu lado; otra revolución me traerá á tus brazos, me resucitará y esa luna, antes que llegue al apogeo de su esplendor, iluminará las Filipinas, limpias de su repugnante basura!

Simoun se calló de repente como entrecortado. Una voz preguntaba en el interior de su conciencia si él, Simoun, no era parte también de la basura de la maldita ciudad, acaso el fermento más deletéreo. Y como los muertos que han de resucitar al son de la trompeta fatídica, mil fantasmas sangrientos, sombras desesperadas de hombres asesinados, mujeres deshonradas, padres arrancados á sus familias, vicios estimulados y fomentados, virtudes escarnecidas, se levantaban ahora al eco de la misteriosa pregunta. Por primera vez en su carrera criminal desde que en la Habana, por medio del vicio y del soborno, quiso fabricarse un instrumento para ejecutar sus planes, un hombre sin fe, sin patriotismo y sin conciencia, por primera vez en aquella vida se revelaba algo dentro de sí y protestaba contra sus acciones. Simoun cerró los ojos y se estuvo algún tiempo inmóvil; después se pasó la mano por la frente, se negó á mirar en su conciencia y tuvo miedo. No, no quiso analizarse, le faltaba valor para volver la vista hacia su pasado... ;Faltarle el valor precisamente cuando el momento de obrar se acerca, faltarle la convicción, la fe en sí mismo! Y como los fantasmas de los infelices en cuya suerte había él influido, continuaban flotando delante de sus ojos como si saliesen de la brillante superficie del río é invadiesen el aposento gritándole y tendiéndoles las manos; como los reproches y los lamentos parecían que llenaban el aire oyéndose amenazas y acentos de venganza, apartó su vista de la ventana y acaso por primera vez empezó á temblar.

—No, yo debo estar enfermo, yo no debo sentirme bien murmuró; muchos son los que me odian, los que me atribuyen su desgracia, pero...

Y sintiendo que su frente ardía, levantóse y se acercó á la ventana para aspirar la fresca brisa de la noche. A sus pies arrastraba el Pasig su corriente de plata, en cuya superficie brillaban perezosas las espumas, giraban, avanzaban y retrocedían siguiendo el curso de los pequeños torbellinos. La ciudad se levantaba á la otra orilla y sus negros muros aparecían fatídicos, misteriosos, perdiendo su mezquindad á la

luz de la luna que todo lo idealiza y embellece. Pero Simoun volvió á estremecerse; le pareció ver delante de sí el rostro severo de su padre, muerto en la cárcel pero muerto por hacer el bien, y el rostro de otro hombre más severo todavía, de un hombre que había dado su vida por él porque creía que iba á procurar la regeneración de su país.

—No, no puedo retroceder, exclamó enjugando el sudor de su frente; la obra está adelantada y su éxito me va á justificar... Si me hubiese portado como vosotros, habría sucumbido... ¡Nada de idealismo, nada de falaces teorías! ¡Fuego y acero al cáncer, castigo al vicio, y rómpase después si es malo el instrumento! No, yo he meditado bien, pero ahora tengo fiebre... mi razón vacila... es natural... si he hecho el mal es con el fin de hacer el bien y el fin salva los medios... Lo que haré es no exponerme...

Y con el cerebro trastornado acostóse y trató de conciliar el sueño.

Plácido, á la mañana siguiente, escuchó sumiso y con la sonrisa en los labios el sermón de su madre. Cuando ésta le habló de sus proyectos de interesar al procurador de los agustinos, no protestó, ni se opuso, antes al contrario, se ofreció él mismo á hacerlo para evitar molestias á su madre á quien suplicaba se volviese cuanto antes á la provincia, si pudiese ser, aquel mismo día. Cabeasang Andang le preguntó por qué.

—Por qué... porque si el procurador llega á saber que está usted aquí no lo hará sin que antes usted le envíe un regalo y algunas misas.

Biblioteca Contemporánea

- Bossi.**—Jesucristo nunca ha existido (3.^a edición).
Maategazza.—El siglo hipócrita (2.^a edición).
Id.—La filosofía del amor.
Stepniak.—La Rusia terrorista (2.^a edición).
Hæckel.—El origen del hombre.
Id.—Un viaje a la India.
Büchner.—La aurora del siglo.
Id.—Lugar del hombre en la Naturaleza (2 tomos).
Letourneau.—Las pasiones humanas.
Viardot.—Apología de un incrédulo.
Tolsioy.—El gran crimen.
Gomila.—Alma social.
Mirabeau.—Erótica biblión. La pornografía en la Biblia.
Lorenzo.—Vía libre.
Ibarreia.—La religión al alcance de todos (2.^a edición).
Beraud.—La existencia de Dios.
Carlyle.—Los héroes (2 tomos).
Berthelot.—Ciencia y moral.
Spencer.—La ciencia social.
Marx.—Precios, salarios y ganancias.
Kautsky.—Parlamentarismo y socialismo.
Bebel.—La mujer.
Negri.—La crisis religiosa.
Voltaire.—La moral religiosa.
Denoj.—¿Descendemos del mono?
Barón de Holbach.—Sistema de la Naturaleza (2 tomos).
Schopenhauer.—El fundamento de la moral.
Nietzsche.—El anticristo.
Vanderveide y Massart.—Los parásitos de la sociedad.
Quincey.—El asesinato considerado como una de las bellas artes.
Kropotkin.—Memorias de un revolucionario (2 tomos).
Troilo.—El misticismo moderno.
Reclús (R.).—Los primitivos (2 tomos).
Litré.—Conservación y revolución.
Geuer.—La Muerta y el Diablo (2 tomos).
Novicow.—La emancipación de la mujer.
Boutroux.—Las leyes naturales.
Emerson.—El hombre y el mundo.
Delfino.—El alcoholismo.
Rizal.—El filibusterismo.
Murisier.—Enfermedades del sentimiento religioso.
Spencer.—Primeros principios (2 tomos).



Precio de cada volumen, 4 reales.—Encuadrado en tela, 6 reales

Biblioteca Ambos Mundos

Se han publicado las obras siguientes:

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).—2.^a edición.
El crepúsculo, por Jorge Ohnet.—2.^a edición.
Indiana, por Jorge Sand.
Mimi Pinson, por Alfredo de Musset.
La mujer de treinta años, por H. de Balzac.
Los mineros de Polignies, por Elías Berthet.
Mujeres de rapiña; La señorita Cachemira, por Julio Claretie.
El capitán Richard, por A. Dumas (padre).
Roma bajo Nerón, por I. J. Kraszewski.—(4.^a edición)
Dosta, por Enrique Gréville.
Renata Mauperin, por E. y J. de Goncourt.
El último ateniense, por Víctor Rydberg.
El libro de los snobs, por W. M. Thackeray.
Las lágrimas de Juana, por A. Houssaye.
Margot, por A. de Musset.—(Agotada).
Una entretenida, por A. Houssaye.
Cuentos al oído, por A. Silvestre.
La modelo, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
La pecadora, por Arsenio Houssaye.
El cura de Longueval, por F. Halévy.
Colomba, por Próspero Merimée.
Espirita, por Teófilo Gautier.

EN PREPARACION

- Werther**, por Goethe.
Enriqueta, por F. Coppée.

Las agotadas se están reimprimiendo.

Precio de cada volumen . . . 4 reales
Encuadernado en tela . . . 6 »

Libros selectos

TÍTULOS PUBLICADOS

El instante de la dicha, descrito por Zola, Maupassant, D'Annunzio, Tolstoy, Flaubert, Bourget, Prevost, Gautier, Murger, Cátulo Mendes, Theuriet y Pierre Louys.

Cómo acabará el mundo, por C. Flammarion.
Los hombres y las cárceles.—El ocaso del Derecho Penal, por Enrique Ferri y Luis Molinari.

La vida y el trabajo, por Samuel Smiles.

Páginas de oro, por Emilio Zola.

Los dolores del Mundo, por A. Schopenhauer.

Orígenes de la Vida, por Camilo Flammarion.

El arte de hacerse rico, por Samuel Smiles.

La Flor de la Noche, por Concepción J. de Araujo (Mary Faith).

Las ilusiones, por Hipólito Taine.

Estas obras se hallan de venta al precio de

—• **UNA peseta** •—

Artísticamente encuadernadas en tela y planchas de oro **2 pesetas**

OBRA NUEVA

Astronomía

— y —

Ciencia General

Colección de trabajos científicos de popularización referentes á la Astronomía, á la Sismología, á la Historia de las Ciencias
❖❖ ❖❖ ❖❖ en el siglo XX, etc. ❖❖ ❖❖ ❖❖

POR

José Comas Solá

Director del Observatorio astronómico del Tibidabo (Barcelona)
laureado con el premio anual Janssen por la
Sociedad astronómica de Francia
miembro-honorario de corporaciones científicas
nacionales y extranjeras

~~~~~

Un volumen en 4.º, de más de 600 páginas, de papel satinado superior, é ilustrado con gran número de grabados, la mayoría de ellos especiales para esta obra.

**Precio: 6 pesetas en rústica y 7'50 en tela**

# Biblioteca PRESA

Elegantes tomitos á 60 céntimos

|                              |                              |
|------------------------------|------------------------------|
| <i>Historias picarescas.</i> | <i>Las tres princesas.</i>   |
| <i>El Pudor de Julieta.</i>  | <i>El Charro de Tejares.</i> |
| <i>La Sultanita.</i>         | <i>Amor sin velos.</i>       |
| <i>La alegría de vivir.</i>  |                              |

Por los mejores autores

---

---

## La Homeopatía aplicada á la Veterinaria

---

Obras de F. A. GUNTHER

*Premiadas en la Exposición Universal de Barcelona, año 1888*

**El Caballo** (segunda edición). Precio: **3'50** pesetas.

**Los animales domésticos**, (segunda edición).  
Precio: **3'50** pesetas.

**El buey de labranza y la vaca de leche**,  
(segunda edición). Precio: **3'50** pesetas.

Las tres obras en un volumen, 10 pesetas

# OBRAS VARIAS

---

**Nomenclátor de puertos y consulados**, por Román Mulet.—5 pesetas.

**Cantos de vida y esperanza:** *Los Cisnes* y otros poemas, por Rubén Darío.—5 pesetas.

**Curso completo de apicultura** (cultivo de las abejas), por G. Layens y G. Bonnier (4.<sup>a</sup> edición).—5 pesetas.

**Aguila de Blasón**, por Ramón del Valle-Inclán.—3'50 pesetas.

**Sonata de Primavera**, por Ramón del Valle-Inclán.—2 pesetas.

**Sonata de Estío**, por Ramón del Valle-Inclán.—2 pesetas.

**Sonata de Otoño**, por Ramón del Valle-Inclán.—2 pesetas.

**Sonata de Invierno**, por Ramón del Valle-Inclán.—2 pesetas.

**La víspera de la boda**, por Dupuy.—2 reales.

**Los seguros**, por P. Estasén.—3 pesetas.

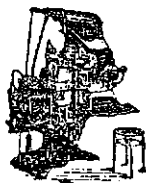
**Cosas de los moros**, por Díez de Tejada.—2 ptas.

**El arte del colorido** (con un tratado especial de iluminación de tarjetas postales), por Dufour.—1 peseta.

**Arte de dibujar sin maestro**, por Coupil y Renauld.—1 peseta.



Compañía de los vapores "Luzón"  
en la línea de



El Anuario de la Exportación  
Industria y Comercio 15 43

Primo S. Jover, Ed. Barcelona



# Biblioteca de Enseñanza Popular

---

**Huxley**

Introducción al estudio de la ciencia.

**Dufour**

Diccionario de las falsificaciones.

**Paulhan**

La Fisiología del Espíritu.

**Meunier**

Historia del Arte.

**Flammarion**

Astronomía popular.  
A través del espacio.  
¿Qué es el Cielo?

**Ferrière**

El Darwinismo.

**Brothier**

Historia de la Tierra.

**P. Secchi, Briot, Wolf, Delaunay y Tisserand**

Las estrellas y los cometas.

---

---

## —❖ OBRAS VARIAS ❖—

---

**Nomenclator de Puertos y Consulados**, por Román Mulet.  
—5 ptas.

**Cantos de vida y esperanza:**  
*Los Cisnes* y otros poemas,  
por Rubén Darío.—5 ptas.

**Curso completo de Apicultura**  
(cultivo de las abejas), por  
G. Layens y G. Bonnier  
(4.ª edición).—5 ptas.

**Aguila de Blasón**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—3'50 ptas.

**Sonata de Primavera**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—2 pesetas.

**Sonata de Estío**, por Ramón del  
Valle-Inclán.—2 ptas.

**Sonata de Otoño**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—2 ptas.

**Sonata de Invierno**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—2 ptas.

**La víspera de la boda**, por Du-  
puy.—2 reales.

**Los Seguros**, por P. Estasén.—  
3 ptas.

**Cosas de los moros**, por Díez  
de Tejada.—2 ptas.

**El arte del colorido**, (con un  
tratado especial de ilumina-  
ción de tarjetas postales),  
por Dufour.—1 pta.

**Arte de dibujar sin maestro**,  
por Coupil y Renault.—  
1 pta.

**Astronomía y ciencia general**,  
por J. Comas Solá.—6 ptas.

---

---

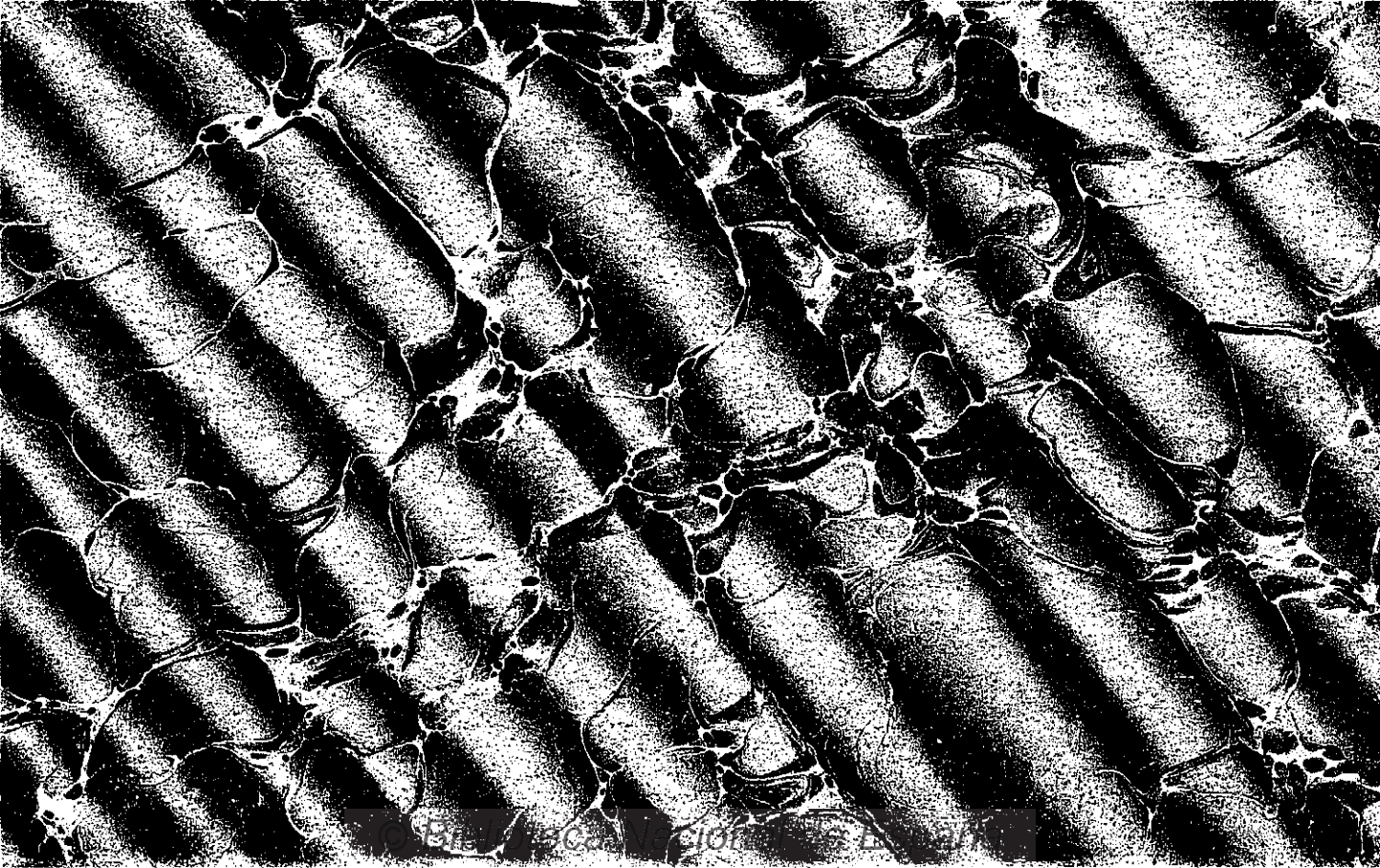
# Biblioteca Contemporánea

- Bossi**  
Jesucristo nunca ha existido  
(3.<sup>a</sup> edición).
- Mantegazza**  
El Siglo hipócrita (2.<sup>a</sup> edición).  
La Filosofía del amor.
- Stepniak**  
La Rusia Terrorista (2.<sup>a</sup> edición).
- Hæckel**  
El origen del hombre.  
Un viaje á la India.
- Büchner**  
La Aurora del siglo.  
Lugar del Hombre en la Naturaleza (2 tomos).
- Letourneau**  
Las Pasiones Humanas.
- Viardot**  
Apología de un incrédulo.
- Tolstoy**  
El Gran Crimen.
- Comila**  
Alma Social.
- Lorenzo**  
Vía Libre.
- Mirabeau**  
Erótika Biblión. La Pornografía en la Biblia.
- Ibarreta**  
La Religión al alcance de todos (2.<sup>a</sup> edición).
- Beraud**  
La Existencia de Dios.
- Carlyle**  
Los Héroes (2 tomos).
- Berthelot**  
Ciencia y moral.
- Spencer**  
La Ciencia Social.
- Marx**  
Precios, Salarios y Ganancias.
- Kautsky**  
Parlamentarismo y Socialismo.
- Bebel**  
La Mujer.
- Negri**  
La Crisis Religiosa.
- Voltaire**  
La Moral Religiosa.
- Denoy**  
¿Descendemos del Mono?
- Barón de Holbach**  
Sistema de la Naturaleza (2 tomos).
- Schopenhauer**  
El Fundamento de la Moral.
- Nietzche**  
El Anticristo.
- Vandervelde y Massart**  
Los Parásitos de la Sociedad.
- Quincey**  
El Asesinato considerado como una de las Bellas Artes.
- Kropotkin**  
Memorias de un revolucionario (2 tomos).
- E. Troilo**  
El Misticismo Moderno.
- E. Reclús**  
Los Primitivos (2 tomos).
- E. Littré**  
Conservación y Revolución.
- Gener**  
La Muerte y el Diablo (dos tomos).
- Novicow**  
La emancipación de la mujer.
- Boutroux**  
Las leyes naturales.
- Emerson**  
El hombre y el mundo.
- Delfino**  
El alcoholismo.
- Rizal**  
El filibusterismo.









CELL SCIENCE LABORATORY



1002056847